OBRAS DEL AUTOR

TÈCNICAS.—(IX)

Informe acerca de un rancho de campaña.—(Agotada.) Ceuta, 1907.
Cartilla de primeros socorros.—(Agotada.) Ceuta, 1907.
Manual de primeros socorros médicos.—Barcelona, 1910.
Guía médica de la ley de Reclutamiento.—Madrid, 1912.
El problema de la meningitis.—Madrid, 1915.
Lecciones de Psiquiatría forense.—(Agotada.) Madrid, 1915.
Manual del Sanitario-practicante.—Madrid, 1915.
La Psiquiatría del médico general.—Madrid, 1919.
Tratamiento de la morfinomanía.—Madrid, 1920.

DE DIVULGACIÓN.—(V)

La profesión del hijo.—Madrid, 1916.
Educación física y moral del niño.—Madrid, 1918.
Significación y alcance de la Inspección médico-escolar.—Madrid, 1919.
La crianza del hijo.—(Agotada.) Madrid, 1919.
Normas de educación sexual y física.—Madrid, 1925.

LITERARIAS.—(V)

Breviario sentimental de la madre.—Madrid, 1921.
La ciudad de los ojos bellos.—Madrid, 1922.
Las hogueras del odio.—Madrid, 1923.
El momento de la muerte.—Madrid, 1925.
De regreso del amor.—Madrid, 1926.

TRADUCCIONES.—(VI)

Cirugía menor, P. Chavasse.—Madrid, 1903.
La imaginación, Dugas.—Madrid, 1905.
El contagio mental, Vigouroux y Juquelier.—Madrid, 1906.
Manual de Psiquiatría, Regis.—Madrid, 1911.
Enciclopedia de Ciencias Médicas, Brissaud-Pinard-Reclus; diez tomos.—Madrid, 1912-13.
Psiquiatría de urgencia, A. Filassier *(prólogo y notas).*—Madrid, 1926.

83078

DR. CÉSAR JUARROS

DE REGRESO DEL AMOR



EDITORIAL MUNDO LATINO
MADRID

OBRAS DEL AUTOR

TÉCNICAS.—(IX)

Informe acerca de un rancho de campaña.—(Agotada.) Ceuta, 1907.
Cartilla de primeros socorros.—(Agotada.) Ceuta, 1907.
Manual de primeros socorros médicos.—Barcelona, 1910.
Guía médica de la ley de Reclutamiento.—Madrid, 1912.
El problema de la meningitis.—Madrid, 1915.
Lecciones de Psiquiatría forense.—(Agotada.) Madrid, 1915.
Manual del Sanitario-practicante.—Madrid, 1915.
La Psiquiatría del médico general.—Madrid, 1919.
Tratamiento de la morfinomanía.—Madrid, 1920.

DE DIVULGACIÓN.—(V)

La profesión del hijo.—Madrid, 1916.
Educación física y moral del niño.—Madrid, 1918.
Significación y alcance de la Inspección médico-escolar.—Madrid, 1919.
La crianza del hijo.—(Agotada.) Madrid, 1919.
Normas de educación sexual y física.—Madrid, 1925.

LITERARIAS.—(V)

Breviario sentimental de la madre.—Madrid, 1921.
La ciudad de los ojos bellos.—Madrid, 1922.
Las hogueras del odio.—Madrid, 1923.
El momento de la muerte.—Madrid, 1925.
De regreso del amor.—Madrid, 1926.

TRADUCCIONES.—(VI)

Cirugía menor, P. Chavasse.—Madrid, 1903.
La imaginación, Dugas.—Madrid, 1905.
El contagio mental, Vigouroux y Juquelier.—Madrid, 1906.
Manual de Psiquiatría, Regis.—Madrid, 1911.
Enciclopedia de Ciencias Médicas, Brissaud-Pinard-Reclus; diez tomos.—Madrid, 1912-13.
Psiquiatría de urgencia, A. Filassier *(prólogo y notas).*—Madrid, 1926.

I 83078

DR. CÉSAR JUARROS

DE REGRESO DEL AMOR



EDITORIAL MUNDO LATINO
MADRID

PROPIEDAD
PARA TODOS LOS PAÍSES
DERECHOS RESERVADOS

COPYRIGHT 1926 BY
DOCTOR CÉSAR JUARROS

Madrid.—Imp. de Ramona Velasco, Viuda de P. Pérez, Libertad, 31.

A su buen amigo Pepe Maldonado
y Ayuso, dedica este libro

EL AUTOR.

JUSTIFICACIÓN

Libro tejido con cicatrices. Páginas líricas, con el lirismo dulcemente melancólico de las tardes del otoño. Arsenal de itinerarios espirituales.

Fué escrita esta obra, además de por el propio placer de crear, con fines de adoctrinamiento. El amor se inventó buscando poetizar el instinto sexual, y bajo el halago de la romántica ficción forjaron los humanos argollas de amargura. Enturbiados los cristalinos manantiales, sobre el fango germinó la planta del dolor.

En el presente volumen, aspírase a probar cómo se cometió error apartándose de la leal obediencia al instinto, a que el resto de los seres se somete. También inténtase convencer de que retornar al punto de partida constituiría un sabio modo de recobrar la potencialidad de dicha, ahora ausente, del artilugio de la vida.

Aprender tal lección costó al autor sus mejores años; por ello este libro encuéntrase tejido con cicatrices y son sus páginas, páginas líricas, con el lirismo dulcemente melancólico de las tardes del otoño.

Arsenal de itinerarios espirituales.

HITOS

ACATAMIENTO

Como el placer máximo de la vida, su única justificación biológica; como el estímulo humano de mayor agudeza vino a convertirse en calvario, constituye el problema más interesante de cuantos plantea el espectáculo de la colectividad humana.

Tan gran interés no implica dificultad de solución. El hombre resulta víctima de su orgullo.

Con propósitos dé rebelión inventó el amor, pretendiendo alzarse frente a los mandatos del Instinto, y el Instinto acertó a vengarse, sin olvidar su misión de escudero de la Especie.

Lo que actualmente se denomina amor es una mezcla arbitraria de tres elementos: el instinto, raigambre ancestral, síntesis de la experiencia milenaria de la especie; la sumisión a las cualidades orgánicas de cada individuo y un factor psíquico, variable según las condiciones del medio. Este último condiciona el llamado amor, ambicioso gesto de ennoblecimiento de la pretendida miseria visceral, que no es, en su esencia, sino un mecanismo fisiológico.

El deseo resulta, por condición de origen, variable,

fugaz, saltarín, múltiple. Los hijos de Adán intentaron considerarlo único, eterno, reposado. Se habla y escribe de amores que duran una vida.

De estas canteras salieron sillares con que han sido construídas las mazmorras de los celos, de los dolores sombríos, de la desesperación.

Se pide a la vida lo que ella *no puede conceder*.

Esclavos que creen dejar de serlo, sin recurrir a otro artificio que al bien sencillo de desgranar hipérboles líricas, faltas de subjetividad.

No son, sin embargo, lindas palabras, sonoras por oquedad, el instrumento con que pueden romperse los eslabones de la cadena del deber ultratelúrico. Falta al hombre, en todo lo que atañe al mundo del querer, sinceridad; sóbrale petulancia.

Educadores asalariados, torpes y desleales, hicieron *germinar la idea* de que el hombre es rey de la Naturaleza. ¡Pobre rey!

Nada justifica tal soberbia. Nada, salvo una incultura capaz de aceptar como *posible* que en *uno* de los planetas más pequeños y secundarios del orbe busque y logre alojamiento el vértice de la perfección.

Los más sagaces y tozudos investigadores, no lograron descubrir una sola ley natural que hiciese excepción del hombre. Ninguno de sus sistemas tiene carácter de esporádico en la escala. Trátase únicamente de grados distintos de desarrollo. Variantes no siempre acusadoras de superioridad. Recuérdese la finura óptica de las aves, el sentido de orientación de hormigas y *palomas*, el *olfato* de los perros, la memoria kinética de algunos insectos.

Esta descabellada hipótesis de la supremacía creó,

como inevitable deducción, la de que ante la obligación de reproducirse no podían observar conducta idéntica hombres y animales.

Se habla del Instinto despectivamente. Se establece una arbitraria e indefendible distinción entre el amor físico y el espiritual. Se inventa el gesto romántico, exaltación insincera de los amores *sin contenido*. El tormento de los celos es la respuesta. Castigo a tanta audacia inmotivada. Y las leyes encadenan, obligando a *soportarse* a seres que ya no se quieren, en muchos casos que se odian.

Con hilos de estos telares téjense millares de episodios desmentidores de la tesis lírica. ¿Quién olvidó al filósofo enemigo de la mujer, sorprendido a cuatro pies, sosteniendo sobre los lomos a alegre y procaz ramera, que le pega con silbante fusta como si fuera un caballo?

¿Y el suceso humillante del sabio conducido a la Comisaría, por abusos deshonestos en la vía pública?

¿Y el gran cerebro francés haciéndose azotar por hetairas encanalladas?

¿Y el hombre fuerte y cultivado, llorando por no poder conocer el enigma del pensamiento de la Deseada?

¡Amargos frutos del embuste sexual!

Las rebeldías estériles tienen más de suicidio que de heroísmo. La sumisión no humilla cuando es a poderes ultratelúricos. Entre la pretensión insensata de engastar psicología en un instinto rectilíneo, implacable y rendirle culto, haciendo del rito obra de arte, no es difícil elegir.

Se acusa al instinto básico—el de la nutrición es su paje—de grosero. ¿Se olvidó que le debemos la existencia? ¿Que ésta nos fué dada a cambio de perpetuar-

la? Rígido, firme, sordo y ciego es el Instinto, porque así lo exige su deber de conservar la especie. Soldado que cumple la consigna. Irritarse contra él equivale a enfadarse con el criado que obedece la orden de negar a su señor.

Contra la Voluntad suprema no cabe revolverse. ¡Está demasiado alta!

¿Qué ventajas produjo al género humano esta tentativa de espiritualizar la misión de reproducirse? Que te contesten—lectora o lector—las lágrimas vertidas en las noches interminables en que rumiaste un desengaño o creíste morir sintiendo manar de tu corazón el desconsuelo.

Buscando lugares de ostentación sentimental topó el hombre con un calvario, donde de rodillas tiene que escuchar, como amenaza, lo que debió ser su credo: *¡la finalidad de la vida es su perpetuación!*

No te asustes. Este deber, como todos, tiene su poesía. De lo que careció hasta ahora es de cantores. ¿No te parece más exquisito, generoso y trascendente, en vez de hacer eje de las horas el monopolio de un afecto, elevar los ojos e incorporarse a misiones sagradas de la especie; tanto más sagradas cuanto más anónimas?

Si te decidieras a seguir las rutas del Instinto lealmente—que a regañadientes, de todos modos has de hacerlo—te sentirías cerca del alma de la tierra, hasta ignorar el vigor de vendavales que abaten a los demás como a cañas; creerías tener de bronce sonoro el corazón, alegre campana de ermita; las heridas por donde te entró la verdad cerrarían solas, sin necesidad de cauterios filosóficos ni bálsamos literarios.

¿Te decides a seguir leyendo?

¡Vas a aprender que sólo el deseo es romántico, casto y leal!

¡Desconcertante paradoja!

Invéntase el amor para desanimalizar la función eje; téjense afanosamente los sutiles velos del pudor, ¡tan débiles!, ¡tan engañosos!; ahuyéntase la alegría invocándola; hácense sinónimas las palabras doncella y mariposa, y las gentes, desviadas, viven y mueren sin haber conocido, sin haber presentido, aquello en cuyo nombre se osó trocar en llama de antorcha la luz solar.

¡Desconcertante paradoja!

Denomínase amor al pedir, no al ofrendar. A la sed de dominio, no al tributo de ternura.

Amar es para los filisteos, los que claman contra el Instinto, dejarse guiar por la costumbre, por la vanidad, por la conveniencia, por todas las sugestiones extrínsecas.

Las rosas puras de la energía cúbrense de impudicia so pretexto de acallar su canción inmortal.

Se dice matar por amor cuando se mata por miedo a la opinión de la galería. ¡La gran enemiga del santo gozar! La paz interior fué sustituída por la angustia. En las almas se hizo la noche.

Falsa, difícil e inquietante situación intermedia. Ni vencieron los hombres al instinto, ni acertaron a someterse a él. También la obediencia biológica sabe de goces. Sufren los hombres en cárceles ridículas, con muros de cretona y rejas de algodón.

Ridículas y horribles, con verdugos rudos; pero insobornables. Los puso allí el Instinto para hacer

expiar los desacatos de los hipócritas ensoberbecidos.

La culpa es de hombres y mujeres. Estas convirtieron la coquetería de aliño en manjar.

—¡A mí solo!—claman los enamorados, y Eva es cada día un poco más de todos.

Deshicieron, sin beneficio para ellas, el hechizo de descubrir perfecciones ignoradas de los demás. ¡El más frondoso vivero de ilusión!

El escogido ha de conformarse a que los encantos de la deseada no sean un delicioso secreto. En no pocos casos, a que el conocimiento rebase los límites de la óptica.

¡El buen tono de no negarse a bailar!

Cobardes para volver los ojos al instinto, débiles para intentar elevarse al esfuerzo estéril, ilógico; pero bello, del romanticismo, los humanos se extraviaron en los bosques de la sensualidad.

Escarabajos con mitra de oro, fueron condenados a empujar por campos de dolor, la bola de fiemo de su extravagante altanería miope.

¡El rey de la creación!

ERROR

Ningún error como el de alzar el objeto del amor sobre el mismo amor. Cométese por olvidar que en el fondo de los amores todos, hay una posibilidad de dicha absolutamente independiente de las razones psicológicas. ¡La ventura involuntaria que irrita y descompone! El suplicio a que somete la debilidad sentimental, colocando ante mujeres a las que se debió y no se pudo rechazar. Cada entrevista un tormento.

¡Sin embargo, el placer llega!

Conducido por quienes detestamos, ¡pero llega!

Esta generosidad de la Naturaleza, tan fácil de contentar, tan dadivosa, tan tolerante, constituye refugio para los hombres de buen sentido, para los incapaces de padecer sed, cuando ante sí tienen manantial que, entre encajes de espuma, hace sonar su canción imperecedera.

Así se comportan, cuerdamente, los seres todos de la Creación; todos, menos el hombre.

Sacrificase éste por basar el problema en el ánfora. ¡Cómo si lo importante no fuese el contenido!

Pocas actitudes tan insensatas.

Más cercano a la felicidad está quien ama a la mujer que el enamorado de una mujer. En esa norma, igual para todos, no hay lugar a desengaños, humillaciones, ni celos. Las torturas comienzan al intentar centralizar el afán en una sola persona, cuyo pensamiento no puede pertenecernos, cuyo deseo muéstrase ajeno a su voluntad, quizá contrario.

La alegría es fruta sabrosa y dulce al alcance de todos. De todos los no obstinados en cogerla de árbol determinado.

¿Es posible esta desindividualización, esta desparticularización de los sentimientos?

¿Cabe que los bajeles de la ilusión naveguen sin llevar izado ningún pabellón?

Junto a nuestra Patria, en Marruecos, podemos analizar el ejemplo de los moros.

El moro posee un perspicaz sentido de la sexuali-

dad. Ama a la mujer, no a una mujer. Algunas de sus aberraciones reconocen este mismo origen.

Ante todo hay que calmar la sed. ¿Bebida? Cualquiera. La primera encontrada a mano.

No se piense que ello implica simiesca sumisión a la lascivia. El moro habla de mujeres mucho menos que los españoles. Desconoce la rijosidad envilecedora de las tertulias de nuestros cafés. Ve rozar sus chilabas a europeas fragantes, medio desnudas, y su mirar no se va tras ellas. Sexualidad serena, reposada, con reposo cristalino.

Por satisfecha, por calmada, por bien servida, hállase libre de la naufragadora resaca de las pasiones ibéricas. Dueño de sí, seguro de sus instintos, sabe sumergirse en la cenestesia y saturar de panteísmo el pensamiento.

¿Entonces sus celos?

El moro es desconfiado, no celoso. No le interesa el alma femenina. Preocúpale el prestigio de su hombría, el engaño.

En hastiándose de una mujer se divorcia. La divorciada no tarda en encontrar nuevo esposo. Su pasado sentimental no se cotiza. Con la mujer repudiada por uno de sus discípulos casó Mahoma.

Tiene razón, toda la razón, el moro.

¿Qué importa de dónde nos llegó la dicha? ¡Ni por dónde nos llegó!

Una tarde, sentados en el jardín de su palacio, jardín pequeño, sin ruido, con un estanque en el centro, las puertas del harén al fondo; todo él lleno de color y aromas: naranjos en flor, mirtos; presidiéndolo un ciprés; decíame uno de mis mejores amigos moros:

—¿Por qué de cosa tan sencilla, clara y grata hacéis

vosotros una tan amarga y complicada? A muchos de vosotros les hace imposible la vida una sola mujer; yo tengo ahí dentro seis negras, y ya los ves, ni una voz, ni una disputa. ¡No sois listos!

Como al conjuro de su palabra, la luz se hizo más suave y untuosa. En las lejanías de Puente Buceja el crepúsculo extendía sus púrpuras sobre el opulento dosel perlino de las nubes.

Pasos más allá, la Judería. El reino de las mujeres de los ojos grandes, anclados, melancólicos; de las caras pálidas y los labios gordezuelos. De las mujeres que, cuando aman mucho, lloran. Casan casi adolescentes.

De ordinario no escogen libremente. ¡Pesan tanto las razones de familia! No pocas veces los maridos marchan a América a hacer fortuna. Ellas, resignadas, esperan su regreso. Cuando éste tiene lugar ya no son jóvenes.

Envuélvelas una atmósfera de viejos inciensos. Tienen por heroína a Ester, que compró con su belleza la salvación del pueblo hebreo. Todo es en estas almas sometimiento, silencio. Nada grita en ellas, salvo la chillona policromía de sus trajes.

Cércalas el deseo de los españoles. Prudente unas veces, procaz otras. La identidad de idioma hace fáciles las vías de la quimera. Pero su rito, obedecido con absoluta pasividad, impónelas matrimoniar, únicamente, con hebreos.

¿No percibís el infierno de esas vidas humildes, solitarias, cuya trepidación sólo de tarde en tarde asoma al remanso de sus ojos, cuando las angosturas de la Judería iluminanse con las farolas de un cortejo nup-

cial o el astro muerto baña de ensueño las azoteas o se oye el eco de los fusiles enemigos?

También cuando la salmodia grave de las fuentes hiende el silencio de la noche. Viéndolas os sentís como envueltos por aromas de flores torturadas, apretujadas, entre las manos de un niño idiota.

La armonía, el sosiego sexual de los moros, no hace estas víctimas. Tampoco la mora particulariza el amor.

La pretendida monogamia de la especie humana tiene realidad física en muchas mujeres. La sentimental falta en ambos sexos. Cuando más, puede hablarse de categorías, nunca de unidad. Lo general es conocerse tarde. La flor del primer amor rara vez se hace fruto. Los padres suelen oponerse al primer noviazgo. Ignoran que el noviazgo precoz es coraza contra el vicio, alas para la lucha, semilla de idealismo.

El hombre, que en nada constituye excepción a las leyes por que se rigen los demás seres, no podía serlo aquí, y de hecho no lo es. Ha dicho perspicazmente Rémy de Gourmont: "No hay más animales monógamos que los condenados a gustar el amor una sola vez„.

"En ocasiones, poligamia verdadera; en otras, poligamia sucesiva. Las seudomonogamias muéstranse siempre temporales. Cuando más, duran el tiempo necesario para asegurar la viabilidad de los hijos.„

Si esta ley no se percibe claramente por la raza humana, culpa es de la hipocresía y doblez de las gentes que lo impiden.

El sexo femenino calla o desfigura por un hábito de falso pudor, que tiene tanto de táctica defensiva como de estímulo. El masculino peca de embustero, de mi-

tómano, de pretencioso. Inventa historias, aliña fantásticamente los hechos.

Pero en el santuario de cada conciencia la verdad lanza su pregón, y el pregón nos dice que la atracción sexual es algo mutable, inquieto, como la superficie del mar.

Hay cuerpos monógamos; no existen espíritus ungidos de tal condición. Y mucho menos en tierras de sol, embadurnadas de una sensualidad recelosa que enturbia las cisternas del sentimiento.

Por paradójica actitud, los mismos que colocan el encadenamiento de sus ideas a merced de influencias tan complejas, pretenden elevar un altar de eternidad al objeto de amor escogido.

Irreverente gesto, que impide disfrutar de las horas como de espléndido regalo de la magnificencia divina.

No ha de olvidarse cómo en amor lo exquisito es el prólogo. Y la seducción la fase más íntegramente diversa. ¡Hay tan fatal monotonía en los desenlaces!

Por ello la suprema categoría estética del amor pertenece al noviazgo. Nada vale lo que la novia, por ser esperanza, por ser futuro, por ser misterio. En el querer, como en todo, lo menos importante es el presente.

La lección dada por el ejemplo de los mantis machos, devorados por sus hembras ya fecundadas, ahorra docenas de páginas.

En los humanos nuestro afán es comido por la Deseada; el de ella, por nosotros. Prueba de lo inútil de haber inventado el amor.

Sometiéndose al instinto se mejora de dueño. Ningún objeto sexual puede ostentar el poderío seco e inflexible de aquél.

LEALTAD

Los Diccionarios de sinónimos, antipáticos obstruccionadores del entusiasmo por la obra, dicen:

AMOR.—Cariño, ternura, afición, apego, afecto, inclinación, querer.

Los Diccionarios de sinónimos, obstruccionadores del entusiasmo por la obra, omiten el principal: deseo. Deseo de posesión, deseo de ver satisfecha la curiosidad despertada por persona del sexo opuesto.

La distinción marca la existencia de dos grandes grupos de enamorados. Los que persiguen la posesión y los preocupados por conocer la urdimbre espiritual del ídolo. De este tronco brota la rama de los celosos. Según veremos luego, el celoso no es sino un atormentado por el afán de saber. Hambre de explicarse. El celoso es un explorador que halla cortado su camino, cuando se creía próximo al final.

Tan cierta es la identidad entre los términos amor y deseo, que gran número de quereres perecen en cuanto comienza la vida en común.

En las viejas costumbres aristocráticas de vivir marido y mujer en habitaciones distintas, hay más sabiduría de lo que piensan los matrimonios burgueses condenados a pasar la velada, frente a frente, descortezando tedio.

Acaso resida en la falta de convivencia prolongada el fervor mágico del noviazgo.

Desgraciadamente, el deseo no nos pertenece. Nunca brota espontáneamente. Jamás por nuestra voluntad. Preséntase disfrazado, llamándose eco, reflejo, reacción. El deseo constituye siempre respuesta a una

pregunta, que nunca sabremos quién hizo. Contestación autoritaria, firme, avasalladora, campeadora. Lamentemos su automatismo.

Nada valen en amor la riqueza, la bondad, el talento, la belleza. Por ello representa tan cruel injusticia que maltrates a quien no comparte tu ansia. La culpa es tuya, que no acertaste. ¿Error? ¿Desgracia? Nunca culpa de los que no oyeron tu llamada.

Crueles justificaciones las de:

—¡Es tan bueno! ¡Me satisface todos los caprichos!

¡No! ¡No! Sólo hay una razón de amor. ¡El deseo!

Sólo él crea la pasión. ¿Cruel? ¿Humillador? Puntos de vista miopes. ¡Obedecemos a motivos biológicos! ¿Cuántas veces no es inferior la triunfadora a la víctima? ¿Cuántas el amante no admite comparación, ni física ni espiritualmente, con el marido burlado? ¿Cuántas también no se es arrastrado contra todo proyecto, contra toda conveniencia, contra toda lógica?

¡En tantas ocasiones se ama y desea lo que no se quisiera amar ni desear! Ninguna demostración mejor de que servimos a designios que no podemos ni presentir. Corrientemente, el deseo de averiguar predomina sobre el de poseer. Así las almas claras son las menos propicias a inspirarlo.

La curiosidad es la mejor aliada con que cuenta el diablo cuando se dedica a perder almas. Más virtudes ha quebrantado la curiosidad que el lujo y el vicio unidos.

No por otras rutas se hicieron morfinómanos muchos jóvenes horros de talento. Por fisgar, cientos de vírgenes locas se prostituyen.

¡El temible gulusmeo sexual!

Cuando no se procede lealmente; cuando no se habla diáfanamente, el castigo a la curiosidad pretenciosa es el desencanto.

El amor no tiene recompensa, por ser vanidad insolente. No vale lo que cuesta, porque le pusieron precio desproporcionado.

¡Cuánto más acogedoras las calzadas del instinto!

La falta de franqueza hace llamar, muchas veces, castidad al remordimiento, honestidad al desengaño. No son inferiores a las otras estas formas de virtud. ¿Por qué, entonces, ocultar su origen?

Necia e inútil obstinación la de no conceder beligerancia al deseo y defender la ficción romántica.

No es único castigo la desilusión. También lo es la inutilidad.

La derrota de sentirse invadido por caprichos irresistibles en total desacuerdo con el modo de ser, con el ideal, con el propio decoro.

¿De dónde pudo llegar aquella obsesión esporádica, contradictoria, avergonzadora y, sin embargo, tirana?

¿Entonces?

No hay sino dejarse conducir. Hacer del deseo norma, timón, estandarte.

¿Te molesta verte alistado en un ejército que no sabes dónde va ni de dónde viene? Ciertamente no ha de ser muy halagador para quien se cree pertenecer a la especie vértice de la escala zoológica. ¿Pero puedes hacer otra cosa?

Si te obstinas en saber, conocerás la tristeza del esfuerzo inútil. Si saltas las cunetas e intentas caminar a campo traviesa, te herirán las zarzas; el lodo agarrado a tus pies te inmovilizará, embruteciéndote; la fatiga te

impedirá alzar los ojos y el maravilloso cobalto del cielo no existirá para ti.

Créeme. Te lo digo a través de una experiencia donde todavía sangran las cicatrices. Nada tan sensato como incorporarse a los rebaños que tienen al instinto por pastor. Los huertos no intentan parecer jardines del Generalife, ni las acequias fuentes sevillanas; pero todo es limpio, fresco, risueño.

Conocerás una dicha sana, nivelada, que huele a tierra húmeda, a heno, a savia; teñida del violeta litúrgico de los crepúsculos de Gorgues. No recrearán tus oídos orquestas ocultas en boscajes a lo Watteau, pero el espíritu de la especie hará sonar para ti los regatones cristalinos de sus báculos.

No gemirás, ni te visitará la angustia, ni padecerás insomnio, porque será contigo la conformidad.

¡Conformidad!

Prestarse de buen grado a ser instrumento de voluntades ultratelúricas. Acatar. ¿Cabe luchar? ¡Cómo envenenó los espíritus la literatura aduladora! ¡Insensato orgullo el que hizo a los hombres alzarse frente a Dios, pretendiendo interpretar su voluntad! ¡Tan clara! ¡Tan rotundamente traducida en cuanto nos rodea!

Seamos obedientes, ya que obedecer es lo único a nuestro alcance.

Evitemos vernos obligados a ejecutar lo que pudimos hacer con apariencia de libre albedrío; pues a la tristeza de la sumisión se une el dolor de la derrota.

No lo olvides. Para que así sea lo verás repetido, veces y veces, a lo largo de este libro.

¡Amar es desear!

¡Desear es pretender conocer!

RIESGOS

¿Qué poderoso obstáculo se opone a que tan luminosas verdades lleguen al sentir de las gentes?

¡La iniciación torpe!

Aíslate unos segundos, olvida tus preocupaciones actuales, tan erizadas de tesón; retrocede lentamente por el camino de tu pasado, desoye el gemir de los rencores, atiende sólo a la esencia de la vida y sitúate en la infancia. Cuando todo era en ti capullo, cuando rebosabas potencialidad. Cuando podías mostrarte sinceramente egoísta. Cuando había quien velara tu sueño y si estabas enfermo te besaban bocas que sabían a lágrimas.

¿Recuerdas bien?

Ahora, contesta lealmente. ¿Quién te inició en los misterios de la vida sexual? ¿Quién calmó tu primera curiosidad?

De aquel momento, henchido de inconsciencia, arranca tu inadaptación actual. Allí tiene sus raíces tu imposibilidad de disfrutar del buen gozar. Del bueno y del sano.

La peregrinación en busca del amor no la hacemos por rutas marcadas a nuestro albedrío. Sino por las que nos impusieron al descorrer el velo.

De ordinario, la noble verdad no llega al niño por conducto de la madre. Son sus pregoneros otros niños, los criados, gentes groseras, el azar, no pocas veces una escena erótica presenciada inesperadamente, un espectáculo, una lectura, una frase suelta, el casto impudor de los animales...

Y es entonces cuando la sorpresa tunde, como mazo de batán, el alma tierna de los niños. La revelación hiere como puñales, despedaza como garras, entristece como la noche.

Honda y recia cicatriz que no podrán borrar ni la cultura ni la experiencia. Sobre la primera verdad, que no suele tener de tal sino la apariencia, edifícase afanosamente el concepto del problema sexual, que será de por vida, faro y puerto, cruz y lanza.

Escamotear la verdad al niño nada resuelve. El niño, si no obtiene respuesta que calme su ansia de saber, la inventa, construye por propia cuenta. Con pleno acierto nunca; disparatadamente casi siempre.

Por los libros dedicados a tales cuestiones circula el siguiente ejemplo:

Un matrimonio—varios autores citan el nombre—pone empeño singular en conseguir la más absoluta inocencia de su única hija. Maestros escogidos con escrupulosidad de psiquiasténico, son los encargados de educarla. Impídenla tratarse con otros niños. Su madre ni para dormir déjala sola. Cuanto pudiera avivar la curiosidad de la pequeñuela es proscripto: periódicos, libros, fotografías. Los que frecuentan la casa son avisados de que ningún tema que guarde relación con la sexualidad puede ser abordado delante de la pequeñuela.

Pasan años. La nena ha cumplido ocho. Cierto día llega de visita una señora embarazada. Nadie concede importancia al suceso. La austera ignorancia del bebé garantiza que el abultado abdomen no despertará asociaciones de ideas escabrosas.

¡Oh desencanto! Los padres han de soportar, humillados, oír:

—¿Vas a tener un niño?

Acosada a preguntas, responde la chiquilla con absoluta seguridad de sí misma:

—¡Como a la gata del jardinero se le pone así la tripa cuando va a tener gatitos!

La verdad parcial, fragmentaria, deformada, causa más daños que la verdad íntegra.

Infinidad de desgraciados lo son por pedir a la vida lo que la vida no puede dar. Abundan, igualmente, los incapacitados, porque una iniciación grosera arrasó los bancales del optimismo.

Laboriosa errata la de olvidar cómo la vida amable, risueña, no escatima los gérmenes de felicidad cuando no se la reclaman sino cosas posibles.

Yerran los que, cegados por un fracaso amoroso, acusan a quien escogieron para eje de su ilusión.

¿Se detuvieron a pensar si fué sensato su pedir? No se tiene derecho a reclamar compañía cuando no se marcha por caminos reales. Ni senderos ni atajos pueden imponerse. ¿Que nos le apartó su voluntad? Cierto. Pero ¿qué se diría del ciego que acusase de ingrata y perversa a su amada porque se negó a saltarse los ojos?

El mal requerir, el torpe demandar, el insoportable suplicar, suelen ser malas hierbas, cuya semilla fué plantada en los remotos tiempos de la primera infancia, cuando la verdad llegó violenta, brutal, arrolladora, en brazos de la confidencia soez de un niño pervertido, de la procacidad babeante de un adulto o envuelta en la ráfaga de tempestad de una frase, o una actitud sorprendida a unos novios, o en la casta indiferencia con que dos animales cumplen el casto deber de reproducirse.

En un libro como el presente era imperioso deber escribir lo que escrito queda y escrito fué.

LEJANÍAS

Si el deseo es independiente de la voluntad de quien lo sugiere y de quien percibe sus efectos, ¿cuál es su procedencia? ¿Qué arco oculto dispara las flechas? La personalidad sexual. Un ansia de posesión autónoma, rebelde, sin relación alguna con la belleza—¡la suerte de la fea!—, el caudal, el talento o la bondad.

Algo caprichoso, irreverente, burlón, saltarín, cuyas preferencias escapan a todo análisis.

En general, la mujer prefiere el valor y la energía física. El motivo de la atracción ejercida por las profesiones que tienen por substrátum exponer la vida.

Tienen razón. Quien arriesga gallardamente la vida merece beligerancias a que no pueden aspirar los cobardes, los egoístas.

Los antifeministas acusan al pretendido sexo débil de no rendirse sino ante el valor espectacular: aviadores, deportistas, toreros, contemplando indiferentes el heroísmo silencioso, estoico, del médico dedicados al enfermo contagioso o del investigador inoculándose grave dolencia para estudiar sus efectos.

Reproche injusto. No se trata de indiferencia, sí de desconocimiento. Cuando la mujer percibe claramente estos rasgos los admira sin otras limitaciones que la impuesta por su intuitiva repugnancia al talento masculino.

La tendencia general a conceder preferencia al brío

y al poder tiene curiosas excepciones. No pocas veces es preferido el débil y enfermizo. ¿Por ternura? ¿Por ese fermento de maternidad que alienta en las entrañas de todas las acciones femeninas?

No. Por imperioso mandato de una intención superior, mejor acatada cuanto más desconocidos son sus orígenes y trayectoria.

No puede traerse a colación el temperamento. Muchachos que juran y perjuran que nunca se enamorarán de una rubia, que rechazaron partidos ventajosos sólo porque la novia tenía dorado el pelo, acaban enloqueciendo por una doncella para cuya cabellera ofrendó el sol hebras de su luz.

Nada tan poco sistematizable, tan arbitrario, tan esporádico, como la personalidad sexual. Apuestos galanes sufren, a veces, la humillación de verse rechazados por mujeres de inferior calidad estética.

En esta movilidad desconcertante sólo parece mostrar alguna mayor fijeza la resistencia que a enamorarse del talento presenta la mayoría de las mujeres.

No todo el mundo se da cuenta de ello, porque es corriente confundir el talento con la sugestión ejercida por la gloria o simplemente la notoriedad.

Atrae tanto la popularidad, que un famoso delincuente al que el pueblo, más que el hecho, acusó de haber dado muerte a su madrastra, mostrábame el año 1908, en Ceuta, fajos de cartas femeninas recibidas durante el proceso.

Un capitán, no menos célebre, por su crimen, me enseñaba lustros después voluminoso correo de amor.

Pero celebridad no es sinónimo de talento.

La intuición previene a las hijas de Eva de que la calidad del sentimiento es independiente de la calidad del pensamiento.

El talento es escéptico, sombrío, gruñón. Los grandes hombres créanse una intimidad absorbente nada grata para el profano. Recuérdese a Goethe, el gran enamorado de las mujeres, que no supo apasionarse por ninguna. Al poeta del *Werther*, que abandonara a Federica porque su cariño robaba intensidad a la labor.

Los hombres cotizan sobre toda otra cualidad la gracia.

Tampoco es constante la actitud. Hay pavas que logran encadenar la voluntad de varones insensibles a grandes bellezas.

En ocasiones la pavería es dignidad sexual.

Mecanismo de selección como el pudor. Entre la falsa sosa que se reserva en espera del amor soñado y la salada que se va entregando, en jirones, a cuantos encuentra, el camino del elogio no puede hallarse más desembarazado de titubeos.

Los clásicos conceden gran importancia a los caracteres opuestos, al contraste, como germen de preferencias. El alto prefiere a la baja, la gorda al flaco. Las excepciones abundan tanto como la regla.

No cabe generalizar.

Se han invocado las conveniencias de la especie, sentido secreto, subconsciencia, que llevan a escoger subordinadamente a los intereses de aquélla.

Tentadora hipótesis. Por desgracia, la observación aporta ejemplos donde no es la salud, ni la energía, ni la edad, ni la aptitud para la procreación lo que el deseo pudo tener en cuenta.

Así ha podido escribir D'Annunzio que lo que ca-

racteriza a la pasión no es amar lo perfecto, sino el defecto. Ser atraído por el prodigio de unos brazos mórbidos o el fulgor de unos ojos grandes y profundos, no exige elaboración psicológica alguna. Bien distinto es hacer culto de los defectos.

Los bagandas de África muestran tal predilección por los pechos caídos, que las jóvenes procuran atárselos a la cintura, para lograr, cuanto antes, este estado de flacidez, de fofería.

Los árabes, maestros en amor, tienen el siguiente ideal estético femenino—Lane—:

Cuatro cosas deben ser *negras:* cabellos, cejas, pestañas, ojos.

Cuatro *blancas:* cara, esclerótica, dientes, piernas.

Cuatro *rojas:* lengua, labios, centro de las mejillas, encías.

Cuatro *redondas:* cabeza, garganta, muñecas, tobillos.

Cuatro *largas:* espalda, dedos, brazos, piernas.

Cuatro *anchas:* frente, ojos, pechos, caderas.

Cuatro *finas:* nariz, labios, cejas, dedos.

Cuatro *gruesas:* nalgas, caderas, pantorrillas, rodillas.

Cuatro *pequeñas:* orejas, pechos, manos, pies.

No es preciso haber frecuentado el trato de hombres de esta raza para darse cuenta que se trata de un artificio puramente teórico, anémico de realidad.

En Tetuán gozan de gran predicamento sexual las esclavas negras. Uno de mis mejores amigos, hombre de singular posición social y prestigio, decíame que él había llenado de negras su harén porque encontraba a las blancas insípidas. ¡No saben a nada!

Artistas idólatras del buen desnudo enloquecen por mujeres deformes.

La misma preparación cultural falla. ¿Cómo explicarse si no la atracción mutua, obnubiladora, entre personas conocedoras de que se hallan taradas por una herencia fatalmente destinada a crear seres monstruosos, infelices, parásitos, cuévanos de desgracia? ¿No es relativamente corriente comprobar que el hombre vicioso, gastado, maduro, lleno de lacras, atrae más a las mujeres que la mocedad optimista de ingenuo adolescente?

Confieso que el ejemplo no es totalmente adecuado por desempeñar, en él, papel considerable la curiosidad.

Pero precisamente ella constituye una de las pocas rendijas que a la vanidad de una explicación teórica queda.

La única actitud leal, sensata, es confesar que ignoramos las manos que manejan los hilos de la tentación.

Adoptando un punto de vista materialista cabría un último esfuerzo para buscar la razón, en el caudal de emoción representado por un enamorado para otro, potencialidad vislumbrada por automatismos subconscientes; pero ¿y cuando en el cortejo sólo figuran vergüenzas y desdichas?

Tampoco radica aquí el motivo.

No son raras las personas queridas ciega, locamente por sus víctimas. Ejemplo:

Manicomio próximo a Madrid. Pueblo triste, de viejos paredones y calles enlodadas. Ambiente gris. Silencio y tedio. Entre aquellos muros vivió recluído, muchos años, un criminal cuyo delito llenó de gruesas titulares las planas de los periódicos. Ni un jueves ni un domingo faltó a la visita oficial su amante,

mujer de modesto vestir, cuerpo enjuto y mirar huído.

Muchos días aparentaba no reconocerla, no pocos la rechazaba con gesto airado, bastantes la insultaba; pero ella jamás dejó de acudir, abrasada por el calor o estremecida por el frío, estuviesen verdes los surcos de la llanada o sirviesen de lecho a la niebla.

Nunca llegó con las manos vacías. Llevaba cigarros, bombones, flores, ropas.

Para comprar el obsequio y no morir de hambre-necesitaba trabajar en un trabajo agotador, monótono, mal retribuído.

Los días pasábalos en un sotabanco inhospitalario, batido por los vientos del Guadarrama, caldeado en verano como un horno.

Cuando aún era joven, sabiendo encerrado ya de por vida a su amante, tuvo que soportar tenaces asedios. La ofrecieron cariño, dinero, comodidades. La notoriedad alcanzada por el crimen del loco hacíala más codiciable, aumentando su atractivo, no despreciable aun sin necesidad de tales alicientes.

Ni un instante de duda, ni el más pequeño conato de claudicación.

Ya vieja venía renqueando, disneica, jadeante, como si fuese a morir al pie de la verja; pero en viéndolo se transfiguraba. Sus ojos inundados de luz, su gesto exaltado, su voz que la ilusión hacía temblorosa traducían la más intensa emoción.

Emoción de claro de bosque, de flor picada, de fruta sin sabor.

Los insultos, los desprecios, las amenazas no lograban disminuir la intensidad de su sonrisa blanca, dulce, lenta.

¿Qué podía esperar de aquel hombre terco, orgulloso, desconfiado, teatral, que jamás la ofrendó un rasgo de delicadeza, una frase cordial?

No era sólo compasión.

Apenas quedábase sola con él, durante los instantes en que el celador necesitaba atender a otras visitas, la sonrisa, la resignación huían de su cara. Los labios buscaban rápidos las manos, las mejillas del deseado, acaso más deseado cuanto más imposible

Inútil empeño el de querer conocer las raíces de la personalidad sexual. Probablemente trátase de un mecanismo inconsciente de su misión. ¿Habrá que dudar del genio de la especie?

Sólo una conclusión podemos obtener. El deseo es fruto de estímulos caprichosamente nacidos, variables, inconsistentes.

Ello demuestra cómo quien pretenda atrincherarse frente al desdén, el engaño o el olvido en razones demostrativas de que merecía el amor que se le niega comete pecado de incomprensión.

¡El amor no depende de la voluntad!

No demuestra experiencia quien asegura la eficacia de ésta frente a la pasión.

¡Qué conveniente es no olvidarlo!

NUBES

Mana en los jardines del amor una fuente de amargura estéril, cuya cantata embota sensibilidades y empobrece quimeras: la preocupación por el pasado de la Deseada.

Las mujeres, de más cordura que los hombres, limítanse a pedir fidelidad desde el comienzo de la inclinación. No sienten el pesar de lo imborrable.

¡Tortura más necia! En las escenas presididas por Cupido sólo debe interesar el momento, y de ese momento, lo objetivo.

¿Quién podrá descifrar y catalogar los complejos motivos que condujeron una mujer a darse? ¿Herencia, educación, lecturas, ambiente, crisis fisiológicas? ¿Acaso un huracán de despecho? ¿No es vesania intentar resucitar estímulos de los cuales puede no quedar sino ceniza? Aun descubriéndolos, si no está al alcance de las humanas posibilidades revivirlos, ¿cómo ponderar en justicia el grado de influencia que ejercieron?

Sin tal pasado, ¿sería la misma su seducción? ¿No fué precisa la amalgama de ese fondo de sana animalidad, de educación peligrosa, de lecturas equívocas, para obtener su actual radiación?

Si un hada madrina lograse el milagro de volver la atormentadora a sus años infantiles, para conducirla del modo ideado por quien sufre el tormento, encrespado, de bucear en su historia, el resultado mostraría una psicología anodina, sin poder espoleador.

¿Sería su mirada tan recóndita, flotarían en ella los celajes de nostalgia que ahora la saturan de exquisita melancolía de no haber conocido el tormento del querer? Si sus ojos no hubieran llorado por otro, ¿acertarían con tanta presteza con los arcones de la ternura?

Frente al enamorado cuyo corazón lacera la duda de qué parte toma en la exaltación el presente y cuánta los sedimentos removidos de tentaciones anteriores no satisfechas, hay que alzar el tipo del discreto que ignora el aguijón de la curiosidad retrospectiva, concretándose a bendecir un pasado, modelador de aquel tipo de mujer que le hace la magnífica ofrenda.

¿Qué más da ser causa o efecto? El afán ha de ponerse en no desperdiciar ni ocasión ni matiz. El amor odia igualmente la historia y la profecía. Ni cronistas ni augures.

¡Perversa obsesión!

No pudo ser tuya antes de conocerla, dejará de serlo en cuanto comiencen a piafar los corceles de la carroza sombría del hastío, acaso no lo sea totalmente cuando apure contigo la copa del divino licor. Sólo el placer te pertenece, porque si ella aporta los materiales, el edificio es obra tuya.

Lo prudente es avanzar puesta la proa a la isla de Citerea. La compañera a quien correspondió remar junto a nosotros tiene menos importancia que la ruta.

No depende el goce de la calidad de la Dulcinea. ¿A quién no aburrió alguna mujer hermosa? ¿A quién no deleitó una fea?

La mujer es el instrumento, mas la ejecución de la inmortal sonata nos pertenece.

Labor propia. Es ésta, verdad con tiara de brillantes.

Hemos probado antes que la pretendida espiritualización del instinto constituye una mascarada fúnebre y enfermiza. Mascarada de asilo, dolorosa ficción. Demostramos que el error máximo de los humanos fué colocar el objeto del amor sobre el amor mismo, obscureciéndolo. Los incapaces de percibir claramente la trascendencia de estas ideas disponen de una última solución: ver princesas y castillos en los mesones mal

enjalbegados y en sus mozas, tundidas de rascar sabañones.

Siendo imposible esquivar el amor, hay que tender a sustituir el ideal ambicioso de cronicidad por el ocasional, sencillo de montar y desmontar. Como barraca de feria.

El cambio de disposición sentimental no es tan difícil como parece en los primeros intentos. Cierto que los rastros dejados por lecturas desatinadas de la adolescencia, altisonantes, trepidantes, parecen resurgir en toda su intensidad emotiva; cierto que vientos de depresión amenazan arrastrar las oriflamas, apagar los faroles, acallar las charangas de la tentación, haciendo imposible el festejo; pero la rebeldía dura poco; bien pronto se establece el hábito. El amor es ave que sabe cantar en el fragor de las tormentas.

Estos cariños fugaces acaso ignoren la superación romántica de las grandes pasiones; pero desconocen igualmente su dolor.

Cuando el amor propio enardecido, hostigado, se decide al análisis, el buen sentido principió ya a desarmar el artilugo de ferial, madera y lienzo, que por unas horas simulara mármoles de alcázar. No ha terminado todavía su interrogación el orgullo, cuando ya está en marcha, hacia otras tierras, la caravana policroma y bulliciosa del deseo.

¡Un momento de ilusión vale la vida!

Un momento de ilusión es siempre fácil. Lo arduo resulta prolongar su existencia. Si el pasado de una mujer es inaccesible, ¿por qué no prescindir de él? Mientras las cataratas del deseo caen, ensordeciendo el espíritu, no alumbra sus linternas el afán de saber.

Es luego. Si luego hacemos que nos estremezca otro afán, el resplandor no llegará a nosotros.

Un viejo camarada recuérdame siempre que nos encontramos, cómo su mejor tarde de amor fué la consagrada a una aventura sin pretensiones líricas, y cómo al contarle ella, días después, que el propósito de vengarse de su novio la había llevado enloquecida a aquel trance, él se dedicó a consolarla alegremente, guiado por un sentimiento de gratitud. El regalo había sido espléndido.

La dicha amorosa representa una limosna de la Naturaleza, y nunca fué mendigo sensato el obstinado en averiguar las razones que hicieron caer las monedas en su platillo.

Ni el pasado ni el futuro importan. Lo que ha de cuidarse es el crisol donde son fundidos, incesantemente, los más viejos temas sentimentales.

CONSEJO

Si el instinto ha de resultar siempre triunfante; si el amor no tiene otro esqueleto que el deseo; si éste es cosecha que no depende de la voluntad de quien siembra ni de quien recoge; si la personalidad sexual aparece independiente de todas las cualidades, ¿qué hacer?

¡Acatar!

Obedecer con plena consecuencia de que se saborea una felicidad transitoria. El amor muere siempre. Prematuramente, casi siempre.

¿Amores que duraron una vida?

Excepcionales. De ordinario, confusión entre dos palabras que la gente emplea aturdidamente:

AMOR
CARIÑO

Cabe querer ciega, desordenada, impetuosamente a una persona y no amarla. Cabe amar arrolladoramente a una mujer y odiarla.

Amor es sinónimo de ilusión. Pero la ilusión no tolera tiranos. Independiente de todo motivo intelectual, escapa a las previsiones, como el agua de una cesta o los perfumes de un pomo destapado.

Cuando una mujer y un hombre se sintieron estremecidos por idénticas ansias; cuando estrechamente unidos se asomaron, temblorosos, a los cráteres del Instinto; cuando lloraron una noche de luna, cara contra cara, crearon lazos de cariño recios, imperecederos; pero a los que no cabe conceder categoría de amor.

Esta trabazón sentimental es más vigorosa cuando el amor plasmó en un hijo. No hay júbilo comparable a la satisfacción de haber oficiado en un rito biológico.

El cariño puede llenar una existencia. El amor, en el caso más favorable, acaba con la vida sexual.

Esta brevedad, esta inseguridad, esta volubilidad del deseo impone la intención de no desaprovechar minuto, de disfrutarlos todos, avara, ávidamente, porque no hay dicha comparable a la del amor ahito ni belleza como la que ilumina la expresión de la enamorada complacida, ni dicha como la de sentirse envuelto por el torbellino amo del mundo, porque el mundo le debe su persistir.

El resto, filosofía, arte, ciencia, o constituye industria, o es modo de aliviar la impaciencia por la repetición del milagro.

El ideal de todo ser consciente, que no pretenda alimentarse de perfumes o hacer manjar del cieno es la pareja. El hombre y la mujer dispuestos a un instante de olvido del ayer y del mañana.

Ha escrito Tagore: "La hoja, cuando ama, se hace flor; la flor, cuando adora, se hace fruto.„

Este bienestar cenestésico, esta alegría patente, este vibrar exaltado del organismo entero, no encuéntrase tejido sólo de goces viscerales; a ellos únese el sentimiento de que se cumple la misión para que se fué creado.

Únicamente las horas dedicadas al amor son horas sagradas para la especie, porque nada sino ellas puede garantizar su conservación. Por eso la alegría del amor muéstrase superior a todas las alegrías.

Porque es una unión y una gratitud hechas goce.

Ningún esfuerzo mejor recompensado. Nada acalla, contenta y engríe como el amor. Merced a él tiene lugar la maravilla de ver trocados en ricos de bondad y altruísmo seres antes egoístas y perversos.

¿Quién olvidará la abnegación con que muchos insectos entregan su existencia, a cambio de unos segundos de delicia, para que la vida siga?

Contra estas verdades rutilantes se alzaron, a través de la historia del mundo, guerreros, pensadores, filósofos, sacerdotes de todas las religiones. El amor saltó sobre sus cuerpos gesticulantes, apagó el estruendo de las voces, empañó el brillo de los aceros, desoyó las amenazas de castigos ultratelúricos, y sobre la pirámide

Excepcionales. De ordinario, confusión entre dos palabras que la gente emplea aturdidamente:

AMOR
CARIÑO

Cabe querer ciega, desordenada, impetuosamente a una persona y no amarla. Cabe amar arrolladoramente a una mujer y odiarla.

Amor es sinónimo de ilusión. Pero la ilusión no tolera tiranos. Independiente de todo motivo intelectual, escapa a las previsiones, como el agua de una cesta o los perfumes de un pomo destapado.

Cuando una mujer y un hombre se sintieron estremecidos por idénticas ansias; cuando estrechamente unidos se asomaron, temblorosos, a los cráteres del Instinto; cuando lloraron una noche de luna, cara contra cara, crearon lazos de cariño recios, imperecederos; pero a los que no cabe conceder categoría de amor.

Esta trabazón sentimental es más vigorosa cuando el amor plasmó en un hijo. No hay júbilo comparable a la satisfacción de haber oficiado en un rito biológico.

El cariño puede llenar una existencia. El amor, en el caso más favorable, acaba con la vida sexual.

Esta brevedad, esta inseguridad, esta volubilidad del deseo impone la intención de no desaprovechar minuto, de disfrutarlos todos, avara, ávidamente, porque no hay dicha comparable a la del amor ahito ni belleza como la que ilumina la expresión de la enamorada complacida, ni dicha como la de sentirse envuelto por el torbellino amo del mundo, porque el mundo le debe su persistir.

El resto, filosofía, arte, ciencia, o constituye industria, o es modo de aliviar la impaciencia por la repetición del milagro.

El ideal de todo ser consciente, que no pretenda alimentarse de perfumes o hacer manjar del cieno es la pareja. El hombre y la mujer dispuestos a un instante de olvido del ayer y del mañana.

Ha escrito Tagore: "La hoja, cuando ama, se hace flor; la flor, cuando adora, se hace fruto."

Este bienestar cenestésico, esta alegría patente, este vibrar exaltado del organismo entero, no encuéntrase tejido sólo de goces viscerales; a ellos únese el sentimiento de que se cumple la misión para que se fué creado.

Únicamente las horas dedicadas al amor son horas sagradas para la especie, porque nada sino ellas puede garantizar su conservación. Por eso la alegría del amor muéstrase superior a todas las alegrías.

Porque es una unión y una gratitud hechas goce.

Ningún esfuerzo mejor recompensado. Nada acalla, contenta y engríe como el amor. Merced a él tiene lugar la maravilla de ver trocados en ricos de bondad y altruísmo seres antes egoístas y perversos.

¿Quién olvidará la abnegación con que muchos insectos entregan su existencia, a cambio de unos segundos de delicia, para que la vida siga?

Contra estas verdades rutilantes se alzaron, a través de la historia del mundo, guerreros, pensadores, filósofos, sacerdotes de todas las religiones. El amor saltó sobre sus cuerpos gesticulantes, apagó el estruendo de las voces, empañó el brillo de los aceros, desoyó las amenazas de castigos ultratelúricos, y sobre la pirámide

de los enemigos siguió sonando el himno, inmortal y triunfal.

Entraron los guerreros en la ciudad conquistada, hundidos sus pies en arroyos de sangre, guiados sus ojos por los resplandores de los incendios, y al correr de los días, nunca muchos, conocieron el sabor terso, húmedo y muelle de los labios femeninos que los maldijeran al llegar.

Pasó el filósofo noches enteras ideando razones contra el amor, y la risa de una bella, no siempre casta ni cauta, derribó la convicción en una pirueta, tras colocar los cascabeles del ridículo, junto a las distinciones académicas, en el pecho del pensador.

Clamaron los sacerdotes contra el deber natural, y, o fueron atados a su carro como esclavos, o vieron invadida la paz de sus noches por tentaciones, calvario místico, tortura morbosa. Por las puertas del templo se adentró la mujer, quebrantando silencios, manchando purezas.

Los enemigos del amor son siempre teóricos, desconcertados, que lo ignoran.

Pobres gentes cegadas por prejuicios, desorientadas por perspectivas fragmentarias, por desviaciones vacilantes.

Siendo leales para con nosotros mismos, no teniendo la desquiciada ambición de igualarnos al Creador, no pretendiendo con soberbia inaudita poner trabas a lo que a él le plugo hacer libre, no existe bien como el del amor.

En amor es fácil ser feliz. Todo el arte de lograrlo puede comprenderse en tres palabras:

OBEDECER AL INSTINTO

GALLARDETES

LA PACA

Allá por el año 1895 servía en la calle de Fuencarral, entre Bilbao y Quevedo, Paca González, mujer de treinta y tres años, separada de su marido y nacida en Jaén. Era su defecto una rara abundancia de vello sobre el labio superior y más lágrimas de las corrientes en los ojos legañosos, pequeños, terebrantes. Su belleza, un desnudo moreno y perfecto. Su encanto, la elasticidad del talle. Carne dura y cálida. Su atractivo, la alegría. El barrio entero hacíase lenguas de ella.

El señorito Enrique, tras un asedio ni largo ni porfiado, logró que muchas noches quedase en la casa un lecho sin deshacer y que la paz de los pasillos se viese turbada por sombras estremecidas de frío y lujuria.

Paca le llamaba ¡mi niño!

Como el padre almorzaba en la oficina, muchos días no ponía comida y el dinero dábaselo a su niño. ¡Quería que siempre llevase un duro en el bolsillo!

La Paca no pedía nada, entregaba su cuerpo y su dinero. En un apuro del señorito Enrique empeñó los mantones.

Él lo aceptaba todo, creyendo suficiente compensación lo generoso de su mocedad.

En las noches invernales, la Paca quedábase vigilando junto a la puerta, cuyos pestillos engrasaba con pericia de ladrón. ¡Que el padre no se enterase! ¡Venía tan tarde algunas veces el mozuelo!

Hizo más. Un Carnaval convenció a la compañera del principal para que, después de cerrado el portal, se escapase al baile con el señorito Enrique. Como entre dama y galán sólo reunían un puñado de calderilla, Paca les regaló diez duros.

No existió en la tierra amor más leal y desinteresado. Enrique ni acertaba a reconocerlo, ni sabía agradecerlo. ¡Un chico más raro! De los brazos de menegildas y modistillas salía para devorar novelas románticas.

Su cuerpo se abrasaba de lujuria, su espíritu de literatura. Iba abriendo así, poco a poco, un surco imperecedero.

La Paca no cesaba de aconsejarle:

—¡Hay que saber esperar! ¡No desespere! ¡Yo esperé toda una vida!

Siempre contestaba, malhumorado:

—¡Hay predestinados al dolor, para los cuales no llegará jamás la dicha! ¡Soy de esa casta!

Al oírlo, la Paca quedábase sin contestar; luego un torbellino de besos consfituía su respuesta. Él intentaba huir. ¡El áspero cosquilleo capilar del inquieto labio!

Para la sirvienta, aquella historia suponía la justificación de su vida. Había dejado de ser fantasía su soñar. No dejaba de repetirse que no existe felicidad comparable a la del amor. ¡Pero llega a veces tan tarde!

Para el señorito, la aventura no era superior ni inferior al resto de las que hasta entonces conociera. Había llegado al convencimiento de que nunca lograría poseer totalmente una mujer.

La Paca mostrábase más pródiga en caricias que en razones, y Enrique pedía más palabras que caricias.

No había modo de que llegaran a entenderse, compenetrándose.

Infinidad de veces preguntaba la Paca, temblorosa, anhelante:

—¿Me va usted queriendo un poco?

El señorito Enrique no respondió nunca. La Paca, entristecida, suplicaba:

—¿Por qué no ha de quererme usted? ¿Como yo no ha de volver a adorarlo ninguna mujer? Cuando llegue a la vejez lo recordará.

El buen corazón de Enrique dejaba entonces oír su voz, y el himno divino lanzaba victorioso sus notas en aquella alcoba angosta, unida a un gabinete donde de las paredes colgaban cromos de *La Ilustración Ibérica*, había en el centro tosca mesa cargada de novelas, y junto al balcón la *Victoria de Somotracia*.

Satisfecho el afán, triunfaba el silencio. Él parecía humillado; ella, saborear. Unos minutos. Luego alzábase presurosa la Paca para volver preguntando respetuosamente:

—¿No se levanta el señorito?

Pasaron dos años. Durante ellos no hubo en Chamberí mujer más contenta que la Paca. No iba de paseo por no dejar la casa sola, pero entre todas las muchachas de la vecindad, ni las que tenían novio formal, ni las que salían cada ocho días, ni las de buena compra mostrábanse tan alegres.

Los trinos de sus cantares saltarineaban sin descanso en la oquedad mustia del patio.

Un día de noviembre el señorito Enrique salió apenas comido para regresar en seguida. Volvió apesadumbrado como nunca.

La Paca no tardó en aparecer en traje de tentación.

—¡Vete! ¡Vete!

—¡Pero, señorito! ¡Con lo que yo le quiero!

—¡Qué has de quererme! ¡No eres sino una vieja lúbrica que está devorando mi juventud! ¡Me harás enfermar!

La Paca se marchó en silencio.

Al llegar el señor, pidió la cuenta. Su marido quería reconciliarse con ella. ¡Se fué sin despedirse del señorito Enrique!

Así perdió Chamberí la más alegre de sus muchachas de servir.

JULIA

¿Era buena? ¿Era mala?

Julia no era ni buena ni mala. Era sólo una vanidosa, capaz de las más comprometidas situaciones por concentrar sobre sí la atención de cuantos muchachos conocía.

Ayudábala a seguir el grato recolectar de triunfos su belleza picante y un poco chillona. De cartel.

La cara redonda, plástica, rebosaba alegría, siempre bañada de luz. En las mejillas, al reír, la picardía de dos hoyitos, nidales de besos.

Su entrada en las reuniones tenía la prestancia de

alborozo de un amanecer. Los crótalos de su risa enardecían las mocedades masculinas.

Cuando las encontraba reacias al acatamiento, solía sentarse, con graciosa actitud de colegiala, dejando caer las manos, candorosamente, en el hueco de la falda, hasta hacer resaltar la magnífica curva de sus muslos.

Cuando esto no bastaba, estando de campo, hallaba valioso auxiliar en el columpio, permitiéndola lucir sus pantorrillas, finamente modeladas. Como último recurso, cantaba.

Bonito el cuerpo y discretamente aristocrático, por obra de una pierna larga, de contorno firme. Sus defectos eran los senos, pequeños y precozmente lacios, y el pie sobrado grande para la estatura.

Los campamentos de la seducción tenían sus tiendas en la cara.

El novio de Julia sufría demasiado, para sólo ser novio.

La hablaba siempre quedo, mirándola a los ojos. En vez de reprocharla sus coqueterías, la besaba las manos. Besos desatadores de la imaginación:

—¡Verás cuándo nos casemos! ¡En cuanto acabes la carrera! ¡Seré muy buena para ti! ¡Tú me querrás siempre como ahora!

Recreábase en detalles nimios, con la deliciosa parsimonia con que chupaba los caramelos. Desarmado, hundía él su optimismo, voluptuosamente, en aquella charla gorjeante, traviesa. Como si se lavase la cara en una fuente de los pinares sombríos de su tierra soriana.

Las despedidas resultaban interminables. No le permitía irse:

—¡Déjame que me atraque de buenos propósitos!

Buscando con su cabecita infantil el refugio de los hombros del amado, en un mimo felino, de gata de solterona rica.

En hallándose entre muchachos y muchachas, desmoronábase la intención. Nadie sino ella podía desempeñar papel de protagonista.

Todo adquiría en Julia vida exuberante: las manos suave tibiura de axila, los ojos resplandor, los gestos malicia, el andar sensualidad.

Formaba adorable contraste la movilidad anillosa del talle con la rigidez, un poco despectiva, de los hombros.

Tratábase de un efecto fugaz.

Concedía citas a las que no acudía nunca.

Una vez en casa, en su cuartito estrecho, de angosto balcón, cuyos hierros pugnaba por alcanzar una acacia enfermiza, triste y calva, ni se acordaba de quiénes habían sido sus pretendientes.

Sólo para el novio, leal y bueno, tenía pensamientos.

¡Qué felices iban a ser!

No llegaron a serlo porque él negóse a continuar unas relaciones donde el pesar superaba al contento.

Comenzó vertiginoso desfile: un estudiante de Medicina que, cegado por el despecho, intentó abofetearla en el ensayo de una ingenua sociedad de aficionados al teatro, que a ratos parecían sus más crueles enemigos; un tendero obeso y parlanchín, obsesionado por el orgullo de usar las corbatas más inverosímiles de la corte; un abogado con el pelo enmarañado y el elogio de sí mismo colgado siempre de la boca...

Acudían atraídos por la belleza, cada día más cua-

jada, de Julia; pero ninguno resistía la prueba de soportar el ridículo, situación en que los colocaba tan pronto como iban juntos a una reunión. Semanas de tres novios.

De tan peligrosos combates siempre sacó indemne la virginidad.

El día que se halló la primera cana tuvo rara idea: pensar que su pureza, tan hábilmente conservada, debía ofrendarla al único hombre a quien amó.

Y audazmente fué a brindársela.

—¡Estoy como cuando nací! ¿Quieres este tesoro en pago de lo que te hice sufrir, antes de que la vejez lo prive de valor?

Le miró temblorosa, sin sonreír.

Él se asustó; ¿no sería una emboscada? Disimuló el miedo y acertó con la frase. ¡No tenía nada de tonto aquel hombre!

—¿Para qué? Ese tesoro no es nada si no lo envuelve la ilusión, y la ilusión por ti ya no puede retoñar en mí.

La conciencia de su soledad, la tristeza de los días perdidos, abrumó a Julia.

A los pocos meses había encontrado el antídoto de casarse con un viejo rico. Buscó a su primer novio, que, libre ya de miedo, la recibió fervorosamente en sus brazos.

Julia, cumplidos sus cuarenta y cinco años, asegura estar muy satisfecha de cómo pasó y pasa la vida.

SOR ALEGRÍA

Cuantos preguntaban a un interno de las otras Clínicas, recibían idéntica contestación:

—¿Envidia? ¿Por qué?

La verdad no era ésta. La *pelusa* existía. A la Sala VIII—Mujeres—no la perdonaban fácilmente sobresalir. ¿Por limpia? ¿Por luminosa? ¡Por alegre!

No se pasaba una vez ante su puerta sin oír risas. Como si no fuera templo levantado a las miserias y claudicaciones orgánicas. Cierto que por entonces no ocupaban las camas enfermas graves. Pero no procedía de esta solera accidental el alborozo, sino del casual concierto de temperamentos tan diversos y contrapuestos como los de hermanas, enfermeras e internos.

Fustegueras y Sancho eran camaradas inseparables.

Sancho, flaco, caracterizábase por su cabeza grande, frente descarada de hidrocéfalo, su bigote tímido y su tipo de payaso de circo nómada. Vestía mal. No había en él de interesante más que la mirada triste, nostálgica, ensoñadora, de miope sin lentes. Insistente creadora de arrugas.

Más que por la mirada conquistaba la simpatía de los condiscípulos por su travesura cabriolera, contorsionista, incoherente, rezumando desconcertante sentido lírico de la vida. Sorpresa de rosales en la nieve.

Fustegueras, gordo, ostentaba una gordura de mesonero de vieja novela rabelesiana. Los hábitos no disonaban del andamiaje. Comía como un vasco, y eran sus digestiones tan insólitamente profusas en fermentaciones exteriorizables, que sólo los de pituitaria

torpe podían abordar su trato en momentos tan difíciles. La escasa cultura general hallábase más que compensada por el mejor corazón que conocieron las aulas.

A saberse siempre las lecciones no le ganaba nadie.

El ambiente mental de Fustegueras, bonachón e ingenuo, casaba admirablemente con el bullicio agridulce de Sancho.

También existía gran intimidad entre las enfermeras Eustaquia y Matilde. Eustaquia entró en calidad de paciente, para someterse a una operación autoplástica que disminuyese los estragos causados por el carbunco. Como cada intervención, en vez de mejorar, empeoraba su estética, el cirujano, compadecido, logró para ella una plaza de enfermera. Asegurado el pan, sometíala sistemáticamente, sin inquietudes de conciencia, a dos operaciones anuales, en otoño y primavera.

Aun cuando el éxito seguía mostrándose esquivo como una taquillera, Eustaquia, sin sobresaltos por el condumio y envuelta en la aureola de caso singular, encontrábase tan satisfecha como el más nuevo de los ricos.

Matilde, con sus cuarenta años corridos, sus carnes fofas, piltrafosas, y su nariz de feligresa de Baco, era una sensual audaz y obstinada. Trabajadora, limpia, cariñosa para los que sufrían, quemaba incienso a Venus en los rincones del Hospital. Es de justicia reconocer que sólo en ausencia de internos complacientes acudía a los mozos.

Como toda persona de sexualidad satisfecha, resultaba propicia a la risa. Soportaba bien las bromas de Sancho y las devolvía. Sólo poníase seria al rechazar

incitaciones a la transgresión anatómica que, tozudamente, haciala Fustegueras.

Los pocos admiradores leales con que contaba la Sala VIII no concedían el mérito a Fustegueras, ni a Sancho, ni a Eustaquia, ni a Matilde, sino a Sor Alegría.

Sor Alegría—así la bautizara Sancho—era una monjita menuda, fina, elegante, bella, con belleza matinal, y mirada difuminada entre fulgores. Llevaba siempre encadenada al gesto de su boca una sonrisa dulce, aquietadora, comprensiva.

Era ella la madre del encanto de la Sala.

Los internos, de la envidia, pasaron a la murmuración. Sancho cambiaba sus guardias para coincidir con la noche en que tocaba de vela a Sor Alegría. No faltó quien asegurase que cuando Sancho se abstraía arreglando las fórmulas, ella quedábase mirándole fijamente, con una mirada de dolor.

Ayudaba a reforzar los comentarios el que, siendo Sancho de ideas radicalmente anticlericales, ni un domingo faltase a la misa de la Capilla, sólo porque Sor Alegría le dijera en una ocasión:

—¡Cómo me gustaría verle en misa los domingos, señor Sancho!

Fustegueras sostenía airada, amenazadoramente contra todos, que eran unos maldicientes, ¡unos malos compañeros! Más de un mes se había llevado espiando a la Sor y al interno sin descubrir nada. ¡Hasta había cometido la mala acción de esconderse en el cuarto de los cántaros a escuchar! Al darse los instrumentos, los libretines, las manos evitaban pulcramente, exageradamente, tocarse. De existir algo entre ellos, ¿no hubieran aprovechado la ocasión?

La indignación de Matilde fué tal, que durante una semana se vieron los rincones privados de su presencia.

Una noche abrileña, de luna llena y aire tibio, la Superiora sorprendió a Sor Alegría, de codos en un ventanal de la galería, llorando. Y como la Superiora era tan buena para sus monjas, temiendo un desequilibrio nervioso, por exceso de trabajo, obtuvo que fuese trasladada a un colegio provinciano, mucho más descansado.

La Sala VIII siguió alegre. Sancho redobló sus piruetas. Fustegueras tuvo dos frases. A Sancho le dijo: "¡Parece que has hecho una obligación de la alegría!„ Y a los camaradas: "¡Si hubiera existido algo, no estaría así Sancho!"

El que a una monjita se la salten las lágrimas en noche de luna sólo acusa trastorno nervioso.

¿No es esto razonable?

IRENE

Le despertó la luz de la mañana. Y no estando aún despabilado, sintió enroscarse a su cuello los brazos dóciles de Irene, mientras su boca, apasionada enlazaba estas bellas palabras:

—¡Cual me figuraba, el amor verdadero no puede confundirse! ¡Sabe a otra cosa!

La miró, desconcertado. ¿Cómo compaginar tal afirmación con su pericia en el arte, un poco demoniaco, de la voluptuosidad?

—¿Es cierto que no amastes hasta ahora?

—¡Cierto! ¡Verdad como la alegría de la aurora y la melancolía del atardecer!

—¿Quién te enseñó, entonces, a vaciar tan sabiamente las ánforas del placer?

—Los hombres a los que no logré amar. Pese a las apariencias, ni soy viciosa ni mala. Mi desgracia fué no acertar a vivir sin amor. Mi pecado, tener que buscarlo. ¿Qué culpa me cabe de no haberlo encontrado antes? Yo bien lo hubiera deseado.

—Te faltó la sensatez de conservarte pura. Nada podía resolver prostituirte.

—¡No me prostituí! Nunca acepté dinero. Me entregaba, llena de ansiedad, preguntándome: "¿Será éste? ¿Terminará con él mi calvario?„ Desgraciadamente, hasta ti no vi encarnado mi ideal. De cada aventura salía con el corazón oprimido. No había conocido la dicha; sólo había logrado añadir una página al libro del desencanto.

—¿No temiste que al llegar el hombre soñado pudiese encontrarse incapacitado para quererte ante la evocación de tu pasado?

—No lo temí jamás. No aspiro a que me quieras. Sé que no puedes quererme. Me es igual. Lo que yo perseguía viniendo aquí no era tu cariño, sino enterarme de si existía o nó en el mundo una dicha amorosa capaz de justificar cuanto llevaba sacrificado por pisar su umbral. ¡Justificar mi calvario!

—¿Llamas calvario a un desenfreno de seis años, en que todo lo que te rodeó vibraba encendido por tu lascivia?

—Calvario, no por la aventura, sí por su final. ¡Te-

néis tanta vanidad los hombres! ¡Qué torpeza para reconocer la desilusión! Al negarme a otra entrevista, lapidaban mi pobre alma, atormentada por la sed de ilusión, con insultos feroces: ¡Coqueta!, ¡perversa!, ¡mala hembra! Ni un momento de lucidez para percibir su fracaso. Tengo la seguridad de que has de llegar a darte cuenta de que soy buena, leal y fiel.

—¿Y si yo no pudiera olvidar que antes de llegar a mí pasaste por otros brazos? No vas camino de ser amada. Buscas sólo tu placer, y los que aman quieren que también se cotice el suyo. No niegan a la Deseada el derecho a la dicha; pero exigen que no olvide el suyo. No otra es la razón de que tenga tantos adictos lo mercenario. La mayoría de los hombres conciben el amor como una romanza coreada.

—¡No me entendiste! Mi dicha se nutre del espectáculo de la tuya. Gocé porque te vi gozar. Porque para ti fuí brasa.

—Fuiste brasa, pero también dolor. El dolor de no poder mostrarte nuevas rutas de sensualidad. Te son familiares algunas que ni de oídas conocía. Sabes más que yo. Y el amor, sin el encanto de iniciar, ¡queda reducido a tan poco! Por ser tú la que conduce se considerarán humillados mis fueros de varón. Hay hombres como yo que se conforman con ser guiados cuando compran el amor, no cuando lo hacen.

—¡Pobre niño ciego! El amor siempre es comprado. ¡Da igual la calidad de la moneda! Dinero sonante en los burdeles; categoría social, dinero también, satisfacción para la vanidad en la mayoría de las bodas; inquietud y poesía en las aventuras. El amor nunca es barato. Se es conducido siempre. No en vano dicen los

psicólogos: se hace lo que se quiere porque se quiere lo que se hace.

—No consigues desconcertarme con tus palabras. Llevas contigo un caudal de experiencia, veneno para el rosal de mi ensueño. En la noche que este sol, que convierte tus ojos en espejo, mató, me hiciste aprender más que soñar.

—¿Puedes culparme por no haberte encontrado antes? ¡Qué más hubiera querido yo! ¿Procederás con justicia reprochándome por haber puesto en juego los recursos necesarios para colocarte ante panoramas a los que nunca te habías asomado? Ocultar mi experiencia fuera hipocresía; no buscar tu felicidad, sobre todo y ante todo, desamor.

—Olvidas el amargor sangrante de no haber sido el primero, de haber encontrado huellas de pisadas en el sendero, de haber hallado madejas de ilusiones en las zarzas del camino, botín de la implacable obligación de amar. Desconoces la tristeza horrible de no saberse precusor.

—Nadie puede envanecerse, en ningún caso, de ser el primero. El velo se desgarra por sí solo. La imaginación femenina va delante de los hechos. Por eso se llama tantas veces amor a lo que no es sino afán de comprobar si nuestros ideales tienen o no viabilidad. Suele haber en las pasiones más caudal de miedo que de esperanza.

—De las ideas jamás tuve celos. Los tengo de los hombres. En algunas ocasiones excepcionales, de las mujeres. De los hombres a quien perteneciste, de las mujeres que te vencieron y cuya suerte envidiaste.

—Sigues tercamente equivocado, ¡niño mío! Eres

terco como todos los que aman lo que no quisieran amar. Te falta voluntad para vencerte y te dedicas a escamotear la verdad. No son lícitos tus celos. No se debe tener celos de las personas, sino de los deseos y del porvenir de ellos. Si pasaron por mi pensamiento sin dejar huella, ¿por qué obstinarte en dar beligerancia a su recuerdo? Sólo puede inquietarte, sensatamente, el porvenir, y éste es tuyo.

Los labios dejaron de tejer frases para bordar besos, y el Instinto recibió el homenaje de dos ansias enloquecidas. Fué el último día en que el prodigio tuvo lugar. Él no pudo olvidar; ella no supo fingir. Era él demasiado masculino; sobradamente femenina ella.

Él no olvidó jamás aquellas horas.

Ella no fué ya de nadie.

AURORA

La tenacidad y audacia con que Aurora luchaba por ocultar su avanzada madurez merecían el triunfo. Desgraciadamente, no lo obtenían.

Pecaba de estridente el aliño. De chillón, como pregonar callejero, el retoque.

De mozuela fué rubia, rubio delicado, de mies castellana, empedrado con reflejos de seda. Los tintes cometieron el atentado de embadurnar los cabellos hasta convertirlos en mates y de un rubio áspero y huraño. Sus mejillas, suavemente sonrosadas entonces, erán ahora rojas, con el rojo ofensivo de los carrillos de las rameras.

El vestido, ajustado, daba autonomía y realce a las

curvas, pero sin disimular ni el desproporcionado desarrollo del nalgatorio, ni la flacidez de senos, que al caminar oscilaban fofos, pregonando la blandura.

No por estar ribeteados con negro de humo parecían sus ojos menos ajados, tristes y mustios.

Verla despertaba un manso y mendicante dolor. La pobre daba bien clara impresión de que sólo a medias lograba engañarse.

La algarabía de su aderezo contrastaba con lo apagado de la charla. Como el cómico que, vestido bufamente, cuenta sus íntimos dolores, ínterin llega el momento de salir a escena.

Carlos era un íntimo amigo, desde la infancia, con amistad que jamás sufrió la más pequeña oscilación. Juntos habían contemplado el mar; juntos habían soñado románticos imposibles, envueltos por la luz de la luna; juntos habían paseado en atardeceres otoñales, henchidos de nostalgia, bajo las frondas despeinadas de la Moncloa; juntos habían discutido ante los cuadros del Museo del Prado; pero nunca hablaron de amor.

Alguna vez se había preguntado Aurora:

—¿Me ama?

Sin atreverse a forjar esperanzas en las forjas de su ilusión.

Con bastante frecuencia planteábase Carlos el problema:

—¿La quieres?

Respuesta siempre negativa. Aurora tuvo un novio hacia los diez y seis años, al que amó frenética, iracundamente. A Carlos siempre le espantó edificar sobre escombros.

Conocedor de la amargura que apesadumbraba a su

amiga, concibió el propósito de aliviarla, avivando el rescoldo de feminidad que aún crepitaba en ella.

Y en hallando ocasión, la besó en la boca. Ni resistencia ni respuesta. La osadía trocóse en hábito. El más leve descuido de la familia era aprovechado. Al principio, los labios de Aurora se apretaban como los de los niños cuando se niegan a tomar una medicina. Luego fueron dejándose separar, haciendo cada vez mayor la superficie del contacto.

Los dientes, al entrechocarse, sonaban alegremente.

Ni una explicación, ni una palabra de ternura.

Carlos, hombre sistemático y ordenado, escogió los martes y los sábados para su obra de caridad.

Pero Aurora, quebrantando su plan de callar, habló al fin, y habló iracunda:

—¡Nunca estuviste enamorado de mí! Si cuando era joven y bonita no quisiste hacerme tuya, ¿a qué esta locura? ¡Me ofendes!

Carlos pretendió sincerarse. Nunca la había mentido.

—Intenté llevar un poco de fiesta a la ermita silenciosa de tu virginidad. Me causaba pena tu mirar. ¡No estás tan vieja como temes! Aún sabe tu boca a mujer. Entre que el afán de medir la intensidad de tu decadencia te hundiese en alguna aventura indigna, y retenerte entretenida con un poco de poesía, no cabía dudar. ¡Si hice mal, perdóname! No quisiera verte enfadada. ¡Cierto que en mí no crujía el deseo, pero sí la ternura!

Aurora dejó de fingir para indignarse de veras:

—¡No necesito de tu ternura literaria! ¡Eres un falso! Buscabas hacerme enloquecer, como a otras desventuradas. Si callé fué por miedo al escándalo. No me he

casado porque no he querido. Aún hoy tengo pretendientes. ¡Falso!, ¡mentiroso!, ¡estúpido!

Carlos la miró compasivamente.

—¡Perdóname la torpeza! Por creerte molesta cuando no lo estabas, te irrité auténticamente. No me guiaba ninguna mala intención. ¡No podía ser! Tú habías amado ya, yo tenía el presentimiento de que también para mí había de llegar el amor. Hubiera sido fatal error unirnos. Te hablé con lealtad, porque me pareció peligroso prolongar el equívoco. ¡Cada beso me humedecía los ojos! Tú, porque pasó; yo, porque aún no vino, estábamos ¡tan solos!

—¡Mientes! ¡Mientes!

Las palabras fueron perdiendo violencia.

—Confieso mi derrota. ¡No creíste en mi ilusión! No logré engañarte; por eso mis besos carecieron de eco. No he de darte más. ¡Soy mal cómico! ¿Quieres devolvérmelos todos en uno, de reconciliación? ¡Para que seamos el uno para el otro lo que fuimos siempre!

Se besaron lenta y torpemente.

Sobre el muro de sus bocas remisas descendieron las lágrimas.

Desde aquel día Aurora fué la digna mujer madura que lleva luto por su juventud.

ROSA

No Rosa, cualquier mujer se hubiese sentido molesta oyendo sin descanso a su marido:

—¡Jesús es un talentazo! ¡Jesús tiene un partido loco entre las mujeres! ¡Ni una se le resiste! ¡Jesús ha estado admirable!

Rosa no le encontraba nada de particular. Correcto, ¡eso sí!; fino en el trato, amable y muy ducho en el arte de hilvanar donosuras y chirigotas; pero nada más.

Guapo no era. Tenía las facciones duras, la mandíbula recia en demasía, los ojos fríos, ausentes. ¿Elegante? ¡Ni pensarlo! Buena ropa, pero mal llevada. ¿Rumboso? Tampoco. Tres veces se lo había encontrado en el tranvía yendo con su marido, y las tres pagó éste. ¿Conquistador? Un solo día lo vió acompañado de mujeres: unas parientas pueblerinas con más años que las obras de la Almudena. ¿Valiente? No podía serlo el hombre que no salía de día ni de noche sin llevar un revólver en el bolsillo.

La indignaba un poco la pánfila admiración de Arturo.

¡Y con razón!

Aquella inexplicable idolatría no sólo no le reportaba ninguna ventaja, sino que durante las oposiciones, habiéndose preparado juntos y sabiendo mucho más Arturo, a éste le calificaron el penúltimo y a Jesús el primero.

¡Seguramente el mastuerzo no había dado pie con bola pensando en cómo quedaría su camarada!

No emprendían un asunto juntos en que no saliera mejor el admirado que el admirador.

¿A qué venía tan terco empeño en conservar una amistad pregón constante de inferioridad?

¡Casi le tenía asco!

Menos mal que jamás la dirigió ni elogios ni piropos.

¿De dónde sacaría el tontísimo de Arturo que era un seductor terrible, al que no se resistían ni solteras, ni casadas, ni viudas?

¿La encontraría fea el antipático?

Por supuesto, que si se hubiese atrevido a alguna indirecta, la oye, y Arturo también, por meter en casa a un hombre de aquella fama.

Sin quitarse el gabán, soltó la noticia:

—Esta noche cena con nosotros Jesús. Es necesario que, con cualquier motivo, hagas venir a tu prima Inés. Le he hablado de ella y quiere conocerla. Siente afán de hogar, y no sería extraño que se casase.

—¿Sabes lo que te dices? ¿Aguantar a un huéspede y luego hacer de doña Brígida o de señá Isidra? ¡Eso no puede ser!

—¡Será! Constituiría gran honor para la familia emparentar con una futura figura nacional.

Discutieron cerca de dos horas, durante las cuales pronunció Rosa cincuenta y tres veces la palabra ¡inaguantable!

Dando las nueve en el reloj del Banco se sentaban a la mesa.

Los cubiertos eran de plata; la vajilla, de loza inglesa.

¡Lo mejor que tenían!

Jesús e Inés no simpatizaron. Inés pasó la velada hablando de la honestidad de la mujer. Jesús empleó su tiempo en cantar el culto al desnudo femenino.

Rosa, un poco absorta, tuvo que confesarse que su no despreciable hermosura jamás había sido adorada de aquel modo. El bobo de Arturo no la conocía sino fragmentariamente. ¡Era tan bueno, tan bueno, que cuando ella reforzaba las guardias de su pudor buscando estimularlo, él creía obligación conformarse y desistir!

¡Inocente!

Los vinos, especialmente el champagne, hicieron audaz, violenta y ruda la controversia. Para Inés, la mujer que no recata su desnudo es una sinvergüenza incapaz de agradar sino a los perdidos. ¡Como si para ser bien querida fuese necesario convertirse en modelo de pintor!

Arturo, ecléctico, estableció una distinción entre matrimonio y aventura. La mujer propia jamás puede ser tratada como la ajena.

Rosa defendió que el papel de la mujer era obedecer al marido. A éste incumbe pensar en las consecuencias de lo que ordena.

Para Jesús, en adorar el desnudo hay más obligación que contento. Práctica mejoradora de la moral. Quien ame estéticamente el desnudo, odiará la obscenidad.

La mujer ante cuyo cuerpo, sin velos, no haya rezado el elegido, tendrá derecho a dudar del buen gusto de éste, de su cariño y de su aptitud para la felicidad.

Conocerá el amor la mujer que vea de rodillas al amado, balbuceando, colocado el deseo en trono de oro, la emoción de su deslumbramiento ante la forma.

Inés se despidió, más enfadada que contenta. ¡No se casaría jamás con un libertino! Jesús, después de verla partir, declaró que nunca escogería por esposa a hembra tan falta de sentido estético.

Rosa durmió mal. Tal fué su desasosiego, que Arturo hubo de preguntarla dos o tres veces si estaba mala.

—¡Un poco nerviosa nada más!

Aquella noche, a los diez años de casada, conoció

Rosa, por vez primera, la tortura del insomnio, y al día siguiente, también por vez primera, no oyó a Arturo hablar de Jesús.

LEONOR

Salvo para los hombres de gusto depurado, con larga experiencia del amor, pasaba desapercibida al cortar con su cuerpo de efebo el *tráfago* callejero. En los espectáculos públicos nadie reparaba en ella.

De líneas suaves su cuerpo. Andar silencioso y obscuro. Ni un piropo, ni una mirada. ¡Insignificante!

Su trono, la casa. Allí lucía en todo el esplendor su belleza morena, pálida e infantilmente bulliciosa. Acompañábanla efluvios de gracia; gracia delicada, afiligranada. Se respiraba mejor a su lado. El caudal de la vida parecía acrecentado. Estelas de luz prolongaban su reír.

El secreto de este encanto radicaba en la transparencia espiritual. Leonor traslucía la lucha entre su loco temperamento y su terco afán de perfección. Voz del conflicto la mirada, deslumbradora como faro de automóvil, fosforescente.

Los deseos que inspiraba tenían más de mazo que de puñal. Atormentaban. Paralizaban.

¿Cómo aspirar a satisfacer alma tan ardiente y compleja?

Fácil saciar a la mujer hambrienta de goce que así pregona; sencillo hartar a la que intenta disimularlo. Pero ¿qué hacer con la virgencita que quiere y no quiere a un tiempo mismo, que dando miedo a los demás

se lo da a sí misma? Que pretende querer a quien no puede amar, y adora de hinojos recuerdos que desearía olvidar.

Triste sino de la muñeca de piel de nardo, nacida para sufrir y atormentar, siendo buena y leal, porque su amor es imposible.

Linda monigota de los ojos incendiados, condenada a que sus besos sean veneno y sus caricias tormento.

Pobre flor de pasión que entrega al viento el polen de extrañas inquietudes, que al elegido le hacen olvidar la dicha de tenerla para aspirar sus suspiros, sus gestos, los latidos de su corazón, en espera de la verdad definitiva.

Leonor pertenecía a esa raza de mujeres que no pueden amar sin dolor ni sobresalto.

Vida diáfana y, sin embargo, llena de reminiscencias ancestrales, que *ponían en el ritmo de su carne maneras* cortesanas.

¿Dónde pudo aprender tales refinamientos? ¿Qué misteriosa *intuición se los sugirió*?

¿Qué podía importar al infeliz amante que sobre su cabeza trinasen los pájaros divinos de la risa, sintiendo el corazón atenazado por los recelos?

Y cuando ella mirábale sorprendida, ¿qué dolor tan hosco, pero tan sinceramente sentido, como el pesar de haber perdido minutos que no volverán?

¡Divina madre del regazo tibio, las manos amansadoras y la voz de cristal: la vida te negó la ilusión del hijo!

Sufriste la maldición de que todo fuese en ti capullo, boceto, crisálida. Nada se logró. Ni *tu belleza, ni tu* amor, ni tu vida.

¡Inútiles tus sacrificios!

¡Inútiles tus generosidades!

Nada valió que poseyeses cintura apta a todas las pasividades, ni que fuese un prodigio el ánfora magnífica de tu vientre estéril, ni que plasmase en las curvas de tus piernas un sentido estatuario helénico. No lograste encender la pasión que soñabas.

Te entendieron sólo hombres atormentados a quien tú no podías corresponder.

Por destino cruel, en tu altar la voluptuosidad fué incienso, el deseo crispatura, la ternura resignación.

¡Cómo envidiaste a las mujeres rectilíneas, de cuerpos deformes y ojos bovinos, que consiguen acallar los deseos que despiertan!

¡Lo que dieras por nacer menos apta a oír las raras melodías que hace sonar en sus caracolas nacaradas el instinto inmortal!

Aquella belleza cálida y propicia no era justamente acatada por el amante. Oponíase el fermentar de preocupaciones sembradas involuntariamente, como punza el cardo y ahoga el mar.

¡Belleza inquietadora que convertía en desolación los ojos y daba frío a los besos, sembrando de silencios el diálogo!

Se sacrificó por ser creída, y no lo fué. ¡Desconcertaba tanto el resplandor de su mirar!

Aun ahita, vencido el cuerpo, dominado el deseo, adormecida la conciencia, embotada la sensibilidad, seguía brillando en su mirar la misma luz enigmática.

Por culpa de tal estilo de belleza, Leonor, la criatura forjada en fraguas de excepción, morirá sin haber cumplido la misión para que fué creada.

Adolorida, se hizo cobarde.

Triste y ejemplar historia, demostradora de hasta qué punto puede deformar la realidad, empequeñeciéndola, adulterándola, el concepto absurdo del amor, impidiendo el esplendor sexual de que hubiera sido capaz la mujer más interesante y mejor dotada de cuantas conoció el autor, a pesar de que sumergida en el tráfago callero pasase desapercibida, salvo para los hombres de gusto depurado, con amplia experiencia del amor.

LA SEÑÁ CARMEN

Cuarenta y cinco años acababa de cumplir don Adolfo.

Llevábalos con poco decoro estético. Eran cuatro sus condiciones de mayor relieve: obesidad torpe; preferencia desatinada por los lugares comunes; propensión a hablar a gritos; modos desproporcionados de manifestar sus afectos, estrujando, tundiendo, envolviendo al amigo en una ola de carcajadas y frases hiperbólicas.

Siendo hombre de muchas ocupaciones, cada encuentro representaba considerable atraso en el trabajo cotidiano. Consecuencia, andar siempre corriendo y llegar siempre tarde. El número de sus conocidos era considerable.

Por tal mecanismo habíase convertido en un ajetreado, que transitaba llenando las aceras de empujones y protestas. Cuando la velocidad le permitía enterarse de los desmanes de sus codos y pies, deshacíase en excusas. Su aspecto de infeliz era prenda de lo seguro de la reconciliación.

A fino y cortés no le ganara un diplomático italiano.

El día de nuestro relato había amanecido aciago para don Adolfo. Iban a dar las doce y ya sumaban cinco los diálogos callejeros entablados. O, lo que es lo mismo, llevaba un retraso absurdo, de tren mixto.

Aguardaba el tranvía enorme masa de aspirantes a viajero. La lucha tuvo poco de gallarda. Hombres y mujeres lanzáronse al asalto, con ardor desproporcionado al objetivo.

Abundaron las puñadas. Restallaron terribles interjecciones. Don Adolfo no tuvo la más pequeña vacilación. Su esforzado pecho le había marcado una línea de conducta rectilínea. En lo alto de la cuesta no se veía otro coche aplacador. La masa de nuestro héroe logró paso con relativa facilidad. Un último esfuerzo. Su pie derecho pisó el suelo de la plataforma.

El izquierdo no tuvo igual fortuna o acierto, que difícil sería determinar si tratábase de suerte o mérito.

El izquierdo aterrizó brusca, violentamente, sobre la peana homónima de la *señá* Carmen.

Las voces debieron oírse en la glorieta de Quevedo. No en vano tenía la bravía verdulera fama, en todo Chamberí, de no aguantar ancas. Su voz ronca, aguardentosa, cascada, alcanzó el tono más alto de que era susceptible. ¡Encontraba tan divertido abroncar a un señorón! ¡No todo habían de ser vulgares escaramuzas con vecinas y parroquianas!

—¡Podía usted fijarse dónde pisa! ¡Porque, vamos, no es usted precisamente una pluma! ¡Gachó con el camión! ¡Me ha hecho tortilla el pie!

A don Adolfo le irritó lo injusto de la rociada. Se revolvió airado:

—¡Señora, yo no tengo la culpa! ¡En estas apreturas

no caben miramientos! ¡Empujan y hay que empujar! ¡Aquí no se viene a buscar comodidades! ¡Si quería ir repantigada, haber tomado un taxis, y si no aguántese, como los demás!

La *señá* Carmen quedó momentáneamente desconcertada. Palabra arriba, palabra abajo, aquello mismo habíalo repetido ella infinidad de veces en ocasiones análogas.

La indecisión duró poco. A la ira reemplazó la tristeza.

¡Verdad! Ella no era sino una pobre. En las controversias femeninas del corredor no podían echárselo en cara. Todas estaban igual. El señorón había puesto el dedo en la llaga. ¡Y cómo dolía el acierto!

No constituyó para ella pesadumbre ni la vejez, ni las borracheras de su marido, ni siquiera tener que ganarse la vida duramente. Ser pobre era su pena. Considerábalo como una derrota, ¡la definitiva! Y, domada por el pesar, halló palabras humanas:

—¡Eso me lo dice usted porque soy una pobre! ¡Si fuera una señoritinga de sombrero me hubiera pedido perdón! ¡Pero que le conste a usted que con sombrero y sin él soy una señora! ¡Que le conste a usted!

Tenía húmedos los ojos.

Tocó azorarse a don Adolfo. ¿Habría pecado de grosero? ¿Sería una señora educada? ¡Hay vidas tan sombrías! ¡Pobre mujer! Realmente, no debió decir aquellas ordinarieces. Avergonzado, pesaroso, se descubrió, y haciendo una cortés inclinación pretendió disculparse:

—¡Perdóneme, señora! No fué mi propósito ofenderla. Reconozco que estuve incorrecto. Usted sabrá dis-

pensarme amablemente. No me di cuenta de lo que decía ni de con quién hablaba.

La *señá* Carmen vibró henchida de rabia:

—¡Tío cursi! ¿Pero qué se ha creído usted? ¡Soo Faty! ¿Pero es que va usted a pitorrearse de mí? ¡Vaya usted a reírse de su abuela, tío imbécil! ¡Me cisco en usted y en todos los suyos!

Intentó traducir en hechos su cólera. Hubo que sujetarla.

La dieron la razón.

El cobrador, confidencial y amistoso, habló al oído de don Adolfo:

—¿Pero cómo diablos se le ocurrió a usted, a sus años, tomar el pelo a una pobre vieja? ¡Dios le conserve el buen humor!

En la Red de San Luis saltó don Adolfo del vehículo bendiciendo al Todopoderoso por haberle inspirado la idea de permanecer soltero.

¡Indudablemente no entendía ni jota del corazón femenino!

Las bocinas de los autos parecían apostillar irónicamente esta verdad.

El tranvía se alejó llevando a la *señá* Carmen, que seguía gesticulando nerviosamente. ¡Habráse visto el tío!

EULALIA

Eulalia constituía un fragante ramillete de objetividad. Jamás cuidó su vida interior. No se asomó a ella ni durante los momentos en que algún mancebo enardecido rondaba sus balcones.

Su espíritu era un espejo. Caja de resonancia deformadora por hipertrofia. Los días sólo tenían como finalidad enterarse de los conflictos ajenos, claudicaciones y miserias. Se perecía por los chismes. La ideología nutríala de comadreo. Prefería una murmuración a un madrigal. Pero como el amor no perdona, llamó cierto día a su corazón, y las puertas se le abrieron. Un amor culpable, lleno de riesgos, obligado a escoger para escenario los suburbios madrileños.

Llegó el momento de la entrevista decisiva. Resultó vulgar, fría. La ilusión de él quedó muerta. Se despidieron sin besarse.

¿Por qué?

Eulalia no era una belleza; tampoco una mujer mediocre.

Poseía perfil aristocrático, ojos ensoñadores.

Caderas rotundas, pie breve y unos labios gordezuelos, amplios, propicios a besos lentos, resbaladores. Su piel, con tono levemente bronceado de gitana, sedosa y cálida.

¿Entonces?

Acaso aquel desconcertante modo de apostillar las caricias.

—¡Mira que si lo supieran las de González! ¡Con las ganas que me tienen desde que se enteraron de que estoy al tanto del desliz de la hermana!

Necesítase singular fervor, sobre las posibilidades humanas, para resistir la prueba de en vez de frases de cariño oír:

—¡No pienses que estoy muy avergonzada de lo que hacemos. ¡Peor es lo de Lolita! ¿Pero es cierto que no sabes lo de Lolita? ¡Interesantísimo! ¡Verás!...

Como a él sólo le guiaba un afán de olvido, las potencias de su exquisito sentido estético se rebelaron, alzando en alto, consagrada por ídolo, la imagen del tedio.

Se negó a celebrar nuevas entrevistas. Una súplica apremiante de Eulalia los reunió por ultima vez. Abundaron más las quejas que las frases de ternura.

En la despedida, el dolor de ella se trocó en curiosidad.

—¿Por qué esta frialdad si aún no tuviste tiempo de hartarte de mí? ¿No amaste nunca de otro modo?

—¡Sí!

—Pues por ese amor te ruego lealtad. Por él y por tu madre. No voy a pedirte que continuemos. Cuando nos despidamos, será para toda la vida. Pero no quisiera alejarme de ti sin conocer la razón de tu extraña conducta. ¡No te he faltado! ¡Te di cuanto pueda dar una mujer! ¿Es que no perseguías más que un halago para la vanidad? Yo merecía otra cosa, y, más que yo, mi sacrificio. ¿Cómo olvidaste que, además del honor, me jugué la vida?

—¿Acabaste?

—Acabé. ¡Habla tú!

—Voy a hacerlo como me pides. No es culpa tuya ni mía que nuestro amor muera apenas nacido.

—¡Muere en ti!

—Es igual. Demos por hecho que muere en mí. Muere por causas ajenas a mi voluntad. Nada hice por desearte. Nada hice porque dejaras de parecerme botín codiciable. Yo hubiera querido hacer más lenta la agonía de nuestra historia; pero ha surgido en mí una repugnancia física irrazonada, campeadora, que lo impide. En la intimidad

fuiste una mujer distinta de la que yo deseaba, de la que yo esperaba, de la que tus maneras amorosas anunciaban.

—En ningún caso puedes hacerme responsable de que tú formases una idea equivocada de mí.

—¿Sabía yo que lo era? Parecía llena de lógica, de verdad y de presentimientos sensatos. No perdió estas cualidades hasta tu intervención. Sin ti hubiera seguido su vida. Mientras vivió sólo en el mundo de la teoría, fué flor. ¿Quién la agostó?

—No hice sino entregarme. ¿Supiste recogerme? ¿He de pagar tan caro tu torpeza?

—No te atreves a afirmar. Te contentas con hipótesis. Estamos perdiendo neciamente el tiempo. Con esta estéril discusión no lograremos sino enconar la herida del desencanto?

—¿Herido tú?

—¡Naturalmente! Supones que constituya goce para mí verme vencido. Tener que confesarme que sólo puedo apurar la bebida de los hechizos en una copa. Llegué a ti con la esperanza de que ahogaras el lobo que llevo en el pecho mordiéndome el corazón, y no lo has matado. ¿Cómo puedes creerme contento?

—Entonces, ¿por qué te vas?

—Por eso, porque la dueña del lobo pudo más que tú, más que todas las mujeres, más que yo. Eres un alma deshabitada. No tienes sino ventanas. En la tirana, los muros son inescalables. Mi dolor es más hondo que el tuyo. Tú tendrás siempre un consuelo: atribuirme la mala acción de haberte llevado al pecado para no acertar a ofrecerte ni un minuto de verdadera dicha. ¿Por qué mentirnos? Pero, ¿y yo? Yo, que no puedo culpar a nadie.

—Tienes húmedos los ojos.

—Y humillada la voluntad.

—Gracias. El espectáculo de tu padecer alivia el mío.

Se separaron para no encontrarse más. Eulalia se acercó a la religión, de la que nunca estuvo muy separada, y todas las mañanas, en el templo, asomaba a sus labios remordidos una oración en que se pedía a Dios por la dicha del hombre torturado por no poder alzar su varonía frente al alma femenina en que todo eran muros inescalables.

Por la dicha del hombre al que no supo redimir.

CONCHA

La falta de nociones previas hace que las muchachas inexpertas vacilen desorientadas, ante las audacias de hombres ya curtidos en tales empresas. Muchas veces su condescendencia no tiene sino apariencia; lo que anuda su garganta no es emoción sexual, sino temor al escándalo. Poseyendo conciencia de que la mayor coraza contra la osadía es la palabra oportuna, se preguntan, angustiadas, cuál será ésta.

No pocas optan por la cómoda fórmula de una actitud sistemática.

Concha pertenecía a este grupo. En sintiéndose en peligro, rompía a reír. Risa sin alma, incongruente, esquizofrénica. Risa sin contenido, objetiva.

Esta cualidad era precisamente su fuerza. Aun los más atrevidos retrocedían ante aquellas carcajadas ab-

surdas que, nublando la mirada de Concha, la robaba su picardía, su malicia, su resplandor de tentación.

Acostumbraba Concha a bailar de modo tan sensual, que muchacho que fuese su pareja, muchacho decidido a apoderarse de todos los encantadores secretos de aquel cuerpo, incitante como ninguno.

Antón fué de los que más vocearon el propósito. Fiaba su éxito al talismán triunfador de una barba rubia, rizada, de tenor de ópera.

Tenía, en cambio, el defecto de ser chato y de padecer por cejas una enmarañada línea recta que daba a su mirada escenografía de bazar. Pero el valor estético de su barba cotizábanlo tan elevadamente las adolescentes, que no sólo bastaba a ocultar la poquedad del apéndice nasal, sino hasta la monotonía del léxico, donde abundaban el "¡negra!„ y el "¡está usted para comérsela!„ mucho más de lo que suele estimarse lícito en estos casos.

Antón, encandilado por el chotis, no tuvo ni un segundo de vacilación. Al revuelo de una marcha acelerada sobre el comedor, cogiendo una mano de Concha se la llevó a los labios.

La dueña del suculento metacarpo soltó las amarras de su risa.

Antón, asustado de que se estuviera burlando de él, la miró a los ojos; pero como la risa manteníalos entornados, avergonzado, desistió.

Al decidirse Venancio, habíase hecho el vacío alrededor de Concha. Los chicos de la reunión llevaban cerca del mes en pleno desaliento.

—¡Es una burlona capaz de tomarle el pelo a un curial! ¡No hay quién pueda con ella!

La audacia primera de Venancio estuvo representada por un beso en la nuca. Cuando esperaba el bofetón, surgió la risa. Venancio, sin poseer título académico de psicólogo, tenía suficientes ahorrillos de experiencia de la vida para poder gastar un puñado en percibir que tras el reír no había decisión alguna, ni línea de conducta trazada en horas de reflexión. De la nuca pasó a la mejilla, de la mejilla a la boca y de la boca al cuello.

La risa se fué extinguiendo lentamente, dolorosamente. A los ojos de Concha asomaron temblorosas unas lágrimas. Venancio sintió la vergüenza de lo injustificado de su acción, que ni del eufemismo de unos requiebros preliminares había ido acompañada.

Pensó pedirla perdón. ¡Aquello había sido una salvajada!

Toda caricia hecha sin la aquiescencia de la mujer tiene más de delito que de galantería.

—¿Llora usted?

—¿Qué quiere usted que haga? ¡El reírme no me ha dado resultado!

Aquella ingenua confesión fué un deslumbramiento para Venancio. ¿Luego no era una coqueta burlona? ¿Qué era, entonces? ¿Una bendita de Dios? Principió a hallarla revestida de un interés sentimental que nunca hubiera pensado.

—¿Luego usted se reía al principio...?

—¡Por no saber qué hacer! ¡Me había dado tan buen resultado hasta ahora!

—¿Para qué me hace usted esa confesión? ¿No ve que queda desarmada?

Concha se azoró aún más.

—¿Qué culpa tengo yo de que no se me ocurra nada?

Lloró. Lloró ya copiosamente, infantilmente. Como lo que era. Como una nena.

—Entonces, ¿de dónde ha sacado usted esa fama de mujer terrible?

—¿Y me lo pregunta usted a mí? Jamás me habló seriamente un muchacho. Les daba miedo mi risa. Como usted no se asustó, yo no supe qué hacer. ¡Eso es todo! Al considerarme indefensa, lloré. Gracias a las lágrimas, pasó el tiempo, y ahí vienen mis amiguitas. ¡Muchas gracias por no haberse querido aprovechar de mi turbación! Es usted mejor de lo que dicen sus amigos, Venancio.

—¡Y usted también, Concha!

Fueron novios, se casaron; la dicha deja diariamente un manojo de flores en su balcón. Concha bendice no haberse sabido defender sino riendo.

¡Hermosa lección nos diste, hermosa Concha!

Napoleón, siempre fatuo y viscoso, decía que en amor la única victoria consiste en huir. Se equivocó. En amor, lo único sensato es someterse.

El instinto puede siempre más que él. Es la experiencia de la especie, su destino. ¿Para qué luchar?

EL PLACER CARO

PROPILEOS

La ignorancia en todo lo relacionado con el problema sexual ha hecho posible que prospere el prejuicio, odioso como una guerra civil, de que es posible esposar la sexualidad, limarla las garras, convertir al león en cordero, al águila en paloma.

Odioso, dañino y embustero prejuicio.

La sexualidad, como las funciones todas del organismo, desenvuélvese dentro de ciertos límites. Poseyendo gran flexibilidad, logra adaptarse a todas las exigencias, a todas, menos a dejar de satisfacerse.

No hace remilgados distingos, ni, cuando no fué adulterada por las invenciones humanas, exige otra cosa que ocasión para realizar sus fines.

Cuando los ilusos, o los que hacen granjería de aparentarlo, creen haber impuesto la castidad, no hacen en realidad sino establecer hábitos de disimulo.

Si no castos, cautos.

Sobre los desengaños, sobre la tormenta de los celos, sobre el estruendo callejero de las charangas de la ambición, sobre el tintineo alucinador del oro, la sexualidad hacer escuchar su voz.

No merecen beligerancia de veraces los que asegu-

ran haber encadenado su carne, haber ahuyentado sus tentaciones, haber limpiado el pensar de concupiscencias. En el caso más favorable, lo que han logrado es disfrazar el deseo.

¿No puede ser vencido el apetito sexual por la voluntad?

¡No!

La censura implacable, las amenazas, el terror esgrimido tercamente no atajan la corriente. Limítanse a desviarla.

Las direcciones preferentes son dos, según la psicología del individuo.

En unos, la sexualidad se sublima, se inmaterializa, cubriéndose con casullas de espiritualidad, evolucionando hacia el misticismo: religioso, político, artístico, científico.

No es el arte sino un misticismo, y aun cuando la íntima relación entre el misticismo y la sexualidad es en el aspecto religioso donde más perceptiblemente resalta, no deja de ser claro y sencillo de comprobar en los otros.

La castidad impecable de las monjas, de los propagandistas de altos ideales colectivos—recuérdese la pureza de los nihilistas, de los sabios; Newton murió virgen—no son sino modos distintos de gastar un mismo capital.

Clarinéase, con fines de ejemplaridad y adoctrinamiento, que los excesos sexuales obscurecen la inteligencia, perjudicando a la calidad del trabajo. El hecho es cierto.

El amor y el esfuerzo consumen energías similares.

Los deliquios, los éxtasis envuélvense en tal atmósfera de sexualidad, que fuera ofender al lector tratar de demostrarlo. Conviene, sí, hacer constar que no hay en ello ni irreverencia ni afán de empañar méritos brillantes.

Bien por el contrario, hay, básicamente, deseo de poner de relieve lo valioso de la maniobra. En toda lucha, en toda persecución de la victoria, no late sino un afán sexual, cauce energético que explica el entusiasmo y lo pule.

¿Quién no reparó en el afán cruel que por llevar mujeres a los actos académicos muestran los sesudos oficiantes del culto a Minerva?

Y es que el hambre de gloria constituye ¡sólo! una derivación de sexualidades no bien canalizadas.

Tan sexual es el canto de un ruiseñor en celo como la perseverante investigación de un histólogo. Cuando no hay juventud, o si existe tiene poco de lozana, antes que renunciar al goce de enamorar, se sueña en tener por celestina a la fama. No es casual la falta de gallardía y elegancia de los sabios.

La mayoría de ellos no lo serían de haber nacido mejor dotados físicamente.

Cuando el hambre sexual se reprime tosca, brusca, enérgicamente, es frecuente que derive hacia el misticismo. Resultan mucho más amplias las calzadas de la perversión, necesidad de pagar caro un placer que al precio normal no puede adquirirse.

Al pervertido ha de considerársele como un desgraciado, una víctima de los traspiés de la Ontogenia.

Examínense todas las mal llamadas perversiones, y en todas se encontrará lo mismo: artificio para obtener goces no logrados fisiológicamente.

Si se quiere formar juicio utilizable, ha de recordarse inevitablemente, como avance inicial, las distintas fases de la evolución sexual.

Primero—autoerotismo—, el niño busca la satisfacción sexual en sí mismo. Antes, durante la lactancia, nutrición y sexualidad mostrábanse confundidas; ahora logran plena diferenciación.

El niño persigue el contacto sexual por todo su cuerpo y escoge las regiones guiado, un poco por el azar, otro poco por el instinto. Es el instante trascendental de establecerse las zonas erógenas, que apropiadamente estimuladas, han de producir el goce.

Cuando estas zonas no son las normales, constituyen vivero de futuras aberraciones.

Segunda etapa: el niño—dos a cuatro años—aposenta al objeto sexual fuera de sí y como es fácil prever en las personas que le cuidan y rodean.

Fisiológica, y por tanto habitualmente, los niños sienten atracción por las madres y las niñas por los padres.

Inconscientemente puede causarse un mal irreparable invirtiendo tales afinidades. Ternuras excesivas del padre para con los hijos o de las madres para con las hijas pueden conducir a los lodazales de la homosexualidad—atracción morbosa hacia el propio sexo—.

Fijada la elección del objeto sexual, sobreviene un período de latencia, de serenamiento, de sedimentación, de olvido. Una amnesia, plenamente comprobada por los técnicos, borra la huella de esos años de titubeo, de primeros pasos, primeros e inseguros, que acabamos de describir.

Durante esta tregua se funden y forjan los frenos morales, se levantan los diques.

Después, la pubertad. El desarrollo. El instante del afianzamiento, de la constitución sexual definitiva.

Durante tan delicada y difícil crisis tienen lugar tres fenómenos de importancia capital:

a) La sexualidad se localiza. Acampa en las regiones que ya de por vida han de constituirse en servidoras suyas.

Momento difícil donde hace sentir su influencia aquella prehistoria de la sexualidad anterior a la época de latencia, prehistoria que tan corrientemente ignoran los padres. Cualquier imprudencia puede perturbar la normalidad de este mecanismo.

b) Verifícase la diferenciación sexual. En una rápida ojeada, y no buscando otros apoyos que los anatómicos, la distinción entre el hombre y la mujer es tan clara que parece al margen de toda confusión.

Todo tiene su sexo en el organismo. Contemplando un hueso se puede precisar si perteneció a esqueleto masculino o femenino. Los diámetros, la densidad de los tejidos, su composición, su distribución, todo parece autorizar una determinación rotunda de las cualidades de cada sexo.

Es, sin embargo—bueno será hacerlo constar—, distinción por predominio, no por exclusivismo.

Las cualidades femeninas íntegras tienen su representación en el varón, y las de éste en la hembra, aun cuando ocupando plano secundario, borroso.

Esta prelación puede alterarse pasando a primer término lo que debiera estar en último. Abundan los hombres de alma femenina y las mujeres de espíritu masculino.

Una diferenciación poco firme, mal conducida, da

explicación de estas deformidades. Así, debiera constituir apremiante y continua preocupación, de padres y educadores, masculinizar a los muchachos, feminizar a las muchachas.

Las muchachas hombrunas y los muchachos con psicología de mujer representan peligroso germen de homosexualidad. Perturbadora resonancia en los destinos de la especie.

Quien en lo físico y en lo psíquico no ostenta personalidad sexual bien definida, ni será socialmente útil ni gustará el manjar delicioso del buen amor.

c) Elección del objeto sexual. O lo que es lo mismo, construcción del ideal sexual por que ha de lucharse, el que ha de constituir norte y guía de la felicidad.

Instante trágico en que la torpeza humana enseña que el amor es selecto y el instinto abominable.

Las desastrosas jornadas de los sueños románticos, de las novelas, de envidiar a Werther, a Romeo. Los malos pasos, que llevan a abandonar la senda de la ventura para seguir calvario arriba. ¡Terrible tránsito el de la adolescencia!

Ya está constituída la personalidad sexual. Ya es todo irremediable. El barro se hizo roca.

Si los frenos apretaron en demasía, la sexualidad retrocede, va en busca de otro cauce. La memoria, mecanismo absolutamente pasivo, se encargará de renovar el recuerdo de los itinerarios pretéritos en que la satisfacción se lograba siempre. Así surgen los autoeróticos, los homosexuales...

Otras veces acógese a la solución de considerar como final una fase intermedia. Tal ocurre con el placer preliminar en el exhibicionismo.

Como la sexualidad no se agota, cuantos obstáculos surjan a su paso sólo una eficacia podrán tener: desviarla.

Sería necesario, para contener su ímpetu, no oponerse a la corriente, sino secar sus fuentes. Ello no es posible, equivaldría a destruir la vida misma.

Es un problema de discreción y tino. No han de dejarse flojas las tuercas; pero tampoco han de apretarse hasta hacerlas saltar.

La casi totalidad de los padres y de los educadores ignoran este arte.

Ese aire sombrío, esa enconada rijosidad, ese grosero modo de ofender a las mujeres que caminan solas, esa falta de ideales colectivos que caracteriza a las nuevas generaciones españolas, traduce una sexualidad cegada, torturada, amordazada.

Las gentes agrias, encrespadas, malhumoradas, no son, en general, sino seres de sexualidad satisfecha defectuosamente.

Nada hace al hombre y a la mujer tan buenos como tener calmada la necesidad sexual. No lo olvides. El pervertido no es un vicioso. Es un desgraciado a quien el placer cuesta más caro que normalmente.

¡EL POBRE MARQUÉS!

No comprenderá bien el problema del sadismo quien no comience por recordar que abunda un desconcertante tipo de amador, el amador teórico. Si sólo se fuera a juzgar por lo que dice, creeríase escuchar a Don Juan;

en realidad, no es nunca sino un infeliz en cuyo haber figura sólo un puñado de breves aventuras mercenarias.

Aun dándose en todos los demás, abunda singularmente en nuestro país, donde los hombres son presa de incongruente irritabilidad que les lleva a estar pendientes del chascarrillo obsceno, a no respetar a la mujer sola, a preferir como tema de conversación la lujuria.

En síntesis, hambre de mujer.

El harto no se para ante los escaparates de colmados y tabernas, ni escoge como tema preferente de sus charlas la comida.

Sade, ¡el divino marqués!, fué, ante todo, un teórico. La imaginación le llevaba a concebir y relatar escenas de las que ni fué ni pudo ser protagonista.

Sin embargo, era tan potente su fantasía, que el nombre de sadismo fué escogido para nombre de una perversión sexual muy frecuente: la de gozar haciendo sufrir.

En el sadismo existe rica gama de matices. Desde quien convierte la delicadeza del beso en la tortura del mordisco a quien profana cadáveres; desde quien finge celos que no siente hasta quien oculta su cariño por simular desdenes.

No es morbosamente esporádico el sadismo. En el fondo de todo cariño hállanse gérmenes de sadismo, como existen de masoquismo. No faltan autores que pretendan hacer de ambas derivaciones una sola, integrada por la persecución del placer a través del dolor propio o ajeno.

Acaso no se trate sino de una lucha entre dos condiciones latentes en todo cariño: la humildad (masoquismo) y el orgullo (sadismo).

No son, sin embargo, tan iguales como parecen crueldad y sadismo. Sólo puede invocarse esta última palabra cuando el acto sexual normal es sustituído, como causa de placer, por uno de crueldad.

Tampoco ha de confundirse el aliño de crueldad característico de algunas pasiones con el sadismo, en que la finalidad, no el adorno del camino, hállase constituído por el sufrimiento ajeno.

Donaciano, Alfonso, Francisco, marqués de Sade, "filósofo del vacío„ según Michelet, "profesor del crimen„ según Taine, no fué sino un pobre hombre de temperamento ardiente, azuzado por el ambiente de la época y por las frecuentes reclusiones—¡veintisiete años de prisión!

El hábito del vicio se lo inocularon, probablemente, en el Colegio de Louis-le-Grand. Enamorado de una cuñada, se fuga con ella, y mientras permanece al lado de la señorita De Montreuil, su vida nada tiene que envidiar a las más apacibles y honestas.

Cuando esta mujer deja de ser el eje de su existencia, vuelve el marqués a las prácticas libertinas corrientes en los señores de su época.

En los encierros la imaginación vuela alocadamente para aliviar la monotonía de la prisión. Buen estímulo para estas cabriolas debía de ser la correspondencia con sus amantes.

No es excepcional que los presos busquen olvido a su desgracia merced a evocaciones eróticas.

Conviene también no olvidar la época. Época consagrada a la sensualidad.

El siglo XVIII fué siglo de depravación, de lascivia enfermiza.

Siglo del Parque de los Ciervos, bajo cuyos bellos y altivos árboles la Pompadour ideaba bacanales con que complacer al Rey.

¿Quién vió nada tan reñido con la pasión como una amante mostrando la tentación de otras mujeres al amado?

La que Restif de Bretonau llamó raza anfibia y degenerada de los abates, la nobleza, el mismo pueblo, los intelectuales, todo estaba igualmente podrido, igualmente desquiciado. Por alejarse del instinto se extraviaron, hundiéndose en el cieno.

Era el reino de la pornografía, de los libros obscenos, escatológicos y, en fin de cuentas, de la tristeza de no conocer la dicha del sano amar.

Y es que ninguno de los artificios ideados por el hombre, ni cuando aspira a elevarse, ni cuando pretende rebasar el materialismo, logra quebrar las cadenas del instinto.

Fácil resulta comprender que en este ambiente la imaginación había de hallar fácil campo para sus vuelos.

Todas estas afirmaciones se consolidan y diafanizan leyendo *Julieta* y *Justina*, novelas publicadas primero independientemente y luego reunidas bajo el título único de *La nueva Justina o desgracias de la virtud, seguida de la historia de Julieta su hermana o prosperidades del vicio.*

Justina fué escrita durante el encierro de su autor en la Bastilla.

Julieta y Justina son, como reza el título, dos hermanas. Julieta hállase dominada por el vicio; Justina sirve a la virtud. Julieta triunfa. Justina no sufre sino desengaños y malos tratos.

Ambos libros hállanse integrados por una serie de escenas de desenfreno casi siempre carente de realidad.

Máxima eje de estas páginas: "No han de estimarse las cosas por lo que son, sino por las sensaciones que producen."

En bastantes casos describense crueldades sin relación inmediata con la sexualidad. En no pocos se alude a maniobras huérfanas de posibilidad anatómica.

El nombre del marqués de Sade ha degenerado en comodín.

No inventó nada. No practicaba lo por él escrito. El sadismo no es, en su esencia, sino una hipertrofia de una condición normal: tendencia al dominio.

Por razones biológicas, sobradamente complejas para traídas a un libro de la índole del presente, en el amor hay siempre uno que actúa de martillo, otro de yunque; uno de esclavo, de tirano otro. Tal desigualdad ha sido esculpida por Gorki en la siguiente frase: "El amor es el triunfo de quien quiere menos sobre el que quiere más."

¿Cabe, pues, admitir que el sádico es el martillo? Quien ama menos se recrea comprobando su poder, y para lograrlo fuerza la intensidad de la demostración. Hipótesis sin valor a fuerza de seductora.

¿Y cuando la víctima del sádico no conoció antes a su verdugo?

Se presta a amplias meditaciones el hecho de que la tendencia sádica no sea constante. El sádico, unas veces se comporta como tal; otras, no. ¿Cuándo le toca querer?

En esbozo, y dentro de lo fisiológico, todos somos sádicos o masoquistas.

Más desconcertante es aún el caso de los sádicos enamorados de todo corazón, prontos al sacrificio, que, incapaces de dominar su perversión, en vez de acariciar hieren.

Conocí bien la vida de una muchacha capaz de soportar las más escarnecedoras humillaciones con humildad lagotera, de perro que lame la mano de quien le castigó. Aun los insultos más injustos no conseguían cambiar su mirada dulce, su dulce sonreír. Una constante demanda de perdón. Toleraba todo. No era celosa. Se dejaba engañar. Creía las más burdas disculpas o aparentaba creerlas. Ni un gesto de repulsa, ni un mal modo, ni una estridencia.

Pero... sus caricias nutríanse de la ilusión de hacer brotar la sangre. Sus uñas como garras. Sus dientes de felino.

En cuanto veía una gota de sangre, pálida, muy pálida, rompía a llorar, y cogiendo entre las suyas la mano que acababa de desgarrar, colocábasela sobre el corazón, que sonaba a molino loco.

Mientras hería, sus ojos brillaban como los de los gatos a los que iluminan faros de auto en la noche de las carreteras marginadas de árboles. ¿Cómo invocar aquí abolengos intelectuales?

Los últimos escalones del sadismo son francamente patológicos. Violadores de cadáveres, nuestro repugnante saca-mantecas, los bebedores de sangre, los torturadores de niños, toda la cohorte de desgraciados que sufren condena de ignorar el verdadero placer y a morbosas ficciones tener que acogerse.

El uso arbitrario, por comodín literario, de una palabra infrecuentada aún, hace que se llame sádico a quien

no lo es. Por ejemplo, al famoso capitán Sánchez. Se le calificó de sádico sin serlo, ya que si descuartizó el cadáver de Jalón no fué buscando placer, sino impunidad.

Los diversos orígenes del sadismo escapan a todo intento de sistematización.

En ciertas modalidades parece latente una ambición de venganza. Acaso reacción a la influencia desmedida del objeto sexual. En no pocos casos es el sádico esclavo que, incapaz de manumitirse, idea represalias.

He conocido profesionalmente seudosadistas en que el contento no era de raigambre sexual y sí por haber hecho expiar amarguras que la víctima les causara.

De tan rica policromía, sólo una síntesis didáctica puede obtenerse: el sadismo constituye una perversión igualmente distanciada del amor y del instinto.

Del amor, porque amar es sacrificarse, no sacrificar. Hay en él aspiraciones románticas, antimateriales, que forzosamente han de mostrarse en pugna con una tendencia que por disfrutar no vacila en hacer crueles las horas de la Deseada. El verdadero amante, con tal de ahorrar una lágrima a la elegida no vacila en destrozar las más acariciadas ilusiones. El sádico, con tal de no renunciar a una posibilidad de placer, aborda sin vacilación las situaciones más enojosas para la preferida.

El sadismo y el instinto tampoco hermanan bien. El sádico es un egoísta individualizado; el servidor del Instinto es también un servidor de los intereses colectivos.

El sadismo es, desde este punto de vista, un delito. No cabe perdonarle su tendencia a destruir, a quebrar los crisoles de la especie.

Todo ello cierto; mas ha de no olvidarse que en el lecho del cauce de la más noble y altruista psicología hay una larva de sadismo. No podrá alardear de veraz quien sostenga que jamás, en ninguna ocasión, sintió tentaciones sádicas.

Existe tan en el núcleo de todos los quereres el vaivén, la oscilación entre los dos polos opuestos de sadismo y masoquismo, que no cabe pensar en accidentales intervenciones morbosas, ni aun en casos aparentemente tan fáciles de explicar cómo los de Sade, *más embustero que malvado.*

¡El pobre marqués!

EL AMOR HUMILDE

Frente al sadismo es corriente oponer, en los libros que de sexualidad se ocupan, el masoquismo, pese a que cada día resulta mayor el número de razones técnicas favorables a la idea de que se trata de un trastorno único de la sensibilidad sexual. De la necesidad de que el placer llegue en compañía del dolor, propio o ajeno.

Es tan sugestivo, tan didáctico el contraste, que explica lo difícilmente que los autores se deciden a prescindir de él. El sádico goza haciendo padecer; el masoquista, padeciendo. Martillo y yunque escribimos en páginas anteriores. ¿Verdad que atrae la diferencia? Rico filón de párrafos tersos, claros.

Conceden los técnicos menor frecuencia al masoquismo con relación al sadismo. Si se refieren al masoquismo aparatoso, escenográfico, acaso tengan razón. El otro, el dentro de las lindes de lo normal, aun de-

pendiendo en gran parte de razones de edad, sexo y país, es tan frecuente como el sadismo.

Como que en toda pareja amorosa es sadista uno, masoquista otro; activo uno, pasivo otro. Golpea uno, aguanta otro.

Dió el airón de su apellido al placer de sufrir el literato Sacher Masoch, que con el ejemplo de su vida cantó las excelencias, lo grato de ser torturado por quien se ama.

Las memorias de Wanda, su mujer, han probado que el *himno a la aberración*, representado por *La Virgen de las pieles*, no es un loco galopar de la fantasía como el que Sade entonara.

El masoquista resulta más simpático que el sádico, más tolerable, menos dañino.

No hacen mal; piden que se lo hagan.

¿Quién no evocará aquí a la hembra brava que mide el cariño de su hombre por la frecuencia e intensidad de los golpes?

Es mucho más literario el masoquismo que el sadismo. Masoch le dá nombre; Rousseau, categoría intelectual. Una categoría de que el sadismo carece.

Ninguno de los sadistas inmortales: Nerón, Caligula, Tiberio, Iván el Terrible, Catalina de Médicis... posee el poder de radiación espiritual de Rousseau.

La mayoría de ellos no eran sino brutos investidos de poder.

El sádico muéstrase, siempre, más impulsivo, menos consciente. Con otra razón de preferencia cuenta el masoquismo: la de aparecer más influenciado por la educación, por los factores post-uterinos.

Tráigase a flor de memoria, como ejemplo, el origen

de la aberración de Juan-Jacobo, que él refiere así en *Las confesiones:*

"Como la señorita Lambercier tenía para nosotros el cariño de una madre, poseía también su autoridad, lo que la llevaba, algunas veces, a castigarnos cuando lo merecíamos. Durante mucho tiempo se contentó con la amenaza, y esta amenaza de un castigo, nuevo para mí, me tenía asustado; después de ejecutado encontré menos temible la prueba que la espera, y, lo que es más extraño, el castigo me atrajo hacia la que me lo había impuesto.

„Fué necesaria toda la sinceridad de este cariño y toda mi natural dulzura para impedirme buscar la repetición del castigo, haciendo por merecerlo, porque había encontrado en el dolor, en la pena misma, una mezcla de sexualidad que me había dejado más deseo que temor de sentirlo aplicado por la misma mano...

„¿Quién podría pensar que este castigo de niño, recibido a los ocho años de la mano de una señorita de treinta, había de decidir de mis gustos, de mis deseos, de mis pasiones, de todo yo, para el resto de mi vida y precisamente en sentido contrario al que debía ser?...

„Así, con un temperamento muy ardiente, muy lascivo, muy precoz, pasé la edad de la pubertad sin desear conocer otros placeres de los sentidos que aquellos de que, *inocentemente*, me había dado idea mademoiselle Lambercier...

„De hombre, mi antiguo cariño de niño, en vez de desvanecerse, se asoció de tal modo al otro, que no pude separarlo jamás de los deseos encendidos por mi deseo.

„Estar de rodillas ante una amante dominadora, obe-

decer sus órdenes, pedirla perdón, fueron para mí dulces goces...„

¡Enorme resonancia de unos azotes!

Como en Rousseau, en infinidad de casos, el hábito masoquista es creado en la infancia por castigos aplicados sin previo conocimiento del alma del niño que ha de sufrirlos.

Acaso no haya en la iniciación masoquística sino un sentimiento de gratitud. En muchas de sus variantes fisiológicas, este sentimiento destaca con absoluta claridad.

Frente al hombre o la mujer que en el amor buscan ante todo la satisfacción de sentirse amados, hay otros que sólo necesitan para hallarse complacidos el espectáculo de su propio querer, siendo secundario verlo o no correspondido.

Éstos últimos son los más cercanos al legítimo amor. Por ello también los menos numerosos.

Si los hombres fuesen capaces de amar su amor, serían reducidos en considerable proporción los daños del actual erróneo apartamiento del instinto.

De adónde puede llegar la sed de tortura, representa admirable demostración el siguiente ejemplo, citado por Krafft-Ebing:

"Z..., modelo de maridos, de severas costumbres, padre de varios hijos, es atacado a veces de accesos, en el curso de los cuales va al burdel, escoge dos o tres rameras, desnuda la mitad superior de su cuerpo, se tira al suelo, cruzadas las manos sobre el vientre, cierra los ojos y ordena a las rameras que le pisoteen, que le golpeen con sus tacones el pecho, la cara, el cuello. Págalas después espléndidamente, cura sus

heridas, se viste, y ya tranquilo dirígese serenamente a su oficina, parà retornar ocho o diez días después en busca de tan extraño placer.„

¿Adivinas, lector, el sufrimiento por que ha de pasar ese *hombre bueno, trabajador,* antes de ceder? Nadie se atreverá a hablar aquí de amor, y, sin embargo, de sus canteras proceden los sillares.

¿Comprendes ahora todo el enorme poder incomprensible, arbitrario, ciego, pero campeador, del instinto?

¡Cara y extravagante manera de pagar esa cantidad de alimento sexual, sin el cual no se puede vivir!

Las mujeres, en general, conciben mejor el masoquismo que el sadismo; a los hombres ocúrreles lo contrario.

No se olvide que el masoquismo es, ante todo, pasividad, y el Creador quiso que la hembra de los mamíferos fuese pasiva en lo que al amor atañe.

Pasividad regulada no sólo por consecuencia de condiciones anatómicas inmodificables, sino por obra y gracia de la divina maternidad, justificación y ennoblecimiento del trágico artilugio sexual.

Seguramente te preguntarás qué relación puede tener con la perpetuación de la especie el que un burgués semichiflado o chiflado del todo, encuentre agradable ser pisoteado por unas rameras medio desnudas.

Pese a tu extrañeza, en el fondo de todo no hay sino el error de emplear desatinadamente una buena condición: la de soportar dolor por servir la causa de la especie. La que lleva a morir cantando al macho de la *mantis*, la que hace soportar a las *hembras humanas*, una y otra vez, el sagrado sufrimiento del parto.

Bien cerca está la frontera de estos tormentos ungidos de trascendencia y la de los tormentos estériles.

¿Es algo distinto, al margen de la psicología masoquista, el espíritu que preside al manejo de cilicios y disciplinas en los conventos?

¿Y el tesón con que monjitas exaltadas, desobedeciendo a la superiora, desoyendo al confesor, siguen usando el cilicio que llagó su cintura y cuyas puntas aguzan febrilmente en la piedra del ventanal de su reja?

No pretendo molestar a los creyentes.

Admito, si ellos lo exigen, que es virtud en la monja convertir en goce espiritual el dolor de sentir la carne en llaga, penetrada por las puntas del cilicio, y vicio en el burgués hallar placer en ver herido su pecho por el zapato de una traficante en lujuria; pero en esencia, idéntico mecanismo.

Es que el orgullo humano, tan hipertrófico y teratológico, suele inquietarse más por los rótulos que por el contenido.

Son también dignas de mención las relaciones entre masoquismo y fetichismo. El fetichismo consiste en la predilección absorbente por un encanto determinado: ojos, cabellos, labios. De tal modo llega a dominar la preferencia, que en algunos casos el acto sexual es reemplazado, como manantial de dicha, por la caricia o posesión de objetos pertenecientes al sexo opuesto: zapatos, medias...

No pocos masoquistas presentan asociadas ambas aberraciones. Necesitan que la mujer que les maltrate sea rubia, que tenga determinada estatura, etc.

Una de tantas desconcertantes cabriolas como es posible registrar en la clínica de estas dolencias, encuéntrase constituida por el caso de hombres que, toleran-

do toda clase de vejámenes y desprecios a una morena, muéstranse altivos, dignos, cuando de una rubia se trata, o viceversa.

Difícil hallar explicación *absolutamente satisfactoria*. La razón del desvarío escápase a los cálculos. ¿Podría ser una la siguiente?

Nadie discute que la guerra, las epidemias cumplen misiones biológicas. ¿Por qué no ha de ocurrir lo mismo con el sadismo y el masoquismo? ¿O se tratará tan sólo de hipertrofias de tendencias normales, hipertrofias condicionadas por errores de educación y por desarrollarse en ambiente desfavorable?

Sea de ello lo que quiera, el resultado práctico hállase perfectamente definido: la perversión no representa sino el sendero apartado, estrecho, difícil, tortuoso, por donde persiguen el placer quienes no pueden hacerlo por el camino real de la *normalidad*.

El propagandista político exaltado, que renuncia a la mujer, y el masoquista y el sadista y el neurósico, en que el instinto no satisfecho conviértese en enfermedad, son todos hermanos en el sufrimiento de no acertar a calmar su sed sexual por los modos habituales.

Este concepto, del más puro abolengo científico, llénanos de tolerancia y piedad, aun cuando no basta a borrar la idea madre de que sobre las desgracias individuales están las conveniencias colectivas. O, lo que es lo mismo: la sociedad debe compadecer sin olvidar su defensa.

INFIERNO

Los intereses sacratísimos de la especie son puestos en peligro si la atracción tiene lugar entre personas del mismo sexo. Nació esta perversión en campos cenagosos, cercados por muros de morbosidad. Luego fué extendiéndose a terrenos que creíanse fuera de su alcance. Las muchachas parecen muchachos; los mozos, mozas.

Durante largas temporadas, las madrileñas constituyeron público asiduo de un afeminado imitador de estrellas. Centenares de veces recibieron el incienso del elogio actrices esmirriadas, porque vestidas con atavíos masculinos semejaban hombres. Empieza a hablarse, aun cuando con mesura y discreción, de un tercer sexo.

Estos inquietantes fenómenos coinciden con la disminución de los matrimonios y el descenso de la natalidad. Todo ello representa serio riesgo para las finalidades del instinto y la felicidad individual.

No pueden compararse, como valor estético y germen de ventura, el placer sano que canta aromado de Naturaleza y la lascivia tejida de apariencias.

Nunca valdrán lo mismo, en las ferias de la dicha, el beso de hembras andróginas, flacas, bufamente pintarrajeados los labios y en ellos un cigarro, y el de unas bocas naturalmente rojas, húmedas, bajo cuya mucosa tensa se siente golpear la sangre.

La viciación de las características sexuales, la ficción de una decadencia refinada no es en el fondo sino pobreza orgánica, torpeza para percibir, cobardía para sentir.

No es que tal sexualidad sepa mejor ni que la otra resulte inaccesible.

Ante el homosexual auténtico, sólo cabe un gesto: piedad. Ante el imitador, sólo otro resulta posible: repugnancia.

Entre la mujer por razones constitucionales, errores de educación y equivocaciones de los padres, inepta para el buen amor y la frívola que por asombrar a un puñado de amigos pacatos adopta hábitos masculinos, media gran espacio.

Aun cuando llegaran a comportarse objetivamente los hombres como mujeres y las mujeres como hombres, el dislocado propósito hallaría siempre por límite valladares anatómicos y fisiológicos.

Las burlas al Instinto castígalas éste severa, implacable, ciegamente en las generaciones necesarias para que el equilibrio se restablezca. Sufre la especie, padece la raza, decaen las naciones, son atormentados los individuos.

Justo es reconocer que, dentro de la vida normal, resulta mayor la propensión femenina a la homosexualidad que la masculina. Las mujeres se besan y acarician constantemente.

Pero esta propensión homosexual toma ahora extraña dirección, impulsada por lo que el doctor Gómez-Ocaña llamó *hominismo* o afán de imitar al hombre, para diferenciarlo del fervor por reivindicar los derechos de la mujer, *feminismo*.

Los tratados de Patología sexual describen aquí varios tipos de aberración, recamados de perspectivas literarias: transvertismo, androginismo, metatropismo, que sin ser verdadera homosexualidad acusan parentesco bastante próximo para constituir peligro. La *frontera que los separa carece de aduanas.*

El transvertismo consiste en adoptar modas, ropas, hábitos del sexo opuesto. Principio de claudicación. El vestido no es un pasivo servidor de la psicología de quien lo usa. Ejércese entre ambos mutua acción. Nadie ignora el valor espiritual de los uniformes. Quien afemina su vestir afemina su espíritu, y por ello exterioriza antinaturales polarizaciones sexuales.

Androginismo quiere decir diferenciación sexual borrosa. No es parecer el hombre mujer, ni la mujer hombre. Es mostrar una personalidad sexual desdibujada. Falta de relieve de las características de los sexos. Ni perversión ni desviación: sólo indecisión.

Metatropismo significa inversión del comportamiento. Sanamente, el hombre se apodera, la mujer se entrega. ¿Injusta apreciación? Verdad biológica. En su comprobación leal no puede existir desdoro para nadie. ¿Cómo estimará ofensivo llamar moreno al que lo es y rubio al que áureos tiene los cabellos?

Abundan feministas obcecadas, de ordinario feas, que protestan contra estos conceptos; pero su protesta carece de fundamento. Son razones como puños. ¿Negará nadie, por ejemplo, como testimonio de la pasividad femenina, que mientras la maternidad deja huellas anatómicas indelebles en el cuerpo de la mujer, la paternidad no las acuña en el del varón?

Las verdaderas aberraciones de inversión son mazmorras tristes y sombrías, húmedas y enlodadas. Sus rejas hacen imposible el bienestar del aire puro; adorar la maravilla de la luz de los cielos.

¡Infierno!

ZARZAS

Dependiendo fatalmente nuestra dicha amorosa normal de una persona del otro sexo, siendo difícil de obtener en su totalidad; quebradiza, expuesta a desviaciones, no es de extrañar que los espíritus débiles retrocedan acobardados en busca de lo que en etapas anteriores de la vida fué satisfacción para el Instinto.

A este grupo pertenecen los autoeróticos, aventureros que, desistiendo de la empresa de recibir el placer de otras personas, lo persiguen en sí mismos, intentando bastarse a sí propios.

¡Engañosa ilusión!

Logra prescindir de la inquietud sexual quien, sublimando la energía en ella contenida, conviértela en corona de santidad, escudo guerrero, embriaguez de gloria o simplemente caparazón egoísta de la ambición; pero éstos y los demás mortales no ignoran que los desacatos al Instinto tienen por cruel castigo ignorar la dicha básica de la existencia.

El autoerotismo así desarrollado es absolutamente psiquiátrico. En grados inferiores convive con gentes de apariencia normal, siendo interesantísimas sus exteriorizaciones.

El amor, sólo desde dos puntos de vista puede ser enfocado: atender al propio placer, o preocuparse, antes que de sí mismo, de la persona amada.

La primera clase encuéntrase integrada por sadistas y autoeróticos; la segunda, por masoquistas.

El tipo de hombre que sólo concede beligerancia a sus gustos es abundantísimo, por culpa de la errónea educación sexual, corriente en nuestro país.

A estos amadores sordos y ciegos débese la tragedia de los fracasos nupciales envenenadores de la existencia de algunas pobres mujeres que soñaron con ofrendas leales y generosas. Siendo sinceros en el adoctrinamiento padres y educadores, no existirían esas tristes derrotas en que perece la ilusión de pobres almas blancas, castas y tímidas, al conocer que se las buscó como instrumento, no para ídolo.

¡Qué antipáticos los autoeróticos!

En sana moral biológica, el amor, antes que derecho, es deber. Deber de calmar una sed, de crear un nuevo ser. La castidad de toda la vida podrá ser una virtud religiosa, jamás una obligación biológica. La castidad no es sino motivo de selección.

Se será casto hasta que el amor surja. El autoerótico, restando elementos al ferial de la pasión, además de empobrecerlo comete un delito.

Reproducirse es pagar la deuda contraída en el momento de recibir el don magnífico de la vida.

Nada tan censurable como la actitud autoerótica de algunas bellas enamoradas de su hermosura. Censurable por suponer olvido de las finalidades para que fueron creadas:

a) Constituir un motivo de ornato público; embellecer la vida colectiva, esmaltándola de motivos estéticos.

b) Inspirar sentimientos de depuración y ennoblecimiento, representando una causa de selección masculina.

Servir sólo de regodeo a sí misma no puede justificar el complicado mecanismo de coincidencias felices, puesto en juego para que resulte posible el prodigio encarnado por la mujer bella.

La hipertrofia del orgullo puede engendrar el narcisismo o enamoramiento de sí mismo, sin llegar a la persecución del placer. El autoerótico, además de enamorado de sí mismo, se convierte en objeto de su amor.

En los peldaños más cercanos al nivel medio de la humanidad, estas perversiones adquieren aspectos muy curiosos, como dijimos antes.

Muchas fatuidades inexplicables no traducen sino modos de consumir una energía no gastada fisiológicamente. Quien se halla satisfecho sexualmente es comprensivo, tolerante, sencillo. El que no lo está, vuélvese agrio, duro, intolerante, cruel. Cuando tropecéis con hombres—o mujeres—hoscos, malhumorados, sin ternura, bucead hasta donde os sea posible en su vida sexual y hallaréis la explicación. Los autoeróticos son todos recelosos, huraños, mal pensados, desleales.

Sin embargo, la petulancia física o psíquica resulta siempre injustificada.

Las buenas condiciones, como las malas, son constitucionales.

Nadie nace tonto o feo por su gusto ni por el de sus padres, siquiera en muchas ocasiones, ya que no el gusto, intervenga la desidia o la incultura de éstos.

No cabe, a pesar de ello, indignarse con autoeróticos y narcisistas. ¡Bien castigados están!

El fatuo, el engreído, el autoerótico, el narcisista cambiarían su actitud, válvula para fuerzas sin empleo que, de no hallar salida, originarían estados de enfermedad, por un cariño terso, limpio, natural, humano.

Son inútiles filosofías y desviaciones. El instinto

grita su verdad y la vanidad no supone taponamiento suficiente para dejar de oírla.

Ni el cursi infatuado que persigue un sillón académico, ni el fantasmón engreído, ni el soberbio que pretende ser núcleo de una disciplina mental, ignoran que lo valioso no es el boro, ni los bordados, ni los cintajos, sino los labios de quien se ama, llave del templo divino de la procreación.

INÚTIL FINGIR

Para los que conceden a la Naturaleza consciencia, facultad de deliberación, tiene que resultar incomprensible la existencia de la vejez con conservación del deseo.

Bien está envejecer. Es preciso morir para que la especie viva. Los poderes ultratelúricos quisieron que la muerte fisiológica tenga lugar a través de un lento descenso de energías. ¡Bien está envejecer!

Pero si hubo intención de hacer menos intenso el dolor de morir, es de justicia reconocer que la intención no se logró. Cuanto más débil es el hombre, más teme a la muerte. Iluminando esta verdad existe otra. ¿Por qué entre las ruinas han de seguir encendidas las hogueras del deseo?

Bueno que la espalda se encorve, que los ojos se vuelvan torpes, temblorosas las manos e inseguro el corazón; pero ¿por qué no ha de emigrar el deseo?

¿Qué puede justificar el tormento de soportar inflamada una ilusión imposible de satisfacer?

Búrlanse las gentes de los viejos verdes, y las gen-

tes son injustas. El viejo verde es un pobre diablo en lucha con deseos cronológicamente absurdos. Se emperejila, se retoca, se adorna, viste como un mozo, creyendo, a medias, que disfraza sus achaques.

Nunca ignora el ridículo que le envuelve. Busca hacérselo perdonar ostentando una alegría bisutera. Pero en las interminables noches sin sueño, aterido bajo las sábanas, tosiendo trabajosamente, la verdad viene a visitarlo, y al irse ahuyentada por el alba, suele dejarle el recuerdo de unas lágrimas lentas, escasas y frías.

¿Que cómo no desisten los viejos verdes de serlo?

Porque no pueden, porque en ellos perdura el afán sexual.

La vejez no es mejor ni peor que las otras edades. Como las otras, tiene horas de contento y de dolor. Como todas, posee su poesía, su estética y su filosofía. En ella cabe tanta felicidad como en plena juventud. El secreto de la buena vejez está en vivirla en viejo. No obstinarse en actuaciones de veinte años cuando se suman setenta.

La vejez tiene sólo un enemigo: la conservación del deseo.

¿Cómo rechazar, al escribir estas cuartillas, el recuerdo de don Paquito?

Don Paquito era un buen señor, de sesenta años cumplidos, asmático, pitarrosos los párpados, apéndice de la pandilla moza a que yo perteneciera allá por el año 1905. Renqueando, disneico, seguíanos a todas partes, lloviese o helase, fuese día o fuese noche.

Si había que beber, bebía como un diabético; si había que bailar, bailaba mientras le sostuvieran las piernas. Sus chistes se hicieron famosos por lo procaces.

En las situaciones difíciles, su consejo y aun su bolsa nos prestaban servicios inolvidables.

Lo gente considerábalo un libertino.

No era sino un pobre anciano dominado por deseos de rosas, condenadas a caer marchitas sobre escombros.

Iba con nosotros buscando acercarse a modistillas y criadas. Parecíanle así menos bochornosas, más perdonables sus audacias. Si alguien le reprochaba tales desmanes, siempre exclusivamente teóricos, poníase triste, muy triste.

—¡Daría cuánto tengo porque no me atrajesen las mujeres! Bien sé que es afición ridícula en un vejestorio como yo; pero ¿qué voy a hacer, si no puedo dominar ese deseo desatinado que tanto me abochorna?

La vejez es un cruel castigo cuando alguno de los atributos de la juventud perdura. ¡El amargo calvario de los viejos a medias!

¿Creerá nadie que esas viejas inverosímiles de las playas de moda, pintarrajeadas, con las faldas hasta la rodilla, el pelo oxigenado, los dientes postizos y las mejillas con promontorios de carmín, no perciben las miradas burlonas, los comentarios despiadados y las tosecillas irónicas?

Algunos de estos loros son mujeres inteligentes, con experiencia de la vida. No pueden ignorar su ruina orgánica.

Como tampoco desconocen la nostalgia de una vejez seria, decorativa, llena de prestigio, todo calma, reposo, simiente de trascendencia.

¡Pero no pueden!

En sus carnes fofas y lacias, en los valles seborreicos de sus arrugas hondas, en el arca esquelética de su

pecho, el deseo vencedor sigue disparando sus flechas. No son ellas las absurdas; lo es el blanco.

¡Bienaventurados los viejos en quienes ya no existen rescoldos de deseo, porque con ellos será el don de la alegría!

¡Bienaventurados los viejos a quienes la envidia no roe el corazón si en mañana abrileña se cruzan con parejas amorosas, porque conocerán el encanto de la serenidad!

¡Bienaventurados los viejos que no persiguen el placer en regazos procaces y mercenarios, porque serán nimbados de dignidad!

¡Bienaventurados los viejos que no sueñan conquistas ni seducciones, porque sus ilusiones tendrán el aroma exquisito de las plegarias en las ermitas solitarias!

¡Bienaventurados los viejos que no codician la lascivia y saben mirar la femenina belleza con la mirada serena con que ven partir las naves nuevas los marinos retirados, de manos temblorosas, turbios ojos y candoroso mentir!

¡Bienaventurados los viejos a quienes el Todopoderoso hizo la merced de matar el deseo al mismo tiempo que la posibilidad de satisfacerlo!

Porque el viejo verde no es un bufón: ¡es una víctima!

LA TRISTEZA DE PAGAR

Muchos hombres prefieren a hacer el amor comprarlo hecho. Va aumentando el número de mujeres que piensan de igual modo. ¡Es tan sencillo, tan sin preocupación, tan asequible!

Se oye decir:

—¡Tengo miedo horrible a las mujeres honradas! ¡Son las que dan disgustos!

¡Qué deficiente perspicacia!

El amor mercenario humilla, degrada, aniquila.

Existe en quien paga un sedimento de antipática crueldad. La crueldad de consentir que una pobre mujer se vea obligada a conceder su intimidad, sin otra razón que el estipendio.

Ningún buen corazón podrá soportar serenamente la mirada de una ramera vestida de seda o percal.

Borracho estaba mi amigo Antonio, una noche de Todos los Santos, aullador y desmandado. Teníalo apresado la lujuria, y viéndolo amenazar a una pobre ramera, eje de la juerga, que se le resistía, temerosa de su mal vino, me bastó decirle: "¡Es una brutalidad indigna de ti lo que estás haciendo con esa mujer! ¡Fíjate en sus ojos y verás que está a punto de llorar!", para que los efectos del alcohol resultasen aminorados y encadenado el afán sexual. Ni una palabra soez volvió a salir de la boca del excelente muchacho en toda la noche.

No es el amor, rito que pueda imponerse por la violencia de la fuerza o del dinero.

Tan exquisito como sembrar deseos es brutal intentar satisfacer el nuestro olvidando el ajeno.

No hay aquí sólo un problema de ternura, lo hay también de propia estimación. Comprar el amor es recurso de viejos o de hombres incapaces de inspirarlo. En todos los casos, déficit de masculinidad. Como el cazador torpe que ha de adquirir su botín en la tienda.

Remunerar el amor equivale a renunciar a la máxima satisfacción del vivir: a la seducción. Al sun-

tuoso espectáculo del ocaso de los convencionalismos.

En el amor por contrata opónense a la verdadera dicha lo fácil y lo rápido del mecanismo psicológico. El arte del placer requiere un arte de la gradación, para hábilmente retrasar el momento definitivo, ¡tan monótono!, ¡tan difícil de soportar sin detrimento de la buena estética!

La obediencia callada, ¡la pasividad!, empobrece la entrega.

El desencanto producido por las esclavas tetuanies cuando creen darse por obediencia y la exaltación de las horas en que se atribuyen un principio de elección, gérmenes de voluntad.

La mujer que pone precio a sus caricias, reserva constantemente lo mejor que hay en ella. Reserva su esperanza de dicha.

Despiadada fatalidad. Siempre es mayor el ambiente de desesperación en las pobres hembras de burdel encanalladas, cínicas, con sus voces roncas y sus bocas aculotadas de tabaco malo.

El horror de las tardes dominicales del invierno, en que han de calmar la lascivia envenenada de quince, de veinte hombres, ninguno delicado, ninguno comprensivo, ¡ninguno compasivo!

Pobres rameras de las chambras chillonas y el colorete clownesco, de los ojos mustios y las caderas maceradas, ¡cuánto mérito!, cuán admirable espíritu supone que acertéis a conservar un rosal de ilusión para el chulo que os explota, que os maltrata, pero que es ¡la alegría!, ¡el contento!, porque en aquel mercado no fuisteis mercenarias, porque nadie os eligió, porque escogisteis.

¡En amor, elegir es decisivo para la dicha!

Comprar el amor constituye mal hábito. Pésimo maestro. Quien compra el amor, que es la medula del mundo, cree poder comprarlo todo. Si el cariño de una mujer puede adquirirse por puñado de plata, ¿qué habrá capaz de resistir a una puja adecuada?

Afortunadamente, lo que se logra con dinero no es amor, son caricias. El mecanismo, no el alma del mecanismo.

¿Verdad, pobres rameras de las chambras chillonas y el colorete clownesco?

Halagados por lo accesible de pagar a una boca para que bese y a unos ojos para que simulen éxtasis, ¿quién querrá recorrer el calvario que representa siempre la pasión? Y una vez que se olvidaron los nobles estímulos del buen amor, ¿qué otro vivero de ideales generosos podrá improvisarse?

¡Incapaces de retornar a los campos del instinto!

¡Incapaces para el buen amor!

Sólo un camino resta: el embotamiento espiritual, egoísta, desmedrado, feo, sucio.

Nunca compré amor. De mozo, cuando iba, como ahora, que vuelvo, a esperar la vejez, siempre estimé en más el beso rudo, tosco, de la última de las fregonas, que el suave y perfumado de la más lujosa hetaira.

Cuando menos, la última de las fregonas autorizaba a tremolar la bandera del desinterés. A veces la seguridad del desinterés vale tanto como el amor mismo.

¿Verdad, pobres rameras de las chambras chillonas y el colorete clownesco, de los ojos mustios y las caderas maceradas?

RITOS

BENDICIÓN DEL AGUA

Excelente camarada constituye el agua para el amor. Es en él alegría, belleza, audacia, ritmo, ensueño. Alegría en la fuente, belleza en el mar, audacia en el estanque, ritmo en el arroyo, ensueño en el lago.

¡La alegría bullanguera de la Deseada mojándose la cara en el ambicioso surtidor que soñara devolver su líquido a la nube de donde cayó sobre la tierra! La espuma es blondas en su cuello. La frescura, tentación escalofriando su piel. Otras veces más bella, nunca tan bonita. La envuelve un halo de infantilidad. Jamás tuvo esa pureza en los ojos. Como si los lavados fuesen ellos, y el agua, agua de purificación.

¡Trémulo espejo! Los bucles de sus cabellos, al reflejarse, como plantas que desde el fondo subieran para recrearse contemplándola.

Sus brazos, al hundirse en la linfa, tórnanse de contornos indecisos, llenándonos de sobresalto. Volverán a ser como fueron.

¿Por qué la hace reír el contacto del agua?

¿Por qué se vuelve más clara su voz, más de cristal? ¿Qué sedimentos milenarios resucitan, llenándola de la alegría celestial del que nace consciente de su nacimiento?

El sol, generoso, finge rosarios de piedras preciosas en la humedad que resbala por su cara, dándola apariencia de cristal.

¡Picardías del agua!

¿Conoce nadie cosa alguna que llene de contento como ver una doncella jugando con el chorro de una fuente? ¡Con qué tolerante comprensión aviénese él a romper la melodía de su canto!

* * *

¿Cuándo más bella la mujer que frente al mar?

Muéstrase más vibrante su belleza. El mar es el origen de la vida, y al hundirse la moza en la arena es como si volviera al crisol para ser fundida de nuevo.

La seducción femenina hácese más densa y reflexiva.

Como en el mar rugen los temporales, en el corazón de Eva aúllan las pasiones. El amor, como el mar, es monótono y mudable a la vez.

¡Qué diversidad de tonalidades, qué magnificencia de abismos!

Quien no vió erguirse una virgen desnuda frente al mar, ignorará de por vida el valor ennoblecedor de la hermosura. La anatomía llénase de reverberaciones imprevistas, y si el milagro tiene lugar en una de esas playas pequeñas donde se van a bañar las aldeanas mientras una vigila en lo alto de las rocas, las olas parecen sonar a bronce; la espuma adquiere prestancia de sacrificio.

Sublime lección de mística sexual la que predica el desnudo femenino en el regazo de una playa. Mística llena del calor, enervante y aromado, de los hornos de pan.

* * *

No es el artificio pintarrajeado de una fiesta de casino, ni la bellaquería, alcoholizada, de las verbenas, ni las apreturas jadeantes de los espectáculos públicos, ni siquiera la complicidad desdeñosa del cine lo que hace audaces a las mujeres. Son los estanques diminutos, quietos, verdosos, sin peces, sobrados en légamo.

¡Estanques románticos de los jardines abandonados!

No es audacia de actividad la azuzada por los estanques, sino de sinceridad. Osadía para revelar su verdad sexual, la que a sí mismas suelen ocultarse.

Quizá evocan la idea de la muerte, y ésta las lleva a confiar el tesoro de sus ansias, que, como los estanques, contienen légamo en el fondo. El légamo augusto de la maternidad, misión excelsa a la que el Creador hace preceder de la borrachera del deseo.

Nunca os será dable sentir tan cerca la verdad femenina, complejo mosaico de hambre y continencia, de celosía y portal, de intención y temor.

¡Dulce encanto de los estanques olvidados, exquisitos confesonarios de amor!

* * *

El amor es, en sus entrañas, ritmo. Todo el arte de amar, arte de ritmo. Este ritmo rara vez alcanza su pleno desenvolvimiento. El hombre es en amor un tirano que pretende imponer su ritmo. Cuando lo consigue considérase amado.

Tiene por castigo tan antihumana actitud ignorar la verdadera dicha.

Cada vida, cada pensamiento, cada sentimiento posee su ritmo. Intenso placer descubrirlo y hacerlo palpitar

en la mujer amada, que rara vez se atreve a revelarlo. *Ritmo de la esperanza sexual.*

Como los hombres hacen del amor un deporte, un negocio o una vanidad, excepcionalmente una religión, desconocen que amar es comprender la avidez de la elegida y darla satisfacción ¡olvidándose de sí mismo!

Los arroyos, los benditos arroyos, saben un cantar tan viejo como el mundo, cantar de cuna que ayuda a que el ritmo del deseo de la mujer brote en toda su rica policromía, dócil, lealmente, con palabras de sinceridad; desacostumbradas por no dejar oírlas el vocerío tabernario de la rijosidad.

* * *

Nada incita al ensueño como la perspectiva de un lago.

En la fuente, el agua es malicia, porque al deslizarse por la piel excita sus nervios llenándola de cosquillas; en el mar es belleza, por ser profundidad, lejanía y majestad, origen de la vida; junto al estanque reducido, pequeño, no cabe soñar, por idéntica razón que si un pájaro intenta volar dentro de una habitación tropezará contra los muros, atontándose, recibiendo dolor donde esperaba libertad; el arroyo no deja con su canción tejer las lindas novelas imposibles del ensueño. El lago manso, amplio, permite e impulsa los acrobatismos de la imaginación, cuando las muy besadas manos se abandonan en la blandura diligente de las vuestras, mientras los ojos se cierran y la adorada cabecita busca el cojín protector de vuestro hombro.

Silencios inefables. Más inefables cuando se os responde con un "¡Estaba soñando!„ que parece venir del

fondo del lago. Palabras peregrinas de países ignotos capaces del hechizo de hacer que los labios de Eva busquen los vuestros con voracidad, templada en el convencimiento de que el amor, como nosotros, se halla condenado a morir desde que nació.

ARTE DEL PRÓLOGO

Desconsoladora verdad. El amor muere o se transforma. En gratitud, en ternura, en amistad, en hábito, en odio, ¡que más da! La alegría de un amor jamás durará tanto como la vida.

No dependiendo de nuestro albedrío evitarlo, preocupémonos de perfumar el recuerdo. Aceptemos la ley sin maldecirla. Doremos el pasado, perfumando el cadáver de nuestra ilusión. Si nos acompaña la fortuna, aquel corazón no volverá a latir para nosotros; pero no podrá olvidarnos.

Tengo por leal amigo a un viejo camarada que recuerda, como máximo dolor sentimental, no la infidelidad lasciva de la novia que creía pura, ni el sacrificio de su más ingenuo amor a ilógicas imposiciones paternas, ni siquiera el espectáculo de la amante enloquecedora encerrada en un ataúd blanco, sino haber encontrado una mujer que habiendo sido suya en los tiempos mozos ¡ya no se acordaba!

Cuando la boca de mi viejo camarada dice este dolor, los ojos se le ensombrecen. Como si hablara de un muerto.

No defienden del olvido ni los rizos, atados con cintas desteñidas; ni las flores secas momificadas entre las

páginas de un libro de versos; ni siquiera el pañuelo en que aún se conserva desleído, vago, el perfume preferido de su dueña; ni siquiera el retrato sobre que se lloró.

La defensa está en el modo de principiar la inmutable letanía.

El amador que no quiera ser desalojado de la memoria de la Deseada, tendrá que cuidar con esmero el prólogo.

Entre las contadas personas que tienen alto concepto de mi inteligencia, hay una que me admira porque acerté al profetizarle cómo cierto noviazgo romántico, según él, moriría sin dejar rastro. La razón de mi éxito estuvo en que no desdeñé haber principiado el idilio por un beso robado en la cocina, durante la ausencia, intencionada y protectora, de la criada, obesa y pícara.

Tal iniciación suponía grave pecado original. No pudo neutralizarlo ni el oro romántico de los cabellos de la muchacha, ni lo adorable de sus lindos piececitos, de cuento de hadas; ni siquiera el embeleso de sus manos blancas, lánguidas, lentas, cálidas.

El tono de los amores depende de su momento inicial.

La mayoría de las gentes no parece comprenderlo así.

Por ello ha de serme permitido dedicar un recuerdo a la hazaña pro buen amor que llevara a cabo, en los comienzos de 1901, un después afamado y discutido literato.

Cortejaba a una mozuela que tenía engastados en las violetas mustias de sus ojos, tonos aleonados, de perdición. Hija de una familia cursi—cursilería recamada

de burocratismo—la linda muñeca llegó al momento decisivo de otorgar. El futuro escritor dióse plena cuenta, y tuvo el magnífico gesto de decirla:

—Nuestro amor debiera comenzar hoy; pero el ambiente de vulgaridad que nos rodea—la escena tenía por telón de fondo una cachupinada—mancharía de modo imborrable su primer capítulo. La espero a usted mañana a las once en la Moncloa, en el estanque de los cipreses, para decirla yo cuánto la quiero y para que usted me diga cuánto me corresponde.

La mozuela que tenía engastados en violetas mustias tonos aleonados, de perdición, no acudió a la cita.

Buena prueba de la importancia decisiva del prólogo es la preferencia que los antiguos amantes lo conceden en sus evocaciones nostálgicas.

¿Cómo olvidar la tarde reidora de mayo, en que mientras los artífices del crepúsculo colgaban sus púrpuras en el cielo y del fondo de la calleja gris subían quebrados ecos de canciones infantiles, fueron atados dos corazones que todavía sangran, por voluntad de un destino fatal?

Al pisar el umbral de la vejez, convertida en rescoldo la hoguera, sobre la ternura de los haces de cartas, desteñidas y emborronadas por el calor del seno, de los retratos y los rizos, levantará su voz de cristal el recuerdo de aquella tarde luminosa.

De la mayoría de los amores sólo el prólogo sobrevive.

¡Son tan iguales los desenlaces, tan obligados, tan inexorables, tan insinceros, tan tardíos!

¿Cómo dimos los humanos en volver la espalda al instinto?

El comienzo lo es todo en amor. El comienzo decide de si hemos de sembrar o cosechar. Un principiar descuidado hace imposible toda progresión armónica. ¿Cuántas posibilidades de felicidad no quedan arrasadas por culpa de iniciaciones torpes o bruscas? ¿Cuántos hombres aptos para nobles pasiones y cuántas mujeres, dulces y sabrosas, sufrieron condena de desamor sólo por haber abierto equivocademente el libro?

¡Dolorosa sorpresa la de reconocer que la mujer que nos desencantó, en un momento de desmaña, merecía otra recompensa que nuestro hastío!

¡La tristeza de verse arrastrado por olas que nos lanzan contra arrecifes, donde no hemos de encontrar refugios como el que desdeñamos!

Afortunadamente, el golpear del agua y el bramido del viento no dejan que permanezcan encaramadas mucho tiempo tales nostalgias.

¡Sublime arte el del prólogo!

LA SUMA DIFICULTAD

Por no percibir con claridad muchas personas cómo el deseo es absolutamente independiente de la voluntad, constituye, infinidad de veces, enojosísimo problema terminar las relaciones amorosas.

Los culpables —aun cuando inconscientes— del desencanto suelen ser los que con mayor obstinación defienden la persistencia del lance.

Los literatos han hablado en tono lastimero del dolor de las lentas agonías de la pasión; pero constitúyelo mucho mayor la desilusión aguda ocurrida en las

primeras entrevistas. ¡Qué imprevista velocidad adquiere en algunos casos el tedio!

Si se logra disimular la ruina, y cabe esperar a que el tiempo cumpla su misión, aún resulta soportable la situación; ¿y en los casos en que la indiferencia adquiere aspectos de antipatía, de repugnancia?

La pesadumbre de los momentos en que sólo se tiene ojos para los defectos, y las más inocentes palabras escuecen como ortigas.

El inverosímil encadenamiento de prejuicios que ha llevado a considerar la función sexual como algo aparte de las del resto del organismo: digestiva, circulatoria, respiratoria... impide entenderse. La sinceridad amordazada.

La que se cree injustamente abandonada cotiza sentimentalmente su desconsuelo, pero no la amargura del desenamorado.

Parecía bella, parecía sensible, parecía interesante, parecía encarnar el tipo de belleza preferido; pero el deseo no surge, o, si brotó, extínguese en seguida.

La intimidad aminoró la belleza, la sensibilidad se mostró torpe y vacilante, su espíritu resultó menos interesante que una película americana, las formas y las líneas en pugna con el propio gusto. La carne convertida quedó en mármol.

¡Y su charla vulgar, anodina, zurcida de pequeñas comadrerías!

¿De quién será la culpa?

¿Del no satisfecho? ¿De quien no acertó a satisfacer?

¿Cuál de los dos tendrá más derecho a lamentarse? ¿Cómo justificar que se siga amando a la que rompió los espejos de la ilusión? ¿En nombre de qué puede

exigirse tamaño sacrificio? En uno solo: en nombre de los hijos.

Los hijos hállanse sobre todo. Representan la concreción de todos los deberes. ¿Y cuando no los hay? ¿Y cuando no hubo todavía lugar a ellos?

Háblase constantemente de la crueldad del que se va. ¿Y la de quien pretende retener encadenado al que se hastió?

Camarada Pedro, cordial, verborreico y audaz, ¿cómo no dedicarte unas líneas de este trozo pedregoso? A ti y aquella tu indignación trepidante con que al llanto monocorde de Carolina oponías la lógica. Creo oirte aún:

—¿Tengo yo la culpa de que no me gustes ya? ¡Qué más quisiera yo sino que me gustases! Dejando de desearte, perdí uno de los motivos líricos de mi vida.

Seguramente vive todavía en ti la escena en que Carola, convencida, se abrazó a ti, y juntos llorasteis el dolor de que ya no pudieses amarla.

La risa loca, cascabelera, de Isabel no te causó la menor impresión. Ni aun en el momento de subirse sobre el baúl, que contenía sus trajes de la farándula, para bendeciros burlescamente.

Te hubieras conmovido más de lo que estabas de darte cuenta de que tenía húmedos los ojos.

Cuando creyó verse próxima a la situación de su amiga, huyó sin despedirse.

¿La volviste a encontrar?

Yo la recuerdo mucho. Fué la deshonesta más virginal que he conocido. ¡Supongo que me entenderás!

Tan difícil resulta conducirse discretamente durante el desarrollo de estas escenas, que son preferibles las

otras en que el amor propio ruge y la ofensa tremola sus estandartes rojos.

¡Cómo tiembla horrorizada la ternura ante la precisión de decir la verdad! Dulcemente; pero al fin verdad.

Se resisten tanto los enamorados a confesársela, que prefieren a ella la ficción de un rival. Optan por creerse robados antes de reconocer que fueron ellos quienes dejaron escaparse río abajo las gemas del tesoro de la ilusión.

¿Te acuerdas, Pepillo, de aquella cocinera enorme, a la que tanto te costó convencer? Su romanticismo olía a Gruyère, sabía a mortadela; al suspirar desataba vendavales; por explicable contraste te sedujo la masa. Tus confidentes sabíamos lo sincero de tu entusiasmo. Lógico o ilógico; pero sincero.

Sin embargo, en el momento culminante, tu buen gusto no pudo resistir impávido el espectáculo de las cataratas de grasa de sus senos y rompiste a reír, para no cesar hasta encontrarte en la calle.

El asombro de lo inesperado trocó en tigre al cordero. ¡Cómo te persiguió! Llegaste a soñar con el vitriolo. Sin embargo, toda la razón estaba de tu parte cuando preguntabas:

—¿No se miran al espejo las ballenas?

Menos en el insulto. Tú no tenías la culpa; pero tampoco ella de ser obesa y fofa.

La pobre careció de valor para, mirándose, hallar la explicación del desaire.

¡Y es que la mentira del amor hace imposible la sinceridad tan lealmente cultivada por el instinto!

TÉCNICA

El tedio es el enemigo más peligroso del amor. ¿Cómo combatirle? Cuando este tema se plantea, el cómodo lugar común dice:

—¡Renovándose!

¿Hasta qué punto es esto realizable?

¡Puede tanto el elemento constitucional! ¡Muéstrase tan poco eficaz la educación! Curiosa paradoja. Los mismos señores que se reirían alborozadamente oyendo el proyecto de cambiar, por influencias de la voluntad, la forma de la mano, creen posible, razonable, trocar al iracundo en dulce, al impulsivo en cauteloso.

¡Suele saberse tan poco de amor!

El verdadero amor afianza la personalidad. Automáticamente se despoja de lo adventicio y superficial. Torna serio y reflexivo al pensamiento. Hácelo mesurado, la mesura de los fieles de las grandes catedrales sombrías, llenas de silencio y aromas de incienso.

¿Entonces?

Intención difícil de realizar ésta de abrir nuevas sendas. Amar es afianzarse. Amor es síntesis. Quien ama embellece concretando, esquematizando.

Asomémonos a la realidad.

El deseo no es sino substancia de curiosidad. El error antisexual de las muchachitas de ahora exhibiéndose incompletamente vestidas. Cuanto más relieve den a su anatomía, menos amadas serán. En la casi totalidad de los casos, el amor, antes que anhelo de poseer, es ansia de descubrir.

Las mujeres hábiles odian la luz, y sus locuras mayores destrénzalas en la obscuridad.

Mujer u hombre conocidos en toda su intimidad, mujer u hombre perdidos para el amor. Existe amor mientras vive el deseo, y alienta el deseo mientras punza la curiosidad.

¿No es cierto, Felisa, la de la dentadura resplandeciente, los ojos semíticos y las caderas gitanas, que aún no cesaste de lamentar el minuto, de claudicación y error, en que accediste a la ñoña caricia que mantuvo en ascuas, desasosegado, tras ella, como loco, a aquel gallardo notario que desearas para esposo?

No desconozco que una de tus mejores y más leales amigas te aconsejó pusieses término a la resistencia, no fuese a cansarse de tu tesón el buenísimo muchacho. ¡Ya viste el resultado! Cediste y te dejaron. Debiste sospechar de la perspicacia de una chica que besaba con los labios apretados, contraídos.

Un poco más de aguante, y a estas horas eras esposa del notario. Un marido ciego por ti si hubieras acertado a inventar otras golosinas que negarle.

Torpemente hiciste tu desgracia, ya que de verdad le adorabas; torpemente hiciste la suya. Por él mismo sé que no ha vuelto a querer. Le asustó tu condescendencia prenupcial.

¡Cara pagaste la equivocación! Pero era tan justo el castigo, que, como no habrás olvidado, nunca intenté consolarte; ni aun aquella noche de llanto, en que tan tercamente te atraía la idea de buscar consuelo en el sudario salobre y rumoroso del mar!

Supongo que los años—pasan ya de quince—habrán aliviado tu pesar. Ahora tienes el deber de aleccionar a las jóvenes que te rodeen. Harás un bien que nunca será bastante agradecido.

¡Renovarse! ¡Normas proteiformes! ¡Ser espejo! ¡Cambiar según los tiempos cambian!

Palabras de bisutería, sin valor real, sin trascendencia. ¡Cohetes!

Lo otro resulta más viable. Reservar siempre un rincón, no a la manera de los que sólo se sabe que tienen corazón cuando suben escaleras, sino leal, deliberadamente, para salvaguardia del tesoro de los deseos de la persona amada.

En amor, como en ciencia, vale más el entusiasmo del recorrido que llegar a la cumbre. Sabe mejor perseguir la verdad que encontrarla.

En amor, conocerlo todo significa dejar de amar. No desoigamos a la experiencia, que grita, desalentada, esta máxima: "¡No te entregues jamás totalmente; que en ti haya siempre un vedado!„ La calidad del contenido es indiferente. Lo importante, la pugna por descubrirlo. Sin ella, hombre, tu amor será como todos los amores. Sin ella, mujer, tu boca sabrá como todas las bocas.

No debe llevar a esta actitud el egoísmo, sí la pretensión de alejar de los que se ama el ave negra del hastío. Sólo hay una posibilidad de amor vigoroso: el amor que ignora y pretende saber; el que ve aún lejano el milagro de su plenitud.

Esto grita la experiencia; pero ¡tan tardíamente! ¡Cuando ya el recuerdo tiembla pensativo entre cristales!

¡Pobre alma desolada que, en el momento de regresar, conoces toda la magnífica policromía de los bienes que desdeñaste, porque nadie se preocupó de predicarte cómo aparentar que la entrega no es total, que

siempre queda algo por descubrir, es la base de que el deseo sobreviva!

¡Fué a destiempo la lección!

EL DULCE DEBER

Amar es dar, no pedir. Ofrendar, no perseguir. Sacrificio, no tiranía.

Escasean los que así lo entienden. Los inclinados a la pedantería hablarán, al oírlo, de masoquismo.

No es, sin embargo, exacta la asimilación. El masoquista goza sufriendo; el enamorado sufre sin gozar, siente el dolor de su abnegación, de su renunciamiento. Es su sino entre el dolor de a quien quiere y el suyo propio optar por éste, y cumpliendo su destino se destroza el corazón.

Sólo el verdaderamente enamorado tiene derecho a perdonar, aun cuando por uno de tantos contrasentidos como en el amor se dan, los que a sí mismo se llaman enamorados son los que menos perdonan.

El perdón en boca de quien no ama es una cobardía; en la del que adora, un heroísmo.

Como pocas mujeres lo sabes tú, cristiana de los labios fruncidos y los ojos fosforescentes. Tú, que hubieras preferido verte abandonada a perdonada. Todavía sientes el dolor de saber cómo El aún no olvidó, y cómo, sin embargo, después del perdón, ni un reproche volviste a oírle.

Te perdonó y tendrá que volver a hacerlo. Duélete su nobleza como un insulto, y ello te llevará a traicio-

narlo. Antes fué por lascivia; ahora será por venganza.

Se sobrepuso a ti, y tu orgullo no soporta la mansa lección.

¡Le engañarás otra vez!

Me juraste que no. Al afirmarte que sí, te enfadaste conmigo —¡con tu único amigo!—. Hasta asomaron a tus ojos unas lágrimas.

—¡Traicionar a un moro que perdona! ¡A un hombre capaz de enamorarse de una infiel y perdonarla!

El silencio de tu azotea frente a la Alcazaba, blanca, de cal, hecha plata por hechizo del astro muerto, proporcionaba a la escena un ambiente de solemne romanticismo que parecía ahuyentar toda posibilidad de mentira.

A pesar de lo jurado, le venderás. No puedes tolerar su grandeza.

Pero tu venganza será apariencia de venganza. También de él recibí confidencias, bajo la higuera espléndida de su huerto, frente a Gorgues, y puedo anunciarte que si descubre en ti nuevo engaño no te lo dirá. Mirará fijamente tus brazos, tu garganta. Ni una sola nube en su mirada; pero al separarse de ti será para matarse. Para él, su vida vale menos que un adarme de tu tristeza.

¡Te quiere tanto!

Tan enamorado, que después de oírle ponderarte, su calleja, silenciosa y angosta, reanudó en mí el aromado recuerdo de los jardines de Bussaco.

No fuiste sincera al intentar justificarte.

¿Que sus besos eran demasiado secos, que te causaban dolor de quemadura? No, no fué eso. Fué que había cesado de inspirarte curiosidad.

Es muy difícil encontrar grata una copa de champagne a continuación de un vaso de cerveza.

La inquietud por la alegría, por el contento de lo que se ama, exige ser dueño de sí, muy dueño. Tú nunca perdiste la cabeza. ¡Y, sin embargo...!

Olvidaste que amor es equilibrio.

La inquietud por la dicha ajena es la piedra de toque del amor.

Ninguno de los pretendidos signos de la pasión prueban nada. Los celos son, casi siempre, amor propio; vanidad, rivalidad, temor a comentarios ajenos. La tristeza al terminar, dolor ante el fin de un hábito de trato. Hay hombres acostumbrados a visitar con hora fija a una mujer, que a esta costumbre llaman amor. Los obsequios repetidos, más que amor, vicio de gastar. Vicio hipócrita que infinidad de veces se disfraza de caridad. Las limosnas guiadas antes por afán de alarde que por ternura de compasión.

Todos los matices amorosos admiten interpretaciones escépticas; todos, menos esta inquietud noble de preocuparse de las sensaciones de la amada.

Quien no ha sentido miedo, miedo encaramado a la garganta, corriendo atropelladamente sobre la tabla del pecho, al ver ocultarse la mirada de Eva bajo la azucena amorenada de sus párpados, no amó.

¡Cómo se sufre pensando si se hirió su almita con el golpe ciego de alguna palabra inconscientemente inoportuna!

En el que bien ama, es la alegría de Ella la última finalidad!

¡Y qué trabajo cuesta estar alegre cuando se quiere de veras!

Opónese al contento la inseguridad de tenerla totalmente.

¡Torpes humanos! Tan cerca como tienen los campos amables del Instinto, donde todo es automático, liso, diáfano.

Amar es someter a la felicidad ajena la propia.

¿Puede concebirse nada menos atinado?

¿Cómo podrán hablar de amor los hombres crueles que esposan a mujeres que no pueden ocultarles su antipatía?

Linda mozuela: si no frecuentaras mi trato con tanta asiduidad, contaría aquí tu historia ejemplar. Historia de una doncella convertida en esposa porque lo quiso el caudal del marido y lo consintió la avaricia de los padres.

Vió tus lágrimas de resignación, y viéndolas se casó.

Como podría argumentar que estaba tan loco, tan loco por ti, que, a pesar de ello se casaba.

¡Tú y yo sabemos que eso no es amor!

BÁLSAMO

¿Dónde buscar consuelo a la amargura de una derrota amorosa?

Los amigos del prejuicio aconsejan el alcohol; los teóricos, viajar; los sutiles ensalzan como antídoto del dolor el juego; los vanidosos recomiendan la ambición política; los místicos, el silencio trapense; los soñadores, la investigación científica.

¡Pero! El alcohol embrutece, el viajar anula, el juego

requiere espíritu de jugador, la política exige mentalidad mediocre, las cartujas sentido religioso de la vida, y la investigación no puede llevarse a cabo sin el concurso de una serenidad incompatible con el dolor.

El daño causado por una mujer sólo otra mujer puede curarlo; mas para ello necesítase feliz y extraña coincidencia de motivos de ornamentación y tracería.

¿Igual a la que no se supo retener?

¿Opuesta a ella?

¿Cómo será aquélla a quien confiemos la misión de cicatrizar las heridas?

La semejante irrita.

Si se logra despertar el deseo, urdimbre del amor, en ésta de ahora tan igual, ¿por qué no se alcanzó en la otra?

Planteada la cuestión, los hombres tienen dos modos principales de enfocarla: en optimista, en pesimista.

Los optimistas se satisfacen prontamente. ¿No son iguales el color de sus ojos, la voluptuosidad de su talle, las proporciones de su cuerpo?

¿Entonces? ¡Qué mas da!

Los pesimistas son más difíciles de conformar. Siendo tan semejantes, ¿por qué no aquélla? Y la sensación de fatal, de autónomo, de involuntario, que domina en cuanto con el amor guarda relación, elévase inmutable, hierática, severa.

Torbellinos de humildad, de sensación de inferioridad, arrasan el pensamiento.

La callada tragedia de los que, desdeñados por la hermana menor, se casan con la mayor.

Afortunadamente, los optimistas abundan.

Venturosamente ciegos para la luminosidad sensual, que sólo algunas carnes son capaces de radiar.

Esa sensación de lejanía, de inmaterialidad que sólo sus hombros pueden dar. Como la comba de un mar de nácar sobre el cual resbalase la luz de la tarde, tan trémula que pareciera llanto.

El tipo de mujer opuesto a la que se fué es el preferido por los hombres joviales, que con su pesar tejen guirnaldas.

—¿Me despreció una morena? ¡Pues una rubia!

Hombres que nunca lloraron con los pies de una virgencita entre las manos.

En los cavilosos el contraste no hace sino reforzar su padecer. La caricia de unos cabellos dorados evoca la memoria punzante de unos negros.

¡Nunca están tranquilos!

No saborean el placer. Sobre su canción monocorde remóntanse gritos estridentes de aguda desconfianza.

¡Asusta volver a amar!

Quizá se esté más cerca del acierto escogiendo una mujer de mirar bovino, carnes linfáticas y cerebro inculto, con unos años de esplendor rubenesco y una vida de pensamientos vulgares.

Como aceite. Identidad, sencillez, monotonía. Amores de reposo.

No todos obtienen tales efectos. Hay enamorados que sólo pueden confiar en la acción del tiempo.

Son rumiadores de pesar.

Una absurda educación, antinatural y antihumana, les acostumbró a colocar sobre el amor intrínseco su objeto.

Estos hombres sombríos, vacilantes, no atienden a ninguna razón. Roen terca, incansablemente, su pesar. Hipocondríacos del querer. Conocen, como ningún otro desdeñado, su tormento, y como ningún otro compórtanse desacertadamente para librarse de él.

¿Por dónde andas, querido Julio?

¿Sigues enloquecido aún por aquella mujer de cabellos cimarrones y labios púrpura, en cuyo amor no creías porque ella parecía empeñarse en ocultar su pasión?

¡Pobre Julio! ¡Qué amarga tu vida! Nunca feliz, siempre receloso. ¡Como fiera enferma perseguida! Cada historia de desamor como un estilete que te penetrase en el pecho.

Con qué angustia te preguntabas:

—¿Y por qué no ha de ocurrirme a mí lo mismo?

¿A que no se borró aún en ti la huella de la impresión que te causara el relato de que mientras nuestra traviesa amiga Pilar hablaba con su prometido por el balcón, asomando la linda cabecita entre las persianas, alguien, amigo de los dos, sobre todo mío, tumbado en el suelo del gabinete, acariciaba sus maravillosas pantorrillas, sembrándolas de cosquillas que la hacían reír con una risa restalladora que al novio supo a mieles—¡cómo lo comentaba!—creyéndola fruto de su ingenio y cómo sobre ella revoloteaba también el elogio de su apostura—¡qué lindas corbatas gastaba aquel muchacho!—.

—¡Me haces daño contándomelo!

Decías. Tuve que estar sin verte un mes. ¿Cómo iba a consolarte otra mujer?

Los males del amor sólo tienen un remedio: esperar

con el gesto de paciencia del transeunte que, al abrigo del portal, espera a que pase el chubasco hablando con una buena moza.

ARTE

El modo de hablar con la Deseada es técnica que los enamorados confían a la casualidad. ¡A lo que salga!

Incomprensible descuido. Incomprensible y censurable, ya que no existe nada de esotérico en el arte de decir palabras gratas y estimuladoras a la mujer que se ama.

Ninguna fórmula tan sencilla. ¡Debe hablarse de amor!

¿En qué proporción aciertan los enamorados?

Seamos justos. ¡En muy escasa!

¿Me perdonaste ya, querido Guillermo, la indignación, acaso vocinglera en exceso, con que conté a los compañeros cómo una mañana de Mayo, en la cual el azar me colocó junto a ti, me enteré de cómo ibas explicando a tu novia, ¡buena moza!, los huesos del carpo.

¡Si al menos el tema hubiera sido pretexto para retener su manita gordezuela, suculenta!

Pero, ¡horror!, describías sobre tu propia anatomía.

Sigues soltero. ¡Hiciste bien! ¡Qué lástima de muchacha! Al sonreír formábansela en las mejillas dos hoyitos encantadores.

¡Quizá tú, en vez de proponerla llenárselos de besos, la contaste las inserciones del masétero! ¡Hay tanta variedad de gustos!

Con toda su inoportunidad, preferible era tu aspiración docente a una de esas charlas, aburridas como un cantador de tangos argentinos, en que el galán refiere los detalles todos de la cena que se le indigestó.

A la Deseada sólo de deseos debe hablársela. Han de mantenerse las calderas del entusiasmo a presión. El desamor, el desengaño, el hastío acechan; conviene aprovechar los segundos.

¡Avidez! He aquí el lema.

Embriaguez sostenida por cartas, por caricias, por evocaciones.

¡Como corceles desbocados los afanes!

¡Se va! Llegar importa menos que ir.

Puerto siempre el mismo.

¿Y cuando la deseada no es aún novia, ni amante, ni esposa?

Entonces la charla no tiene complejidad alguna. Existen varios motivos clásicos de los que no es posible prescindir:

a) Elogiar la belleza de la mujer con quien se dialoga dedicando suaves ironías, de fácil comprensión, a la ridícula inferioridad—real o supuesta—de las amigas predilectas.

Ninguna torpeza como alabar los encantos de otra mujer.

Con esta fácil pauta es sencillísimo conquistar consideración de simpático.

b) Aludir discreta, nostálgicamente, a los encantos del hogar. En toda mujer, aun la más casquivana, alientan ambiciones de vida serena y feliz, con una casa, un marido y unos hijos por cimientos.

Bien sabes, Rosario, que me hizo amigo tuyo oírte

llorar viendo imposible cambiar tu lujo de hetaira bien sostenida, por una casita sencilla y limpia, como la que tus padres habitaban en la calle de Monteleón.

Fuí buen amigo tuyo, a pesar de tener seguridad de que, una vez en aquel pisito sin baño ni criados, hubieras llorado por la comodidad perdida; pero, ¡qué demonio!, el removido sedimento de honestidad que tu asco al lujo traducía, bien valía la recompensa de una amistad sexualmente desinteresada. Eres ya una ruina, fofa, grasosa, dispépsica, menopáusica, y no ignoras que cada día te aprecio más.

¡A pesar de tener auto!

c) Va muy bien un espolvoreo de entonada desesperación. Pintarse víctima de una pasión. En pacífico, sin bravatas ni promesas de represalias. Conviene no asustar. Un poco de habilidad y al adjetivo simpático se engarza el de interesante.

Aun cuando exige tacto singular, proporciona excelentes resultados hacer pasar por la conversación, borroso, impreciso, el recuerdo de una mujer fatal. El riesgo de cursilería compénsase con la ventaja sentimental obtenida.

¿Hubiera sido nunca Juanita esposa de Jesús de no haberse encargado de devolverle las cartas de Luz, que tan escandalosamente se burlara de él?

d) Delicado, pero superior a los otros derroteros, es dejar traslucir, con alusiones tenues, que se conocen atrevimientos que, sin manchar totalmente de lodo, permiten pisar los pórticos de la perversión.

En síntesis, todo el secreto del buen conversar con una mujer reside, además del recurso, no por plebeyo

desdeñable, de hablarla mal de sus amigas, en llamar con los nudillos a tres puertas:

Sentimiento maternal.
Amor propio.
Curiosidad.

Envuelto todo en flores de buen gusto.

Porque, inolvidable Guillermo, tu genialidad de explicar a una adolescente, tan bella y admirablemente constituída como tu novia, los huesos del carpo, en seco, sin buscar el contacto de sus lindos dedos, fué tan indiscreto y abominable que hace inexplicable el rasgo de sensatez de permanecer soltero.

¿O te lo impusieron ellas?

¡Porque, caramba...!

EL GRAN MÉRITO

Muchos hombres y muchas mujeres, en mayor número aquéllos, encuentran insípido el amor no divulgado. Equivocado gusto, que les hace esquivar los cariños más sabrosos, más punzantes, más exquisitos. ¡Como cocineros que guisasen sin sal!

Hay dos maneras de amar: subjetiva y objetiva; para deleite del espíritu, para goce de la vanidad. Como culto íntimo de ermita, y como espectáculo de iglesia lujosa, de gran capital. Modos de satisfacer a dos tipos distintos de vida: interior y exterior.

Amor de balcón, amor de celosía. Amor callejero, amor de huerto pequeño y escondido. Ruido y fragancia.

No tiene otra ventaja escaparatizar el amor que sen-

tir los regodeos del orgullo sexual. Por intenso que sea este goce, ¿compensará la tristeza de no hallar refugio tibio cuando todo se nos muestra hostil, cielos y caminos?

¡No aciertan los voceadores de la propia ventura!

Cierto que el amor supone gesto de rebeldía; pero igualmente exacto que no ha de confundirse al héroe con el suicida.

Todavía acude fiel a la cita el recuerdo, ¡y ya pasaron años!

Razones de conveniencia familiar, con incrustaciones de sorda autoridad—¡nadie supo aún si es más cruel la autoridad sorda o la ciega!—, colocaron a aquella mujercita pálida y fina, nacarada y dulce, soñadora y triste, entre los brazos velludos de un burgués adinerado, cincuentón y áspero, cano y calvo, práctico y orgulloso de serlo.

Eugenio asistió a la ceremonia como lo que era, como un buen amigo de la casa. Sólo yo sabía que la linda muñeca, sin haberle ofrendado la preciada flor, le había consentido llegar a las lindes de lo irreparable.

Durante la ceremonia, ni un gesto, ni una crispadura.

Eugenio, erguido, indiferente junto a su esposa, parecía tener lejos el pensamiento. Fingiendo bromear, cogí su sombrero.

La huella honda de los dedos en el fieltro me confió el secreto del padecer de quien asistía a la boda, como lo que era, como un buen amigo de la casa.

Al despedirse la desposada estrechó su mano brevemente.

—¡Jamás olvidaré lo que hizo usted por mí en esta vida!

Y volviéndose al que ya era su marido, apostilló:

—¡Como de la familia!

Pocas veces he envidiado a un hombre como en aquel momento a Eugenio. ¡Vivía tan exquisita emoción en la voz, en el ademán, de la desposada! Valió por todos los halagos públicos, por todos los elogios masculinos, por todas las admiraciones femeninas, por todos los comentarios de los viejos.

Pasaron muchos años, muchos, y aún conservo memoria de aquella mirada, clara y fiel.

¡Cómo agradecen las mujeres el silencio!

¡Predigo tu indignación, Clarita!; pero no puedo callar.

¡Paradojas! Al llegar a la capital donde habitas, no quise visitarte; me dijeron que al andar tienen tus caderas oscilaciones de barcaza, que pasas días enteros en casa, dentro de una bata escocesa chillona como perro chiquitín, que usas pantuflas de orillo, que tomas bicarbonato, que te interesan los chismes de vecindad. Aun cuando de tren a tren tenía tiempo, rehuí derrumbar el ídolo.

¡Qué bien estuviste en aquella ocasión!

Dios, concediéndote tu actual vida de calma, sin necesidades ni sobresaltos, te recompensó sabiamente.

El chico no era malo totalmente, ni enteramente feo; ¡desde luego que las narices!; ni absolutamente tonto, jugaba bien a la lotería, ¿te acuerdas?; ni completamente pobre, ¡unos cuartejos!; pero ya has visto que no tuviste por qué repicar en las campanas del arrepentimiento.

¿Olvidaste que al referírmelo te besé la mano? ¿Y el homenaje de los amigos? ¡Cómo recitó Pedro los versos de Mallarmé! ¿Y el ruidoso desfile con sábanas, escobas y trompetas infantiles? ¿Sigues tan golosa? Seis pesetas nos gastamos en bombones y otras tantas en flores. ¡Cómo te reíste! ¿Y tus padres?

Ninguno te habíamos hecho el amor, ni te lo hicimos después. ¡Pleitesía desinteresada!

¡Fué magnífica tu decisión!

Permíteme que evoque cómo oyendo al fatuo de tu prometido hablar, en tono reticente, buscando halagarte, de la honestidad de la novia que tuvo antes que tú, levantándote airada le escupiste:

—¡Un hombre que habla así de otra muchacha no puede ser nada mío! ¡Le sobra ser pretencioso, le falta ser caballero! ¡Aun cuando fuese verdad, no debió contármelo!

¡Bien dicho!

Otra le hubiera estimulado a que siguiera descubriendo intimidades.

Ten seguridad, Clarita, de que aún te recordamos. Tanto, tanto, que más de una vez, en medio de esas tempestades que casi periódicamente sacuden los cimientos de mi psicología, tuve tentación de buscarte para que fueras mi confidente, mi confesor; pero me dijeron que tus caderas tienen oscilaciones de barcaza y...

¡Estuviste magnífica!

SEMENTERA

Toda la ciencia de lograr ser amado redúcese a esta fórmula:

SEMBRAR DESEOS

Hombres y mujeres serán amados mientras despierten deseos.

Nada tan terrible, tan demoledor, tan arrasador como la fatal pregunta, en cuyo seno las campanas de la razón suenan a muerto:

—¿Y esto es todo?

¡Cómo consume el recuerdo de las ilusiones femeninas, alas rotas y ojos ciegos, por haber querido remontarse donde no es posible llegar!

Sólo resulta lícito sembrar deseos viables. Quien no siembra deseos viables no tendrá derecho a demandar amor.

¡El amargo desencanto de los corazones peregrinos! La tristeza infinita con que castas desposadas se preguntan asustadas, contemplando sus ojeras de lirio en el espejo:

—¿*Y era esto*?

¡Cuántas pecadoras pensaron que el pecado no vale lo que cuesta, una vez mordido el fruto prohibido!

No. ¡No es eso todo! ¡Hay mucho más! ¡Las rutas del deseo son inacabables!

Quien ama, debe mantener encendidas, constantemente, las lámparas de la curiosidad.

Para vosotras, la legión de las desencantadas, fué compuesta por mí esta

LETANÍA:

¡Mujeres envenenadas de tedio!: pedid que a las hermanas de sexo a quien queráis mejor concédalas Dios estos bienes:

Que nunca tengan que preguntar: ¿Y después?

Que nunca se extinga en ellas el afán de descubrir, y en sus amados, el de mostrar.

Que nunca vivan sin la inquietud de un misterio sexual.

Que nunca carezcan de una tentación que las queme el pensamiento.

Que nunca lleguen al convencimiento de que lo saben todo.

Que nunca se enamoren de hombres torpes que regalen joyas.

Que siempre pongan su querer en hombres sabios que obsequian con deseos.

Porque si estos dones las fuesen concedidos, conocerán la dicha vértice, de hacer minutos los días, días los años.

. . . . . .

¿Cuántas veces no encontrasteis inexplicables los éxitos amorosos de hombres mediocres y mujeres feas? Vuestra extrañeza era consecuencia de vuestra incomprensión. Tratábase de buhoneros del deseo.

¡Cómo me emocionó tu gesto, linda Felisa? ¡Cómo admiro tu serenidad presente! Besaría tus párpados como una reliquia.

Le querías, le creíste, fuiste suya, te diste entera, anhelando conocer el enigma núcleo de la vida. ¡Cómo debió palpitarte el corazón!

Enorme, sin duda, la desilusión cuando al día siguiente rompiste, radicalmente, aquellas relaciones. No has tenido otras.

Aun cuando no me hubieras hecho la merced de tus confidencias, conocería los cimientos de tu argumentación.

¡El amor no vale la pena!

No has vuelto a sonreír a ningún hombre. Lo sé. Pero también que estás equivocada. Socialmente, no.

Las amistades, ante tu austeridad, te perdonaron pronto el escándalo. Sin embargo, es otra la urdimbre de nuestra amistad. Ninguno de los dos creemos en tu acierto. ¡Adopta tantas formas la dignidad sexual! ¿Cuántas veces me lo has oído?

Siento pena por comprobar estéril tu bondad, tu inteligencia y tu belleza.

Nacida para templo, te convertiste en prisión del instinto, que no es sino el diablo de los católicos. Teniendo seguridad de que has de leerme, puedo escribir como si te hablara en una de nuestras viejas—¿y verdad que no olvidadas?—charlas fraternales.

¿Vas comprendiendo el punto de vista de la religión? ¿Y el fondo de irreligiosidad del alma española? Supongo que no confundirás la religión con el hábito del rito.

Todo el problema del amor es problema de deseos. Siempre estará más cerca del cariño de una mujer quien la haga preguntar:

—¿Qué es eso? ¿A qué sabe?

Que quien la haga decir:

—¡Qué precioso! ¡Es lo que se lleva!

Lo fastidioso y enojador asienta en el momento final. ¡Tan aburridamente idéntico!

Si resulta hábil sembrar deseos, y caritativo no dejarlos agotarse, lo humano consiste en no imponerlos.

Cosas distintas son castidad y fidelidad. También amar y exigir amor.

Toda la moral del amor puede encerrarse en esta máxima:

"Satisfacer deseos, olvidándose de los propios.„

Magnífica esplendidez la de regalarlos. ¡Y qué difícil! No se logra con artes de coquetería, ni con osadías procaces, ni siquiera mostrando encantos. Afortunadamente, no significan ni valen lo mismo: serenidad e indiferencia, deseo y apetito.

Desear es algo inefable, delicado, imprevisto, caprichoso. A veces, una línea escondiéndose bajo un pliegue. En ocasiones, un mohín de cansancio. De pronto, una impresión de pureza, un halo de virginidad, el *glu-glu* de una bebida descendiendo bajo el alabastro de la garganta, la emboscada de un empeño de justificación.

¡El deseo siempre nace turbación!

¡Oh sublime estética del deseo!

ALIÑOS

Dos grandes amigos, asiduos y leales, tiene el amor: obscuridad y silencio.

Sólo merced a su colaboración puede conocerse el deleite de los pequeños ruidos, selecto cortejo de la pasión: el palpitar del corazón amado, los suspiros segados en flor, el suave y dulce crujir de la piel estremecida.

La obscuridad posee el endiablado secreto de desatar

las lenguas, reforzando la sinceridad y limpiando de prejuicios la expresión. La obscuridad dota de viva elocuencia a las caricias.

Ábrense a su conjuro los capullos de las más inesperadas tentaciones.

Cada vez es menos recio el amor, porque su cuna téjese con hilos de luz y estruendo. El odioso *jazz-band*. Se aturden las gentes por miedo al silencio, que las enseñaría la pobreza de su vida. La obscuridad y el silencio requieren espíritus poderosos, y cuando los descubren recompénsalos generosa, largamente. Largueza de Dios.

Buena colaboradora del que ama y sabe amar, cosas no siempre equivalentes, es la pausa. La pausa constituye la posibilidad de no naufragar. Serena, rehace, equilibra, embellece, aplaca, recama, purifica, patina, dignifica.

Serenidad de otoño, recuperación de energías, equilibrio de alma que mide el camino recorrido para propio estímulo, embellecimiento de poesía recitada sobre las notas de un piano en vieja ciudad de piedra, aplacamiento suave como amonestación maternal, recamado de orfebre cantarín y aturdido, purificación por penitencia de espera, pátina romántica de muros compostelanos, dignidad de servidor de la especie que arregla su peluca y estira sus medias.

En las exaltaciones del amor suele esconderse la tentación de chillar la victoria. Entonces, cuando el pensamiento acobardado se hizo esclavo, la pausa es reposo, bálsamo, antídoto, fuente en camino polvoriento, rayo de sol sobre cama de hospital, canción en la noche, hoguera en la majada.

Exquisito alivio, cuando se piensa haberse perdido en el fango, el de oír la bendición:

—¿En qué piensas? ¿Por qué no me miras?

La llama quema perfumes.

¡Pausas divinas!

La literatura ha pretendido en estos últimos tiempos crear la leyenda del auto como rodrigón del amor. Nada tan infundado. Existe absoluta incompatibilidad psicológica. El auto odia las pausas, persigue el placer de conducir. En amor, la pausa es esencial; dejarse conducir, la clave. Saber amar es mostrar acatamiento frente a las decisiones del *Instinto*.

¡Qué grato consuelo! No estando el timón en nuestras manos, ¿quién podrá exigirnos responsabilidad? En el querer, los *dichosos* son los soldados. Aspirar a general, es unir el dolor del fracaso a la amargura del ideal desproporcionado.

El único deber del enamorado está en obedecer al amor.

De ti aprendí, Anita gorjeadora, este pensamiento. ¡De ti, hada de las pausas!

Tuviste razón! No hacía falta que para convencerme te alzases sobre la punta de los piñones de tus pies, ni que encendieses las lámparas persas de tus ojos; pero te agradecí mucho el *delicioso refuerzo plástico* de la argumentación oral.

Entonces callé absolutamente convencido. Hoy te hubiera hecho un leve *reparo*.

¡Verás!

La pasividad no ha de ser tan ciega como tú pretendías; es *preciso* que conserve agudeza suficiente para no perder, ni un instante, la vista de la finalidad.

Por ello, los auténticos enamorados, en las pausas hablan del hijo. A ti estos temas no te agradaban totalmente. Sin embargo, no hay sobre la tierra gloria superior a oír:

—¡Un hijo de los dos! ¡Cómo querría a un hijo de *los dos!*

Las manos se entrelazan temblorosas de emoción como ante un altar.

Las pausas por las que cruzan estas palabras como custodias. La voluptuosidad no es sino una ruidosa canción de camino. En el corazón de la más desvergonzada ramera duerme una esperanza de maternidad, una ilusión de hogar.

Sólo acusa sensatez el orgullo de alzarse frente al Instinto cuando nos guía el propósito de saldar la cuenta milenaria.

¿Me concediste el don del supremo placer a cambio de la obligación de perpetuar la vida? Pues si gusté el placer y *transmití* la vida, quedé en paz contigo. Ni me debes ni te debo.

¡Lo que la razón de la existencia exigía, cumplido fué!

Los inventores del amor cometieron el delito de olvidar la poesía, el contento que de la obediencia sexual procede. Prefieren hablar, engoladamente, de la ficción de su albedrío, a sentirse incorporados a la voluntad del mundo.

¡Con qué claridad se perciben estas verdades durante las pausas!

De cuantos ilusos creen posible encadenar al Instinto, los más dignos de estima son los buenos amigos del amor, que convirtiéndolo en pecado, lo embellecieron

modelando la tentación. También se les debe la aportación de hábitos inestimables de obscuridad y silencio.

Los divertidos son los platónicos. ¡Amores platónicos! Por qué no decir: ¡amores privados biológicamente de viabilidad! ¡Es que todos los amantes platónicos no sueñan con el matrimonio!

El enamorado platónico es un enfermo de estómago que asegura detestar lo que no puede comer.

La obscuridad, el silencio y las pausas; he aquí tres buenos amigos que, además de embellecer el culto, dan buenas lecciones a los fieles.

MODOS

¡En la intimidad no hay mujeres sosas!

No hay sino mujeres que sienten y mujeres que no sienten la pasión. La sosería tiene, siempre, valor de acusación de incapacidad para el hombre.

La sosa para un amante puede resultar peligrosamente dotada de iniciativas para otro. Téngase en cuenta que en la mayoría de los casos, cuanto más se acentúa el tono legal, menos elige la mujer. Se conforma, acepta; pero su preferencia verdadera la oculta y disimula.

La cortesana encarna un almacén de estereotipias. Aplica mecánicamente adjetivos y caricias. Sólo hombres faltos de contenido romántico, de paladar estragado pueden contentarse con tal bazofia.

Amor de cuarto de hotel. Sin fisonomía. Frío, automático, sin ideología, con prisa.

Pasa por la memoria tu recuerdo, aldeana recia, envuelta en olores de heno fresco; destacando sobre un fondo de neblina, pisando prados esmeralda encuadrados por picachos azules, interrumpidos por la sombra de pinares quedos. Pasa tu silueta elástica, con los pies recios y albos, los senos audaces, los cabellos negros y un azul desleído, de balada, en los ojos abrumados de ensueño.

Y es como una llaga que volviera a abrirse la evocación del ansia perversa con que sorbiste los rubíes sangrientos que tus dientes de loba habían engastado en mi antebrazo.

¿Quién pudo enseñarte aquel ritmo perfecto, si nunca habías salido del valle?

¿Quién pudo regalarte el acierto de aquellas palabras encendidas y culebreantes?

¿Qué sedimentos milenarios revolvió en ti la iniciación?

No necesitaste venir a Madrid, ni conocer la cocaína, ni perfumarte estridentemente, ni fumar, ni enfundar las pantorrillas en medias de seda, para hallar fórmulas de pasión que, de conocerlas, te hubieran envidiado las cortesanas de mayor renombre.

La mayoría de los que alardean de inventores, después de exprimir su magín, sólo aciertan a modificar el decorado.

El desencanto de las misas negras, pueriles parodias de las capillas católicas. De los ritos extravagantes, cuyo fin jamás constituye novedad, porque sobre todas las fantasías triunfa invulnerable la anatomía.

Mirra o beleño; pero, en esencia, quemar.

¡Necios rodeos!

¿A qué complicar lo sencillo y desvirtuar lo natural? ¿Para obtener mayor rendimiento de voluptuosidad? ¡Pero si todas estas promesas quedan siempre incumplidas!

Conservemos al amor su atmósfera de liturgia fisiológica, de culto panteísta. No hablo en nombre de la moral, ni de la biología, ni siquiera de la repugnancia física. Es sólo sensatez. Nada tan estúpido como ser ladrón y no lucrarse, como beber alcohol y no alegrarse.

No caben invenciones. Hemos de repetirlo implacablemente.

El amor es fatal, uniforme, rectilíneo.

Tan admirable lección de sanidad sexual me la enseñaste tú, aldeana de los pies blancos, los senos osados y los ojos melancólicos. ¡Dios te bendiga! Me re-

galaste de una vez escudo y antorcha, airón y lanza. ¡Dios te bendiga!

Me reí siempre de los pretendidos buscadores de nuevos filones de goce.

Ni los perversos ni los malthusianos saben de amor, palabra maga que vuelve a las personas embusteras, fachendosas, fanfarronas.

¡No hay posibilidad de perfección!

En amor todo está regulado por el instinto con minuciosidad burocrática. Los pretendidos desmanes no son sino saltos de preso que busca estirar las piernas, entumecidas por la sedentaridad.

Boba manera de perder el tiempo tratar de descubrir nuevos horizontes. Muchas veces se regresa sin el pregonado botín, pero habiendo dejado vedejas de la personalidad entre las zarzas.

El acierto en amor no es obra de los enamorados; es un don caido del cielo como la lluvia, como la púrpura de las tardes castellanas, como la espuma de las olas.

¡Pues, entonces...!

COMICIDAD

Tomar a broma el amor, reírse de él y de nosotros, en los momentos difíciles en que el ridículo nos cerca—¡esas botas terribles que no se dejan desatar! ¡esos cuellos hurafios y tercos que no acceden a desabrocharse!—,aprovechar las ocasiones todas para esmaltar de alegría la escena, será siempre hábil recurso. En

ocasiones decisivo. Los españoles no saben burlarse del amor. Propenden a la tragedia.

Sin embargo, abundan las ocasiones en que sólo la risa puede retener los corazones sin timonel.

¿No es cierto, Pablo?

¿Qué otra actitud hubiera logrado concederte el cariño de aquella jamona sudorosa, jadeante, a quien una tarde de julio hacías la corte en el panorama desalentado de Chamartín.

¡Cómo sentía la pobre los alfilerazos del ridículo clavados en su abdomen olímpico y cómo con cuatro piruetas de golfillo madrileño acertaste a hacerla reírse complacida de ella, de ti y de sus carnes asfixiantes!

¡Alegría! Alegría fisiológica, aldeana, de cuadro de Van Ostade, sincera, visceral.

Lindo es amarse envuelto en la plata lunar; pero ¿por qué aguardar a que el satélite asome? El deber está en no desperdiciar ocasión ni momento, ya que el final será idéntico. Acaso lo peor del amor dependa de esta identidad de los calderones. No nos cansaremos de repetirlo.

El arte de amar fué y será siempre, arte de adaptación.

¿Puede darse tontería mayor que coger románticamente la mano de ella y desgranar un madrigal cuando todo ríe en su cara, boca y ojos, y la cintura se arquea tensa, en espera del brazo fuerte y cálido?

¿Hubiera conocido Ramiro, aquella mañana de abril, el desmayo de tu boca, gentil Teresa, si te recita unos versos en vez de desatar la risa loca que te impidió defender primero tu nuca y tus labios luego?

Con qué exquisita femenidad argüiste:

—¡No vale; estaba riéndome!

En amor, cuando no se tiene seguridad absoluta de lograr que la ternura o la poesía humedezcan los ojos, nada tan sensato como desatraillar la risa.

¿No es cierto, Monigota gentil?

En un balneario asturiano fuí testigo de la escena que sigue. Sentados en el borde de una fuente, centro y ornato principal del pequeño parque, tejían los primeros tapices del noviazgo una señorita castellana, cursi como la flor del membrillo, y un muchacho valenciano, desenvuelto y simpático. Era la damita tan espléndida de formas, que nadie acertaba a explicarse cómo tan rubenesca hermosura podía mantenerse con la exigua pitanza que su dueña ingería en la mesa, celosa de mantener bien alto el pabellón de su exquisitez. La mayoría de los bañistas habían aceptado la idea de un artilugio neumático.

El galán, estimulado por la belleza de su Julieta, pues bella éralo como ninguna otra muchacha del hotel, intentó un contacto desproporcionado a lo que permitía la forma y estrechez del asiento, y resbalando fué a caer dentro del agua. Ágilmente salió en seguida, pero lleno de cieno. Las risas se oyeron en Oviedo. El muchacho inició las burlas, y tan oportuno estuvo y tanta gracia puso a contribución para comentar su enlodado aspecto que, conquistadas las simpatías todas, dejó de correr el peligro de zambullirse de nuevo, porque ella, vencida, no tuvo inconveniente en que paseasen juntos bajo el palio solemne de los *noceos*. La gracia había derrotado al verbo poético.

El amor es un banquete lleno de contento donde no

siempre suenan mal los cascabeles de la alegría y el restallar de las fustas de la risa.

A la mayoría de los amores no debe dárseles otra beligerencia que la concedida a una de esas amistades de viaje que se interrumpen definitivamente en cuanto se llega a la estación de término.

¿Por qué obstinarse en convertir la deliciosa aventura de unos instantes en difícil y penosa historia de toda la vida? Si el amor nace condenado a muerte, ¿no será discreto adelantarse para rehuir el pesar de la agonía?

Nos unió un deseo fugaz, ¿a qué empeñarse en revivirlo siendo imposible la tarea?

La risa, las vayas, los donaires, el sentido cómico de la vida y del amor, que no es sino la justificación de aquélla, ayuda a crear un ambiente amable, risueño, antídoto de la persistencia sin contenido.

La risa permite hacerse perdonar defectos físicos, torpezas —¡la tragedia del peinado desalisado prematuramente!—, pequeñas audacias que en serio, con la cara muy larga y muy grave, no serían toleradas. La risa abarata el precio sentimental del amor.

La ciencia de amar requiere, sobre toda otra condición, agilidad mental, para pasar, tan rápida como discretamente, del llanto a la risa.

Sólo el así dotado podrá sortear sin desdoro lírico las situaciones espirituales difíciles y las claudicaciones orgánicas, que brotan en el jardín de todo amor por muy elevado tono que haya querido imprimírsele. ¡La vida es así!

EL HORIZONTE GRIS

Del enorme caudal de actitudes ilógicas que pueden registrarse en amor, desde el que se lamenta de una imperfección física de la amada, al que aspira a conocer su pensamiento, ninguna tan ilegítima como la de quien teniendo una mujer en los brazos la acusa de desamor.

Lo que no se ha de cometer es la villanía de poseer *a quien no se entrega en plena ilusión.* ¿Qué derecho puede tener a la protesta quien casó contra la voluntad de la novia, o compró mujer en uno de los mercados sexuales de la ciudad o en el celestineo subterráneo de los pueblos?

El reproche carece, constantemente, de justificación.

Podrá tenerla lírica el suicidio, si la reciprocidad era base esencial de la felicidad. El reproche, jamás.

La mujer no es nunca responsable del fracaso masculino.

¿Qué responsabilidad puede exigirla quien no acertó a abrir los capullos de su deseo? ¿Pensó nunca ningún cocinero de restaurante asesinar a los clientes porque a él le salió mal el guiso?

Cuando se percibe claramente que no se es amado, sólo una actitud resulta sensata: retirarse. A esperar el hallazgo de una mujer capaz de invitarnos a beber la dicha en su copa.

¡Y como lo esencial es el contenido...!

Antihumano, antibiológico, antiestético el tesón.

¡Mendigar afectos! Más elegante y gallardo desistir.

Como hacías tú, estimadísimo Pascual.

¿Para qué convertir las entrevistas en disputas, las horas en siglos y los besos en llanto?

¡Qué magnífica, qué señorialmente sabías decir inolvidable camarada de los años mozos!:

—¡Peor para usted! Sé tanto de amor, que no queriéndome desperdicia usted unas bellas horas. ¡Esos—señalando a los otros muchachos—no han leído a Verlaine!

Tan firme era la posición, que Amparo, la más bonita de tus novias, lo fué sólo—¡ya no te importará saberlo!—por enterarse de si realmente sabías de amor lo que decías.

Al preguntarla los motivos de su rápida ruptura, me contestó con excelsa ingenuidad:

—¡No merece la pena! Los primeros atrevimientos eran como los de todos vosotros. ¡No he querido seguir!

No obstante tal fracaso, tu gesto me siguió pareciendo magnífico. Nunca censuraste a tus calabaceadoras. ¡Para qué!

El reproche no hace sino embadurnar la charla. Si se sufre, sus pregoneros deben ser los ojos, no los labios. Si ella no acierta a discernir en los besos el amargor, de retama, de la duda, sería inútil todo empeño de hacérselo entender con palabras.

Los alambicadores padecen la desgracia de analizar, pero su condición no les autoriza a enturbiar psicologías diáfanas.

¡Pobre casta de los descreídos, de los recelosos, de los soñadores, de los apasionados, que no pueden recibir la comunión de la felicidad sino de unas manos!

¡Pobre raza de los condenados a la inquietud perpetua de no saborear jamás la dicha de creerse amados! Los que acechan la palabra entrecortada que el desenfreno sexual arranca, esperando descubrir el nombre del venturoso.

¡Pobre casta de los que rehuyen encontrarla, acuciados por la seguridad de que si viesen comprobado lo que temen, sería el final de su vida, esclava de un imposible!

La casta que lleva el fardo de sus penas como si fuera un botín, porque de penas y tristezas está compuesto lo mejor de su vida. De los que no reprochan por miedo a que sus quejas ahonden las distancias.

Desgraciados de pensamiento ensagrentado, sombrío, que llevan el Deseo como un cilicio clavado en las carnes. El dolor absurdo de quien se apretó sobre la cintura, hasta ulcerarla, el collar de perlas que fuera ornato de la garganta amada en noches de fiesta.

Ninguna torpeza menos perdonable que causar enojo a una bella, hasta hacerla exclamar:

—¡Qué aburrimiento! ¡Qué pesadez!

El peor defecto de un amante. Se acertará, en vez de acusar, despertando deseos. Aun corriendo el riesgo de encender el fuego para otros.

¡Aun vencida!

Los reproches interminables socavan el cimiento del cariño. Terrible condena la de llevar a que se diga:

—¡Deseando que se fuera! ¡Está inaguantable! ¡Qué hombre más pesado! ¡No sabe sino gruñir!

¡No reprochéis!

Preferible llegar hasta donde la propia estimación permita, y cuando el límite impuesto se vea rebasado,

suavemente, de puntillas, como si se saliese de un templo, retirarse. Sin interjecciones, sin amenazas, sin súplicas, con decisión inquebrantable de no volver. Dignamente, severamente, ¡comprensivamente!

¡Al tender la mano en demanda de caridades de amor nunca se recibe limosna inesperada!

CALVARIOS

De dos calvarios quiere hacer mención aquí el autor: del calvario de los hombres sacrificados al egoísmo sexual de la mujer; del calvario de las mujeres inmoladas al egoísmo sexual del hombre. De los calvarios levantados, por los que en amor sólo a su voluptuosidad atienden.

Y al evocar estos abismos de desesperación, el autor siente sobre su corazón el eco de las dichas condenadas a extinguirse sin haber conocido la madurez. Plantas de pasión segadas en flor.

Tristeza de quienes contemplan a la persona amada sumergida en las delicias de su gozar, olvidada de quien hasta allí la condujo.

Como ofrenda a estas amarguras se compuso la siguiente

LETANÍA DEL GRAN SUFRIR

¡Dolor candente de las iniciaciones incompletas!

¡De las venturas yuguladas, cuando vislumbraban el venturoso final!

¡De las ansias no compartidas, que han de extinguir-

¡Pobre raza de los condenados a la inquietud perpetua de no saborear jamás la dicha de creerse amados! Los que acechan la palabra entrecortada que el desenfreno sexual arranca, esperando descubrir el nombre del venturoso.

¡Pobre casta de los que rehuyen encontrarla, acuciados por la seguridad de que si viesen comprobado lo que *temen, sería* el final de su vida, esclava de un imposible!

La casta que lleva el fardo de sus penas como si fuera un botín, porque de penas y *tristezas está compuesto* lo mejor de su vida. De los que no reprochan por miedo a que sus quejas ahonden las distancias.

Desgraciados de pensamiento ensagrentado, sombrío, que llevan el Deseo como un cilicio clavado en las carnes. El dolor absurdo de quien se apretó sobre la cintura, hasta ulcerarla, el collar de perlas que fuera ornato de la garganta amada en noches de fiesta.

Ninguna torpeza menos perdonable que causar enojo a una bella, hasta hacerla exclamar:

—¡*Qué aburrimiento*! ¡*Qué* pesadez!

El peor defecto de un amante. Se acertará, en vez de acusar, despertando deseos. Aun corriendo el riesgo de encender el fuego para otros.

¡Aun vencida!

Los reproches interminables socavan el cimiento del cariño. Terrible condena la de llevar a que se diga:

—¡Deseando que se fuera! ¡Está inaguantable! ¡Qué hombre más pesado! ¡No sabe sino gruñir!

¡No reprochéis!

Preferible llegar hasta donde la propia estimación permita, y cuando el límite impuesto se vea rebasado,

suavemente, de puntillas, como si se saliese de un templo, retirarse. Sin interjecciones, sin amenazas, sin súplicas, con decisión inquebrantable de no volver. Dignamente, severamente, ¡comprensivamente!

¡Al tender la mano en demanda de caridades de amor nunca se recibe limosna inesperada!

CALVARIOS

De dos calvarios quiere hacer mención aquí el autor: del calvario de los hombres sacrificados al egoísmo sexual de la mujer; del calvario de las mujeres inmoladas al egoísmo sexual del hombre. De los calvarios levantados, por los que en amor sólo a su voluptuosidad atienden.

Y al evocar estos abismos de desesperación, el autor siente sobre su corazón el eco de las dichas condenadas a extinguirse sin haber conocido la madurez. Plantas de pasión segadas en flor.

Tristeza de quienes contemplan a la persona amada sumergida en las delicias de su gozar, olvidada de quien hasta allí la condujo.

Como ofrenda a estas amarguras se compuso la siguiente

LETANÍA DEL GRAN SUFRIR

¡Dolor candente de las iniciaciones incompletas!

¡De las venturas yuguladas, cuando vislumbraban el venturoso final!

¡De las ansias no compartidas, que han de extinguir-

se solas, sin alivios de palabras dulces ni consuelo de besos, que la ternura haga aturdidos!

¡De los amores castos con ambiente mercenario!

¡Del buscar y no encontrar!

¡De la llama que se aleja cuanto más se corre tras ella y al correr se extingue!

¡Calvario de decepción que humilla!
¡Calvario de los quereres antes pensados que sentidos!
¡Calvario de las delicias a plazo fijo y en tiempo fijo!
¡Calvario de los afanes sobre que marcó su huella el suplicio de Tántalo!

¡Pensadlo!

Entre que ella nos deba su alegría o nosotros se la debamos a ella, ¿quién no preferirá lo primero?

¿Qué puede importar que ella quiera o no, si acertó a colgar tapices de ensueño en los muros húmedos del torreón de nuestra melancolía?

Aun cuando se vaya, el milagro hecho queda. ¿Cómo no agradecer este bien? ¿Y qué moneda mejor que supeditarlo todo a lograr su contento?

¡Cómo avergüenza no acertar!

En un rincón de Méjico, debe vivir cierto hombre de recia psicología, a quien alejaron de España motivos complejamente sentimentales.

Este hombre tuvo una amante, mujer sana, fuerte, de amplias caderas en ánfora, sensual, con los ojos y el cabello negros, ambos llenos de reflejos metálicos. Era suave la curva de su garganta. Blanca, con blancura desvaída de mármol sepulcral, la piel.

Famosa en el mundo galante, su notoriedad procedía de su ímpetu. Al besar dejaba huella. En los paroxismos lanzaba gritos guturales. Concebía el amor como un combate de tribu.

¿Sinceridad o artificio?

Los vanidosos, los que pagaron a alto precio las caricias de la cortesana, propalaban que no había fraude y sí reflejo fiel de un temperamento insólito.

Su pretenciosidad les cegaba. No era todo sino estudio, fingimiento.

Hasta que conoció a ese hombre sexualmente romántico y pundonoroso, que hoy debe traficar en un rincón de Méjico.

No era en aquel momento el más rico de los postores, pero sí el más grato a la vendedora de ilusión. Por ello triunfó. Había en él tan varonil serenidad, tan masculina lealtad, que la hetaira creyó un deber mostrarse cual era, olvidado todo profesionalismo.

Y el hombre que ahora persigue al oro en un rincón de Méjico no la entendió. Creyendo que su hombría no era capaz de avivar un modo de querer tan fácilmente logrado por sus antecesores, lleno de vergüenza, adolorido, abandonó España.

La ramera lujosa vendió sus alhajas, sus muebles, reunió cuanto dinero pudo, y asegurando que los hombres no merecen que se les quiera con fatigas, fué a esconderse a su pueblo, donde casó con un ricacho.

Espero que alabes la discreción con que oculté tu nombre.

Este verano te vi desde la ventanilla de mi vagón, paseando por el andén. Saqué la impresión de que no te va mal. Acaso acertaste despreciando a los hombres.

Sin embargo, no he de ocultarte que el gesto del emigrante me fué profundamente simpático. ¡Ya sabes mis chifladuras!

En amor, lo esencial es la alegría de la mujer. Fuente, si no de felicidad—ésta la regala el instinto—, de poesía al menos.

Cierto que es triste, muy triste, sentirse olvidado, verla avanzar ciega, rectilínea, en busca de su ventura. Pero lo es mucho más sentirla rezagada, indecisa, suplicante.

Preferible a todo la íntima colaboración, la fraternal coincidencia. Preferible; pero, ¡tan difícil!

Nada comparable, entre las emociones del desinterés, a despertar la energía que acecha emboscada, tras una juventud defectuosamente iniciada.

¿Qué puede importar la repetición de un viejo placer conocido, ante el contento de refrescar el cansado corazón, cubierto de hojas secas y empolvado con polvo de todos los caminos, en un gesto de noble generosidad sexual?

De dos calvarios quiso hacer mención aquí el autor.

DISTINGOS

¡Qué falso concepto del pudor! ¡Qué graciosos prejuicios! ¡Qué desconcertantes cabriolas!

El pudor es sólo—¡que rabien los moralistas!—una táctica, un medio de selección. Oculta ínterin llega el predestinado. Nada de inocencia, mucho de disimulo.

Ningún visitante de museo ignora lo que cubren las hojas de parra de las estatuas. ¿Qué puede añadir o

quitar al vuelo de la imaginación el aditamento botánico?

Pudor significa reserva, fingimiento. Cubre para robustecer el deseo. Para que nazca el afán de descubrir.

Desnudas resultan menos codiciables que vestidas las mujeres. Pudor constituye promesa de monopolio.

Seduce más el pudor que el impudor, porque, según defendemos en este libro, amor es curiosidad.

No pocas veces el pudor obedece a motivos de aseo. La ropa sucia constituyó muchas veces salvaguardia de la castidad. Este, y no otro, es el motivo de que se peque más que en el resto de la semana los domingos y los jueves.

Cuando una amante enloquecida recata su desnudo, debe sospecharse la existencia de algún defecto físico. Ninguna enamorada puede ni debe hurtar al escogido el espectáculo solemne de su cuerpo.

La belleza corporal de la mujer, sin velos ni ropas, representa el supremo espectáculo estético del planeta. Ni el Cantábrico encrespado, ni el lago azul del Mediterráneo, ni el circo rocoso de Gavarni, ni el rosario luminoso de Lourdes, ni una noche de luna en Tetuán, ni el encanto brujo de la Alhambra, ni el encaje de las piedras de la catedral de Burgos pueden compararsela.

Nada hace sentir la grandeza de Dios como la hermosura femenina.

Tiñe de índigo el pensamiento, calma el deseo, desarma el orgullo, encadena la soberbia, aherroja la lujuria. Hace más fino el percibir. Una aspiración mística asciende a los labios, buscando fórmula para convertirse en plegaria.

No precisa mancillarlo con el tacto. ¡Fuera villanía!

Maravilla de las maravillas, el pudor no hace sino aminorar su brillo. El maldecido pudor no defiende la honestidad, pero dificulta el amor.

Entre amantes es ridículo. Antes puede justificarse como mecanismo de selección. Luego carece de contenido lógico.

El pudor huye ante la pasión. El desnudo femenino supone ofrenda. Culminan en él todas las potencias estéticas del mundo. Transfigura la psicología del espectador, haciéndole concebir móviles sobrenaturales hasta entonces imprecisos, ciegos.

El pudor habla mientras la pasión calla. Bullicio de sirvientes en ausencia de los amos.

¡Cómo defenderías esta tesis si encontrases tribuna propicia, Laura divina!

No creas que huyó aún de mí la memoria de tu cabellera negra, poblada de irisaciones metálicas, ni de tus ojos de niña golosa, ni de tu cara de miniatura.

¡Con qué serena decisión aceptaste mostrarme tu desnudo, en toda la pureza virginal de tu cuerpo, esbozo de mujer!

Sobre la piel pálida resbalaban temblorosas, sin energía, las últimas luces de la tarde.

De abajo, de la calle, subía un ruido de colmena, y el silencio de la habitación, negándose a darle entrada, se ennoblecía.

Te colocaste sobre la mesa, que crujió complacida; erguida, hierática, tranquila, entornados los ojos, sobre la nuca las manos, con lo que se hicieron más firmes y desafiadoras las medias naranjas de tus senos.

No estabas ni azorada, ni impaciente, ni siquiera orgullosa de tu hermosura.

Arrodillándome, besé tus pies, y sobre ellos dejaron caer mis ojos lágrimas de ternura. Al sentirlas, saltaste sobre mi cuello. Al separarnos ibas tú contenta, triste yo.

—¿Te dió vergüenza?

—No. ¡Me hubiera dado si no te quisiera!

Tantos detalles conservo, que aún tengo en mí la huella de nuestra conversación, cuando hace poco nos encontramos, casados ya los dos.

—¿Volviste a mostrarte desnuda en estatua?

—No, porque sólo a ti quise en este mundo. Los otros novios fueron para mí cosa seria. ¡Hasta que uno terminó en boda!

Sonreías resignadamente.

Estoy arrepentido; no acerté a quererte lo que merecías.

Fuiste y serás buena. Un poco parlanchina, pero leal.

Naciste para un amor que no llegó. ¡Que el Todopoderoso te haya hecho beber filtros de olvido!

Anduvo entonces tan torpe mi cerebro, que se resistió a creer en tu honestidad. La vida me enseñó que eras una santita, borracha de bohemia.

—¡Las bellas tienen un deber: probar que lo son, como los hombres de talento y los ruiseñores!

Quién te inculcó este admirable precepto no pudimos averiguarlo, y a mí me dió miedo. Como me lo dan todos los pensamientos incluseros, aun siendo quizá los mejores.

El pudor pierde su apariencia ante el amor. Lo que

ocurre es que el amor rara vez se da en los humanos. Inventaron un sentimiento que no cultivan. ¡Palabrería!

Lo puesto en circulación son cromolitografías del amor, con ambiente de cartel de music-hall. Por ello hácese posible continuar otorgando beligerancia al pudor.

¿Verdad, Laura bonita, de los ojos de niña golosa? ¡No supe quererte lo que merecías!

REJAS

Sí, pobre amiga, conozco tu dolor. Como el mío se alimenta de imposibilidad. De distinta clase; pero ambos, en su esencia, imposibilidad.

Perseguiste un rosario de delicias, a que te daba derecho tu feminidad depurada. Te arrastró la lógica. Los demás vieron pecado donde no había sino acatamiento. ¿Que hiciste mal en abandonar el timón? Ignoran los motejadores que ya no obedecía.

Cuando te sientas, procurando ocultar, tras la falda insuficiente, el prodigio de tus piernas, acaso yo sólo tengo para ellas un homenaje de compasión.

Voy a darte un consejo inmoral. Doña Peca se enfurecerá si lo lee, gruñirá. No escribo para ella. ¡Persiste! La dicha ha de llegar para ti. El destino ha de cumplirse. No puede ser casual la reunión de tantas perfecciones en una mujer.

Los otros, los que censuran nuestra amistad, dirán herejías de ella y de nosotros. No los escuches.

Dispón tu oído para escuchar la melancólica canción del rebaño de tus hermanos en padecer. De los condenados a no ver calmada su hambre, aplacada su sed. Son muchos. Algunos ni aciertan a identificar su dolor. Sufren, y el sufrimiento no tiene nombre. Tú siquiera conoces la urdimbre de tu tormento.

¡Sabe tan poco de amor la masa!

Te calumnian, como calumnian a don Juan. Otra víctima. Un buscador de cariño. Cada conquista tenía el valor de un desengaño. En encontrando a doña Inés, terminado el seductor. De haber sido ella su primera aventura no hubiera emprendido otra.

A ti también te acusan de frívola, de coqueta, sin acertar a ver en ti la mendiga, la perseguidora de ventura.

¡Pobre amiga mía! Los otros querían tu conformidad. Nada de mirar al horizonte. El tedio es para ellos sinónimo de deber. Algunos al deber le llaman virtud. Olvidan que la virtud es íntegramente derecho. Derecho a la paz interior.

¡Tan fácil que te hubiera sido congraciarte con ellos!

Con aceptar el vivir de las cloróticas vírgenes burguesas que los domingos por la tarde, cuando la calle, cerrando las bocas de sus tiendas, tórnase muda, se asoman al balcón y miran al cielo, era bastante.

Igual resultado habrías logrado reduciéndote a la categoría de muchacha resignada, que gana el pan de algunos días cosiendo en la humildad de su cuarto interior, sin el consuelo de las algazaras del taller.

¿Pero no hubiera representado una profanación?

¿Fuiste tú quien eligió la armonía ondulada de tus

caderas? ¿Quien hizo ardiente tu sangre y provocativo tu mirar? ¿Quien creó el ritmo musical de tus labios y la seda de tus hombros?

¡Pobre amiga mía, tu delito fué obedecer!

¿Cabe culpar al ruiseñor porque canta, al pez porque nada?

Como ellos, no haces sino cumplir una misión. La que te impone tu tono orgánico, tu estructura. ¿Arrastras por tu gusto las cadenas del desencanto?

Me censuran que compadezca tu avidez, y es que vieron vicio en el hambre, pecado en el mendigar.

Más responsables que tú son los que te educaron. ¿No te enseñaron a estimar el mundo como una fiesta?

¿No naciste excepcionalmente dotada para el amor?

El primer hombre que te tuvo en los brazos poseía más caudal de palabras que de energías, y la tempestad de tu sexualidad desmandada le asustó. Marchó dejando en todo su poderío el incendio. Abrasada, cambiaste de doncel. No te entendía, y, tras éste, otro. ¡Pobre amiga mía!

Sólo lo imprevisto podrá salvarte. Retroceder no cabe. Como te extraviaste, seguir avanzando en la sombra del bosque tiene más de azar que de solución. ¿No lograrás sino aumentar los arañazos de tu piel?

¿Qué harás, pobre amiga mía? Eso. ¡Seguir!

Esclava de un temperamento que no buscaste, tu peregrinación me asusta, me entristece. ¡Tan feliz como podrías haber sido!

Nunca rehuí tu mano. Me es indiferente la opinión de los otros, porque sé que te desean, que te lo dirían si no tuvieran miedo a ese desenfado con que afrontas

el escarnio con que te lanzas rabiosa, frenética, tras el azar.

¡Oh, si fueras discreta, cauta, hipócrita, y pecases sin comprometer al compañero!

¡Pobre amiga mía!

SISTEMATIZACIÓN

En amor abundan los momentos desagradables. Unos penetran como estiletes, otros tienen la fría viscosidad de la piel de los ofidios; algunos poseen la comicidad azorante de pisar la cola de una desposada; no pocos producen desazón análoga a soportar por compañera de mesa a la mujer con quien se rompió descaradamente; pero de todos ninguno como oírse llamar ¡el segundo!

Fuí, de joven, hombre que comprendía y perdonaba todo. Hasta la más burdas mentiras.

Afirmaba seriamente que era natural lo que sabía efecto de la química. Parecía admitir las justificaciones más incoherentes. Lo que no logré jamás fué escuchar tranquilo cosas de este jaez:

—¡Eres el segundo a quien pertenezco, pero el único a quien quise! ¡Con el otro no sabía lo que me hacía!

Cuando lo escuché por primera vez, tapé dulcemente la linda boca embustera.

Después de todo, lo ventilado no era un problema de escalafón, donde cupiera preocuparse de jubilaciones ni ascensos.

La repetición por labios distintos del concepto me

causó breve desazón. He llegado a no poder tolerar el relato.

Dijérase a primera vista, que en su fondo no hay sino intención de halago. De adulación a la vanidad masculina. ¿Cómo no ha de concederse mérito mayor al logro de una mujer apenas gustada, que a la que tuvo ya varios catadores?

¿Cómo enfadarse con la hembra empeñada en reducir al mínimo posible, nuestro recelo y desconfianza?

¡Noble y generoso esfuerzo!

Si no nos conocía aún, ¿qué responsabilidad podremos exigirla por cuanto entonces hiciera o pensara? Ante el argumento, lozano y sereno, las almas se aquietan, los rencores se aplacan.

Pero el cantar es otro. En la afirmación de la categoría de segundo, hay, ante todo, una necesidad de sinceramiento, de convertir en novelescas vidas vulgares.

En realidad, no se sostiene lo de segundo generosamente, para calmar una inquietud ajena, sí para disfrazar la propia vida.

En el archivo, no bien encuadernado, de mi mocedad existe una página preferente, orlada de gratitud, a cuya cabeza figura el nombre de Leandra.

Recia. Hombros musculados de remero. Blancos, con blancura nacarada. La exigüidad de su nariz más atractivo que defecto, pues daba a su cara un aire de alegre malicia. Tan picante, que mis amigos la llamaban: ¡la guindilla!

Sin embargo, no era la picardía su característica. Sí la sinceridad. Cuanto sentía gritábalo la boca. Ello prestaba singular interés a su charla.

Es, en general, tan innaccesible la cripta donde

manan los caños del deseo femenino, que la franqueza de aquella muchacha encantaba, acaso más que su belleza; quizá excesivamente brusca, impetuosa, dominadora.

No se borrarán jamás en mí tus nobles palabras:

—¡Antes que tuya fuí de otros! ¡Mi sueño es que llegues a quererme tanto, tanto, que ya no vuelva a ser de nadie! ¡Sólo tuya!

Quien esto ha oído no puede escuchar tranquilamente que, aun siendo cronológicamente el segundo, resulte sentimentalmente el primero.

Desgraciadamente, nuestro espíritu es desconfiado, con la desconfianza atemorizada de los perros vagabundos—¡apenas conocimos a nuestra madre!—,y este recelo, sugiriéndonos ante todo la noción del engaño, nos subleva y descompone.

Son tantos los signos que permiten darse cuenta del grado de experiencia amorosa de una mujer, que las palabras carecen de valor.

Ejemplo: la manera de quitarse el sombrero. Cuando la elegida se embarcó varias veces para Citerea, tiene un gesto mosqueteril, al destocarse, todo energía, impaciencia y dominio del instante, inconfundible.

Las inexpertas no encuentran modo de dar al aire sus cabellos, vacilan donde dejar la caperuza. Algunas no se la quitan. Prefieren confiarse a la acometividad de las manos amadas.

¿Cómo admitir que se es el segundo galán de una dama que en seguida se descubre y encuentra donde depositar el fieltro.

No es el sombrero delator único. Acusan, con igual elocuencia, los zapatitos. La rapidez en devolver la

normalidad a un pliegue de la falda, descompuesto por la impaciencia.

Las palabras estereotipadas forzosamente han de valer menos que los hechos.

¿Por qué no ser sinceros?

De no haber alcanzado el privilegio de primacía, la compensación mejor es saberse el último, el definitivo.

¡Ultimo amor! ¡Qué perfume de ternura!

En los exámenes, como en amor, el lema debe ser, o sobresaliente o suspenso, o castas o libertinas. Lo de segundo lleva en sí un estigma de vulgar mediocridad, de falta de inventiva.

Por ello, la figura de Leandra ocupa tan preferente lugar en el archivo de mi vida moza. No era exquisita ni fina, ni arrolladora y rabiosa, ni espléndida de líneas; pero era leal y lealmente hablaba.

Tan leal, que por no coincidir con ella, me porté deslealmente. ¡Obliga a tanto poseer un sentido agudo del deber del contraste!

ANTIFACES

Quien habla mal de los tímidos, como manjar de amor, acreditase de teórico. Las gentes confunden timidez y cobardía. El tímido se estremece de temor; miedo no a los demás, a sí mismo. Como los falsos virtuosos que rehuyen pecar, por saber que si comienzan acabarán irredimibles.

El audaz—hombre o mujer—es de inferior calidad amorosa que el tímido, pues si no vacila, si muéstrase decidido, débese a la seguridad de que arriesga poco

o nada. No penetra en un suburbio, de mala fama, con igual ánimo quien sólo lleva calderilla en la bolsa y quien siente, sobre el pecho, abultada cartera, llena de billetes.

¡Cuántas valentías, no son en su origen, sino pobreza!

El tímido va cargado de oro. Todo el tesoro de su entusiasmo, de su fervor.

Ningún amor tan cálido como el de los tímidos.

¿Lo dudas?

Entonces seguramente ignoras la humedad temblorosa de los labios de las hebreas o la mirada, sumisa y centelleante, a un tiempo mismo, de las esclavas.

El titubeo, la incertidnmbre de las mujeres tímidas limítase al momento inicial; tomado partido, a ninguna otra Deseada cabe equipararlas. Ponen cuanto poseen en el empeño, y, no pudiendo retroceder, su único consuelo es avanzar, ¡llegar!

Enterrado estás en Marruecos, Enrique, ¡mi buen camarada! La lejanía de tu tumba no me hizo olvidar el deber sentimental de ofrendar, en el presente libro, tejido con cicatrices, un recuerdo a la tragedia que te llevó a encontrar muerte gloriosa, cuando buscabas ascenso que permitiera acelerar tu boda.

¡Qué tímida era Inés! Una mozuela espigada, cetrina, pensativa; siempre con la cabeza baja, rehuyendo conversar con los muchachos. No sabía bailar.

Tenía por único afán leer novelas románticas. Según sus padres, algunas mañanas la sorprendió el sol leyendo.

¡Pobre nena! Había en su mirada tristes lejanías. Sus labios sonreían resignadamente, como los de las adolescentes tuberculosas que conocen su dolencia.

Cuando jugábamos a las prendas, ¡con qué rapidez hurtaba el marfil de sus manos al contacto, inocente y casual, de los dedos varoniles!

¡Cómo nos sorprendía aquel su continente casto y aquella su palabra lenta y humilde!

Bien te reíste de mí, pobre camarada, el día que te auguré que cuando Inés se enamorase de veras llegaría al escándalo. Todavía conservo en la memoria algunos de tus adjetivos: ¡irreverente!, ¡malabarista!, ¡fantástico!, ¡psicólogo de celuloide!, ¡filósofo conservadō en Chinchón! ¡Y fué contigo! ¡Contigo!

¿Qué la pudiste decir? Según tú, nada. Cuando marchaste a pasar las fiestas del pueblo, invitado por su familia, juraste y perjuraste que ibas más aburrido que si hubieras escuchado, dos noches seguidas, un orfeón.

¿Qué tempestad hiciste nacer en aquel corazón para que sin haberla citado—¡nunca dudé de tu palabra!—apareciese una noche en tu cuarto, y abrazándote ciega, frenéticamente, te llenase la cara de besos?

Tanto te quería, que ahora es monja en un convento de Castilla, sobre cuyos muros clavan el temblor de su trepidar los trenes, y frente a cuyo campanario tiéndese inmensa llanura, sin árboles ni casas.

Novelesca historia, que a tu camarada le enternece aún. Tanto, tanto, que todavía no tuvo valor de perder el tren que, en verano, le aleja de Madrid, para entrar en la iglesia del convento de Inés y arrodillándose, pegado a la celosía del coro, besar sus hierros con unción de peregrino.

Me aseguran que el coro está a nivel del templo. ¡Quizá se pueda verla! Pero tu historia, ¡viejo camarada!, sigue enterneciéndome demasiado.

Tu amigo, el psicólogo de celuloide, acertó, porque, pese a las apariencias, fué siempre tímido. El jugador menos decidido puede parecer temerario cuando no pone dinero suyo. ¡Pero si arriesga el propio...!

Esto no lo supiste porque una bala te tumbó cara al sol, antes de que yo aventurase en el envite mi caudal.

Por eso me enternece tanto, ¡tanto!, tu historia, que aún no perdí el tren para besar los hierros de la verja tras la cual reza por tu alma Inés la tímida, que, como anunciara un psicólogo de celuloide, amó con escándalo.

ESFUERZO ESTÉRIL

¿Es posible amar más de una mujer a la vez? Esta pregunta disfruta de alta consideración, como eje de conversación para las tardes interminables de los balnearios o las mañanas inacabables de la playa, cuando no se acierta a leer en el libro esotérico del mar.

De todas las opiniones oídas, quiero recoger aquí la de un gran amigo mío, desenfrenado bebedor de cerveza, abonado a los toros—desprecia el balompié—y lector de Shaskepeare en su propio idioma—sistemáticamente diez páginas diarias.

Defiende mi compañero de ocios, que la vida sexual del varón perfecto requiere el concurso de tres mujeres.

Una plácida, serena, optimista, de regazo tibio y manos maternales, propicia al consuelo, presta a enjugar y restañar.

Mujer guiada por destellos de ávida maternidad.

Que se preocupe de nuestra palidez, de nuestra desgana.

Que sienta más el dolor del amado que las heridas del propio corazón. Hembra de dulce querer, grato como fuego de pastor, nostálgico como el sonar de los órganos de las criptas.

Mujer comprensiva, que no pide amor, contentándose con que se la deje exteriorizar su devoción. Que, si duda, lo traduce en miradas tristes, llenas de humildad. ¡Mendigas de ternura! Mujeres a las que se besa en la frente. Mujeres que al despertar, silenciosas, calladas, ligeras, abandonan el lecho para que nuestro amanecer tenga por iniciación la grata sorpresa de unas flores recién cortadas y de una cara fresca, lozana, que sonríe, como se sonríe a los niños enfermos.

Reposo, paz, fidelidad, ambiente de hogar, conformidad, abnegación.

Mujer para querida en las noches crudas del invierno, cuando el viento desriza sus cabelleras sonoras en los rincones de la ciudad, y en sus brazos vienen, para agonizar sobre el tapiz de la sinfonía de nuestros besos, las graves y lentas campanadas del reloj de la catedral.

El segundo tipo de mujer con que ha de contarse tendrá por distintivo la rudeza, el ímpetu, la brusquedad. Intolerante, incomprensiva, rectilínea, orgullosa, terca, celosa.

Una bruta, que en vez de besar muerde, que en vez de suspirar ruge. Una bruta en cuyo pecho los latidos cardíacos suenan como golpes de mazo. Una bruta a la que no preocupa sino verse sumergida en un torbellino de lujuria.

La bruta de los labios que queman, de los celos ofuscadores, de las amenazas majas, de los horizontes rojos y las palabras candentes.

La bruta de los ojos cegadores y los cabellos negros; de los pies menudos y los senos provocadores, de la nuca tentadora y el andar repiqueteador.

Ceguera, fuego, fiebre, carne enardecida.

Para amada en una calurosa tarde estival, frente al telón policromo de un huerto, lleno de flores y olor a tierra húmeda.

Para una escena cruel erizada de amenazas tajantes, de palabras irritantes, de recuerdos lacerantes y, tras la tempestad, la reconciliación.

La reconciliación cuando aún hay en los ojos lágrimas que se columpian, inciertas, bajo el cobijo celestinesco de los párpados.

¡Sus párpados amorenados de pestañas como alfanjes!

Y para completar la dicha, una amiguita delicada, cuerpo de efebo, inteligente, sutil, exquisita, silueta moderna, tolerante, comprensiva, mundana, humana. Una muñeca que fume y haya leído a Lorrain y Tagore, a Flaubert y D'Annunzio, que sepa de deportes y haga de la ironía un deporte.

Ni terca, ni soberbia, ni celosa. Frívola, superficial y tolerante.

Muñeca que prefiere dejarse besar a besar. Que en vez de suspirar sonríe. Muñeca clorótica. Que a todo antepone lograr una impresión de elegancia, de despreocupación. Muñeca de los labios pintados, la burla ligera y las palabras como mariposas.

Muñeca linda de los pechos pueriles, la pelvis angosta y los dedos en huso, exangües y expertos.

Muñequita para pedirla un beso ante los desnudos de Ticiano y hablar con ella, en el índigo de las mañanas de mayo, de otra mujer, y un día, sin saber cómo, sentirla desfallecer, desalentada, en nuestros brazos.

El consuelo, la lujuria y el ingenio.

Al acabar su enumeración, mi amigo gritaba, siempre con voz estentórea:

—¿Puede esperarse más?

Más de una vez oyó esta respuesta:

—¡Puede pedirse amor!

Cuando se ama sincera, auténticamente, sólo un ídolo puede tenerse.

Absurdo, antinatural, pero exacto. Como que es la única justificación que el amor logra hallar.

Es la diferencia básica entre amor e instinto. El instinto no tolera exclusivismos crónicos. El amor, o carece de contenido, o supone una aspiración a monopolio perdurable.

He aquí la diferencia; diferencia de duración.

El instinto ordena a la ilusión que abata sus tiendas en cuanto el deseo haya desaparecido; el amor intenta sustentar la tesis de la eternidad normal del deseo.

Cuando éste huye, sácanse en procesión calificativos abrumadores:

¡Infidelidad! ¡Abandono! ¡Maldad!

Pero en amor no cabe desparramar la atención sin perjuicio de la intensidad.

El hombre que se sienta atraído por varias mujeres podrá hablar de muchas cosas sensatas, ¡de muchas!, menos de amor, cumbre de la insensatez.

LO ENFADOSO

Lo enfadoso en amor es la monotonía, la igualdad. Saber cómo se va a encontrar a la amada, equivale a podar de interés la entrevista. Amante que acude seguro de no recibir ninguna sorpresa, amante que se dirige al hastío.

Para conservar un amor no basta con amar. Enamorados hay que queriendo leal, intensamente, aburren, empalagan. Son egoístas que olvidaron la dicha ajena.

Los amores de tendencia predominantemente personal, como aquellos en que reina una pauta realista, son intolerables. Necesítase una ponderada mezcla de ambas inclinaciones, o manumitirse del amor para alistarse bajo las banderas del instinto.

Unicamente así cabe cerrar el paso al fastidio. El amor ha de poseer toda la igualdad de fondo y toda la variabilidad de superficie del mar.

¡Siempre el mismo, nunca igual!

Todo se perdona en amor, todo, ¡hasta la traición!; todo, menos el aburrimiento.

La armonía entre los dos factores ha de conseguirse puesto el empeño en lograr un triunfo para la belleza.

En muchas ocasiones la audacia es un deber; en otras, falta de urbanidad. Acertar es siempre fácil. Cuanto hay que saber lo pregonan los ojos de ellas. Ni un momento disimulan su deseo.

El error nace de obstinarse en una actitud única. ¿Te convencieron los años, flamante Obdulio, de tu equivocación de los tiempos mozos?

Tu atrevimiento crónico enojaba a las novias, hacién-

Muñequita para pedirla un beso ante los desnudos de Ticiano y hablar con ella, en el índigo de las mañanas de mayo, de otra mujer, y un día, sin saber cómo, sentirla desfallecer, desalentada, en nuestros brazos.

El consuelo, la lujuria y el ingenio.

Al acabar su enumeración, mi amigo gritaba, siempre con vóz estentórea:

—¿Puede esperarse más?

Más de una vez oyó esta respuesta:

—¡Puede pedirse amor!

Cuando se ama sincera, auténticamente, sólo un ídolo puede tenerse.

Absurdo, antinatural, pero exacto. Como que es la única justificación que el amor logra hallar.

Es la diferencia básica entre amor e instinto. El instinto no tolera exclusivismos crónicos. El amor, o carece de contenido, o supone una aspiración a monopolio perdurable.

He aquí la diferencia; diferencia de duración.

El instinto ordena a la ilusión que abata sus tiendas en cuanto el deseo haya desaparecido; el amor intenta sustentar la tesis de la eternidad normal del deseo.

Cuando éste huye, sácanse en procesión calificativos abrumadores:

¡Infidelidad! ¡Abandono! ¡Maldad!

Pero en amor no cabe desparramar la atención sin perjuicio de la intensidad.

El hombre que se sienta atraído por varias mujeres podrá hablar de muchas cosas sensatas, ¡de muchas!, menos de amor, cumbre de la insensatez.

LO ENFADOSO

Lo enfadoso en amor es la monotonía, la igualdad. Saber cómo se va a encontrar a la amada, equivale a podar de interés la entrevista. Amante que acude seguro de no recibir ninguna sorpresa, amante que se dirige al hastío.

Para conservar un amor no basta con amar. Enamorados hay que queriendo leal, intensamente, aburren, empalagan. Son egoístas que olvidaron la dicha ajena.

Los amores de tendencia predominantemente personal, como aquellos en que reina una pauta realista, son intolerables. Necesítase una ponderada mezcla de ambas inclinaciones, o manumitirse del amor para alistarse bajo las banderas del instinto.

Unicamente así cabe cerrar el paso al fastidio. El amor ha de poseer toda la igualdad de fondo y toda la variabilidad de superficie del mar.

¡Siempre el mismo, nunca igual!

Todo se perdona en amor, todo, ¡hasta la traición!; todo, menos el aburrimiento.

La armonía entre los dos factores ha de conseguirse puesto el empeño en lograr un triunfo para la belleza.

En muchas ocasiones la audacia es un deber; en otras, falta de urbanidad. Acertar es siempre fácil. Cuanto hay que saber lo pregonan los ojos de ellas. Ni un momento disimulan su deseo.

El error nace de obstinarse en una actitud única. ¿Te convencieron los años, flamante Obdulio, de tu equivocación de los tiempos mozos?

Tu atrevimiento crónico enojaba a las novias, hacién-

dolas cansarse de ti. ¿Cómo no recordar que tu más sonado fracaso se debió al error de pretender besar a Carlota cuando lloraba, sinceramente, la muerte de su tía más querida? ¿No pudiste escoger otro momento más oportuno?

No sólo los cortos de genio aburren; también cansan y encocoran los osados. Como cuantos no saben sino un camino.

Amar significa cambiar de horizontes. Y sembrar leves inquietudes. La sabia filosofía del sobresalto.

Durante mi tiempo de guarnición en la más simpática ciudad levantina, conocí a un señor que, fiel creyente de estas ideas, una noche cada semana, perfumándose y acicalándose con detenido esmero, lanzábase a la calle para dar a su mujer la impresión de ir a una aventura de amor. En realidad, venía al café a charlar con los amigos. Al regresar contaba los incidentes de la reunión, ¡y no era creído!

Enamorado de su mujer, sacrificábase por mantener en activo sus recelos.

Mal pleito cuando un hombre o una mujer exclaman convencidos:

—¡Hará esto! ¡Si lo conoceré yo!

Los más admirables paisajes cansan contemplándolos a diario.

Si los hombres enamorados no conceden beligerancia a tan elementales nociones, es porque desconocen lo agudo de la sensibilidad femenina.

Abundan más de lo humano y estético los banquetes donde la mujer no es comensal, y si sólo manjar. Amores sombríos. Amores aburridos, como un *cabaret* madrileño.

Cuanto más activa sea la colaboración femenina, mayor variabilidad de matices, más selecto ambiente.

Cada amor ha de tener sus modas para no morir o fosilizarse. Su renovación es esencialmente incumbencia de la mujer.

Sólo su intención puede acertar a definir en qué momento han de llevarse caricias largas que se vayan extinguiendo, con la suave y dulce lentitud de un crepúsculo otoñal, y cuando se hallan indicadas las breves, rápidas, ligeras. Como el roce de un ala.

Es a un tiempo mismo conveniencia y altruísmo lograr la sensación, para cada entrevista, de que allí principia la historia.

¿No conoces casos numerosos de matrimonios desgraciados, pese a que un noviazgo de muchos años parecía garantir el conocimiento pleno y la adaptación perfecta?

Es que se casaron, hastiados ya, el uno del otro.

Téngase presente también que abundan los que llaman amor al hábito de frecuentar el trato de una persona.

FORMAS

LABIOS

Es habitual el fetichismo de los labios. Obedece a prejuicio tan cómodo como irrazonado. ¡Desgraciado amor aquel cuyo pórtico sean los labios! Existe excesiva frondosidad literaria alrededor del beso.

Se habla constantemente del beso; son rarísimos los enamorados que sepan besar. Falta lealtad y finura. Esta carencia acúsase, sobre todo, en las bocas cuyos labios, contrayéndose, apretándose, forman muro inexpresivo. No es rebeldía, es insinceridad.

¿No observasteis lo frecuente de que se muestren en desacuerdo ojos y labios?

Carece de elocuencia, el beso es mudo. El matiz se lo prestan los labios. ¡Los antipáticos labios fláccidos, fofos!

Muy superiores a ellos, aun a los audaces que esperan serenos, confiados, son siempre, como guías espirituales, la mano, el pie, la voz, la piel.

El prestigio del beso deriva de su propia vulgaridad.

Caricia al alcance de todos.

Ninguna exige menor discreción, tan pequeño caudal de simpatía. ¿Cómo comparar, por ejemplo, un beso

con hundir las manos en los cabellos de la amada, para a través de ellos, transmitir la exquisitez del sentimiento inspirado?

Pero besar es fácil y acariciar los cabellos difícil, por exigir sensibilidad, aptitud en él y en ella.

Muchas mujeres ponen ojos de asustadas. ¡Vaya un capricho raro!

La falta de significación definida, la carencia de espiritualidad del beso tradúcese, con toda precisión, en lo frecuente de que en los besos dados en las obscuridades accidentales de las cachupinadas, no suelan identificar las muchachas quien los repartió.

Manolita, la más pizpireta chamberilera allá por el año 1902, se puso novia con Arturo Ortigosa por creer que era él quien la había besado en un momento en que, intencionadamente—¡era muy bromista!—, apagó la luz el dueño de la casa.

Mis averiguaciones hiciéronme saber que la autora había sido la hermana de Manolita, quien buscando la cara de su prometido, hoy esposo legítimo—¡calumnias, no!—, se equivocó, depositando su ofrenda en la cara fraternal.

A todas estas razones ha de agregarse que mientras es fácil encontrar manos bellas y sedosas, escasean los labios bien formados.

Acaso después del codo, cenicienta estética del cuerpo femenino, ninguna región tan raramente bella como los labios.

Labios fríos, con frialdad de ofidio; labios secos, resquebrajados; labios pintarrajeados que dejan una sensación untuosa; labios excesivamente húmedos; labios mordisqueados persiguiendo obtener un tinte

rojo; labios breves que hacen cutáneo el beso; labios inertes, grandes, péndulos; labios velludos, he aquí lo habitual.

Excepción los labios crujientes, cálidos, dóciles sin humillación, valerosos sin bravuconería.

El encanto de los labios no reside en el beso, sino en el mohín.

¡Oh alegre Isabel, cómo me punza en este momento la añoranza de tus labios, sinuosos, prensiles! ¡Era tu mímica espejo de tu pensamiento!

¡Encuéntrase tan corrientemente la ficción, el amaneramiento, la estereotipia!

Pero aun siendo lindo el hociquito, ¿quién dejará de mirar los ojos para atender a los labios? ¡Poseen éstos tan escasa personalidad!

La boga alcanzada por el beso, pese a su vulgaridad y monotonía, obedece a que permite mantener ausente el espíritu.

Varios defensores de los labios aportan, como argumento favorable, el hechizo de la risa. Son sus servidores; pero unos criados zafios, torpes, atontados. Por contera, la risa nunca es estética. Sólo resulta agradable si la defiende la blancura de unos dientes perfectos, o la expresión radiante de la mirada, o los hoyos traviesos de la mejilla.

Cuando veáis reír a una mujer, fijaros, exclusivamente, en su boca. Me daréis la razón.

El encanto de la risa es de naturaleza auditiva.

La risa femenina suena a música. Sin embargo, ¿cómo olvidar que refuerza su poder de tentación cuando se oye en la obscuridad?

La nigromántica emoción de las risas que desde los

con hundir las manos en los cabellos de la amada, para a través de ellos, transmitir la exquisitez del sentimiento inspirado?

Pero besar es fácil y acariciar los cabellos difícil, por exigir sensibilidad, aptitud en él y en ella.

Muchas mujeres ponen ojos de asustadas. ¡Vaya un capricho raro!

La falta de significación definida, la carencia de espiritualidad del beso tradúcese, con toda precisión, en lo frecuente de que en los besos dados en las obscuridades accidentales de las cachupinadas, no suelan identificar las muchachas quien los repartió.

Manolita, la más pizpireta chamberilera allá por el año 1902, se puso novia con Arturo Ortigosa por creer que era él quien la había besado en un momento en que, intencionadamente—¡era muy bromista!—, apagó la luz el dueño de la casa.

Mis averiguaciones hiciéronme saber que la autora había sido la hermana de Manolita, quien buscando la cara de su prometido, hoy esposo legítimo—¡calumnias, no!—, se equivocó, depositando su ofrenda en la cara fraternal.

A todas estas razones ha de agregarse que mientras es fácil encontrar manos bellas y sedosas, escasean los labios bien formados.

Acaso después del codo, cenicienta estética del cuerpo femenino, ninguna región tan raramente bella como los labios.

Labios fríos, con frialdad de ofidio; labios secos, resquebrajados; labios pintarrajeados que dejan una sensación untuosa; labios excesivamente húmedos; labios mordisqueados persiguiendo obtener un tinte

rojo; labios breves que hacen cutáneo el beso; labios inertes, grandes, péndulos; labios velludos, he aquí lo habitual.

Excepción los labios crujientes, cálidos, dóciles sin humillación, valerosos sin bravuconería.

El encanto de los labios no reside en el beso, sino en el mohín.

¡Oh alegre Isabel, cómo me punza en este momento la añoranza de tus labios, sinuosos, prensiles! ¡Era tu mímica espejo de tu pensamiento!

¡Encuéntrase tan corrientemente la ficción, el amaneramiento, la estereotipia!

Pero aun siendo lindo el hociquito, ¿quién dejará de mirar los ojos para atender a los labios? ¡Poseen éstos tan escasa personalidad!

La boga alcanzada por el beso, pese a su vulgaridad y monotonía, obedece a que permite mantener ausente el espíritu.

Varios defensores de los labios aportan, como argumento favorable, el hechizo de la risa. Son sus servidores; pero unos criados zafios, torpes, atontados. Por contera, la risa nunca es estética. Sólo resulta agradable si la defiende la blancura de unos dientes perfectos, o la expresión radiante de la mirada, o los hoyos traviesos de la mejilla.

Cuando veáis reír a una mujer, fijaros, exclusivamente, en su boca. Me daréis la razón.

El encanto de la risa es de naturaleza auditiva.

La risa femenina suena a música. Sin embargo, ¿cómo olvidar que refuerza su poder de tentación cuando se oye en la obscuridad?

La nigromántica emoción de las risas que desde los

patios suben a las terrazas en las noches tetuaníes.

El enaltecimiento desproporcionado de los labios es consecuencia de la necesidad de temas fáciles, en sí y en sus derivaciones. No atreviéndose a confesarse su penuria intelectual, se buscan motivos de charla, a base de lugares comunes que faciliten la apariencia necesaria para calmar la desconfianza de sí mismo.

El tema de los labios es hermano carnal del de las verónicas, de los ases del toreo y de las estiradas, de los prodigios del balompié.

Los labios, aun en el beso más hondamente labial, limítanse a reflejar la psicología de la decisión.

¡Poco queda a su iniciativa!

No espero que mis palabras te hayan hecho cambiar de opinión. Pero sí confío que de hoy en adelante te decidas a observar.

Si así lo hicieses, a tu fe en el beso le habrá llegado la hora de morir.

Por mí hablaron la experiencia y la justicia.

MANOS

Toda la actual supremacía biológica del hombre débese a la mano. Ella fué quien creó el cerebro. La triste invención del amor, sugiriendo la idea de la constancia y de la unidad, obra suya es. Desde entonces la mano sirve de escudero del amor.

Asiste a su nacimiento y suele ser la figura principal en sus funerales.

No procede su prestigio de la presión ejercida sobre

la del amado. En momentos tales, pese a todos los afanes de discreción, resulta excesiva en el vocear.

Es otra la gloria de la mano.

Si exigiese el contacto, carecería de trascendencia. Cuando interviene, ya está dicho todo.

¡Pobres corazones si tuvieran que aguardar tanto para comunicarse!

La mano percibe la presión elocuente al comenzar el desenlace.

En muchos casos, después de haber terminado.

La divinización de la mano no abre los claveles de su hechizo entre las nuestras, sino arreglando rizos desmandados.

Es entonces cantarina, y su cantar tiene el encanto estimulador de las auroras. Toda la poesía femenina viene a posarse, como una bandada de pájaros, en los nidos nacarados que forman los bordes digitales.

Puesta en alto adquiere prestancia de báculo.

Simbolismo de bandera, cordialidad de faro. Los dedos encuéntranse investidos de gracia alada. Cada uno de ellos parece poseer vida autónoma. Sus actitudes envuélvense en mantos de elegancia. Por mísera y desgalichada que sea la mujer.

Palpita en las entrañas del ademán con que las mujeres alisan sus cabellos un ritmo natural lleno de encanto. El de las flores asomadas por el viento al espejo festivo de un arroyo. Si son de la nuca, la seducción hácese cumbre, singularmente en las morenas próximas a la plenitud de su madurez.

En las jóvenes, el gesto carece de aplomo y melancolía. La bella melancolía de las rosas marchitas.

La mano adquiere valor imprevisto de tentación

cuando roza imprevistamente. La más grata emoción en amor téjela siempre lo inesperado. Lo que se aguarda y ocurre conforme se aguardaba, es de más pobre significación.

¡El encanto de la ternura asomando a unos ojos que se creían indiferentes!

En los casos en que el encuentro sólo tiene de espontáneo la apariencia, su potencial lírico desciende. Unicamente fabrica prodigios la casualidad.

¿Qué emoción podrá compararse, en hondura, a la tangencia de los dedos castos de una monja bella que entrega un libro?

No patinó el tiempo al recuerdo, hasta disfrazarlo. Esos contactos fueron y serán siempre surtidores inagotables de motivos líricos.

¡Cómo duele entonces saberse impuro!

Ha escrito Peladán: como hay un aseo del cuerpo, existe uno del alma. Roñas que no se apreciaban descúbrelas, ingenuo, el paso de esas manos nobles, que siguen su camino sin enterarse.

Cuando el caudal estético de las manos florece, adquiriendo aromada trascendencia, es en la enfermedad. Si se padece dolor físico y en la piel clavó sus arpones el escalofrío de la fiebre.

¡Manos de bálsamo, manos de madre!

Nunca, como cuando llegáis, hace sonar sus dulzainas la esperanza.

No es ternura, ni consuelo, ni siquiera certidumbre de que si el mal venciera, unos dedos eucarísticos harían descender los morados toldos de los párpados sobre el vidriado de los ojos; es un afán de ética, de lealtad, de altruismo, peregrino de santos caminos, el que

hace inefable el goce de sentir enjugado el sudor de la frente por manos amadas.

De su ausencia nace el dolor hosco de las enfermedades en hospitales, sanatorios y hoteles.

La técnica literaria consagró la frase ¡manos sabias!

Son ignorantes las manos. Su intención tómanla siempre prestada.

Aun las de las rameras pecan de sencillas. ¡Posee tan limitado campo la ciencia del amor! Las manos, al servicio del placer mercenario, fingen burdamente.

Aquí, como en tantos otros aspectos, la técnica aparece divorciada de la sinceridad.

¡Como alas serán las manos!

Si tal magia resulta superior a su capacidad, han de aspirar más a confortar que a estimular.

Mejor agua cristalina que vino rojo. El único arte voluntario y exquisito de las manos reside en desfallecimientos y reposos.

¡Pobres manos calumniadas! ¡Pobres manos profanadas!

Son enemigos vuestros los que, llamándoos sabias, os piden en vez de languidez audacia; actividad y no cálida quietud.

¡Como alas debéis ser, para haceros perdonar el gran delito de haber dado al cerebro su actual complejidad!

FAROS

La razón vocea insolente, y la experiencia taimada corea su gritar, que es deber del amante mirarse en los ojos de la amada.

Sólo por estos ventanales es posible asomarse a conocer el rito escogido por el Instinto. Únicamente así resulta posible recibir las indicaciones para logro del acierto.

Ningún otro recurso existe para llegar al pie de los muros de los huertos de la vida interior, y ya que no ver sus flores, conocerlas por el aroma.

Nada más exacto y convincente, claro y breve, que este pregón.

Sin embargo, son muchos los enamorados a quienes dan miedo los ojos de la escogida. Dan miedo, inquietan. Desazonan.

¿Por qué?

Por desacuerdo irremediable entre aspectos estéticos que se quisiera hermanar.

Son también muchos los enamorados embriagados por mujeres distintas del modelo preferido. Y no menos los que llevando en alto, como ideal supremo, un tipo de mujer, al encontrarlo en la práctica permanecen indiferentes ante él.

Estos hombres son, siempre, soñadores acobardados al enfrontarse con la realidad. Por miedo huyen de los ojos que habían escogido al proyectar teóricamente.

Abundan los enamorados partidarios del amor estático.

El dinámico les aturulla, azora y descompone. La legión de los saboreadores del placer de contemplar. De los que prefieren los lagos al mar. El silencio dulce, al alborotado tráfago de los juramentos ardientes y tonantes.

Los remansos encenizados de la tarde, al esplendor

refulgente y triunfal de la mañana. El callado bosque de pinos, al rumoroso de eucaliptos.

Ese afán de un reposado querer implica propósito de renunciación, de sacrificio de la individualidad, de integración a la vida inconsciente del planeta.

Sentimiento de humildad panteísta, opuesto a todo lo que no sea acatamiento a lo inmutable. A escalar riscos por coger una flor, prefieren cortarlas en el claustro de un convento abandonado.

Esta aproximación al corazón de la tierra es lo que hace temeroso mirar a los ojos de la Deseada.

¿Y si ella caminase lejos?

Los ojos que remueven cenizas, avivan rescoldos y, sobre ruinas, prenden incendios, son imponentes.

Cogido en sus redes, no cabe retroceder. ¡Y es tan doloroso remar en galeras donde se ignora el rumbo!

Mientras no se les mira, es fácil creerse dueño de sí, dueño de servir sus proyectos. No crujen, navegando por estos mares, las arboladuras de las naves del deseo. Hay lugar a la quietud. Cabe figurárselos como se quisiera verlos.

El amor puede fingirse fiesta amable de familia. Ni estridencias ni cabriolas. Ni cirios, ni cataratas de sol. Cabe forjarse planes todo orden, método, y esencialmente comodidad, ponderación, equilibrio.

Sólo asomándose a los ojos es posible conocer los ritos del Instinto. Más, ¿para qué? ¿No se creó el amor con el propósito de encadenarlo?

Son muchos los hombres a los que embriagaron ojos que reputaban insignificantes, a los que ojos soñados no causaron la necesaria emoción para tejer un amor,

a los que fueron a esclavizar otros, como castigo a la imprudencia de haberlos mirado.

¡Ojos aleonados!

¡Ojos de hoguera, ojos castamente desnudos, ojos flageladores!

¿De dónde emana su poder? De lo innacesible de su secreto, que la boca no se atreve a revelar, ni el gesto a consagrar. ¡Ojos divinos, que carecen de la preocupación de su propia belleza!

¡Su independencia es su fuerza!

Extraño brillo el suyo. No es brillo de cristal, ni de acero pulimentado, ni de porcelana, ni de espejo, ni de arroyo.

Brillo convexo de mar lejano, bajo el sol de mediodía.

En su fondo se ve el fuego. ¿Quién lo encendió? Una vaga sensación llegada de las tierras ignotas de lo subconsciente, nos advierte que no fuimos nosotros.

¡Ojos de misterio y disfraz!

Ojos policromos. Sobre el cobre, tonos esmeralda. El iris profundo como el brocal de un pozo, como un cráter. Ojos con escala de matices interrumpida en lo alto.

Ojos que aun dormidos tiranizan, cuando entre las pestañas se filtra el reflejo de una mirada sin horizontes, grave y ardiente.

El alivio de tales momentos permite a la imaginación tejer dorados tapices de optimismo.

Desiguales, desdibujados por la seguridad de que han de volver a triunfar las luces ausentes.

La consciencia de la inferioridad biológica, de lo ridículo de la rebeldía, repite su canción, y, vencidos,

comprendemos que sólo una actitud cabe: ¡la plegaria!

De rezarla se encargan los labios, yendo a depositar su ofrenda sobre los párpados caídos, en súplica de que su hechizo vuelva a vivir.

Doloroso dilema: o no mirarlos y no enterarse, o enterarse y padecer. Dilema que explica cómo hay enamorados de mujeres con que no soñaron e indiferentes ante una de éstas si la vida la coloca en su camino.

¡Torpe trama esta del amor!

Tan torpe, que convirtió en tortura el espectáculo de unos ojos aleonados, de brillo convexo, de mar lejano, bajo sol de mediodía.

MANANTIAL DE INQUIETUD

Paz interior y amor son incompatibles. Esta inquietud ¿representa el precio puesto por la Naturaleza al yerro de inventar el amor? Como expiación anidan en él los parásitos de la ansiedad.

Quien ama, no pudiendo revolverse contra sí mismo, se lanza sobre lo amado rabiosa, cruelmente. No sería totalmente disparatado cimentar en este hecho una teoría de la algolaguia. El masoquismo es gratitud; el sadismo, descontento, hambre no satisfecha.

Esta condena a dolor perpetuo aproxima el amor a la muerte. En ambos es fatal y previsto el desenlace.

No cabe poner la ilusión en burlarlo. Una clara conciencia del imposible ciérnese implacable sobre la fe sexual, con la persistencia desesperante de los tormentos mitológicos.

En los más arrebatados momentos de frenesí, el so–

bresalto extiende su viscosidad sobre las paredes del templo.

En esa cabalgata de inquietudes, en ese continuo fermentar de la zozobra, hay una cumbre tapizada de temor y contento. Contento de ver a la Deseada rebasar las fronteras de lo fisiológico; temor de que su vida pueda cesar.

Entre las mujeres bien amadas, ninguna ignora el encanto de esos instantes sublimes, sobrehumanamente sublimes, en que su cara palidece, sus ojos se entornan y su conciencia se borra.

Las ojeras hechas más profundas, obscureciéndose, se amorotan; la nariz se afila, tórnase superficial y lenta la respiración.

El cuerpo espiritualiza los contornos, parecen afilarse los dedos de la mano, la curva de las caderas muestra menos opulencia y solemnidad; hay más adolescencia en los senos. Como si una voluntad, poderosa e invencible, quisiese desandar el camino triunfal del desarrollo.

Cobra aspectos de perfección y novedad la belleza.

Cual si la luz bajase directamente del cielo.

Pero la inmovilidad, el desvanecimiento ahogan el esplendor de la pleitesía. Domina primero el respeto, la veneración. El éxtasis sexual sobrecoge: Como las tormentas en el mar y el crepúsculo en el desierto. Surge campeador y precusor el propósito de postrarse y rezar.

Angustiosa lucha entre motivos igualmente fuertes que detienen la acción, dejando enseñorearse del espíritu el anhelo de que vuelvan a abrir sus corolas las rosas de las mejillas y a extender la sonrisa su dulce sombra sobre la cara adorada.

¿Y si no despertase?

¡Habría que morir también! Sería un deber imposible de eludir. ¡Con qué distinta tensión espiritual!

Su vida se fué en brazos de un sopor exquisitamente lánguido. Tuvo la tragedia un espectador apasionado.

El sacrificio llevaría sobre sus espaldas el oprobio de las abnegaciones estériles. Sin embargo, ¿cabría vacilar? ¿No sería el medio único de escapar a interrogantes cuyas palabras hieren como garras de león?

¿La mató el placer o murió en un loco afán de separación, en una cita dada en los linderos de la razón y a la que sólo ella acudió?

Pasan rápidos los rebaños de la vanidad. Se canta a gritos la pretendida victoria. Todo fugaz. ¿Y el deber, omitido, de la reciprocidad?

Desvanecida de goce, la mujer pertenece menos que nunca. ¿Qué sensación la condujo a aquel estado? La roedora seguridad de no saberlo jamás vence y dispersa los demás pensamientos. ¡Necia ambición de conocer lo que se poseyó!

Si terminó su vida, habría que morir, como homenaje a una impresión que se ignora.

¡La meditación cesa!

La piel recupera sus tonos sonrosados, vuelve el pecho a su tersa magnificencia, desperézanse los brazos en aristocrático gesto ondulante, de ofidio. La mirada, turbia aún, vacila.

Una última inquietud, ¿qué busca?

A quien la ama. Primero, perezosamente; luego, veloz, ansiosa. Al hallarlo se llena de alegría su rostro, alegría de convaleciente.

Mientras sonríe, vuelve a plantearse el conflicto entre la duda y el acatamiento.

Hasta que el panorama de su carne bonita, delicada, serena, disipa las nieblas y el deseo retorna impetuoso, domeñador, clarineado por sus pupilas. Vínose a tierra el potro del tormento. Sólo allá lejos, muy lejos, sigue implacable, disparando sus dardos, la experiencia de años que debieron ser de teoría.

La armonía de movimientos que integra la gracia plena de su cuerpo reproduce el milagro del afán, y la ventura de la misión sagrada tiende sobre ambos su manto aplacador...

Sólo resta la cicatriz en el pensamiento, y atemoriza aún que el desmayo vuelva a tener lugar, desatando la jauría de los sobresaltos.

¡Es tan linda su expresión, que el reposo no puede, pese a su enorme valor emotivo, suplirla en los altares del querer! Esto inventa el consuelo.

¡Paz interior y amor son incompatibles!

TEMPESTAD

Tarde de invierno. La ciudad enlodada perdió su animación bajo los látigos del viento. Estremécese acobardada y solitaria. Los transeuntes, escasos y ateridos, caminan rápidos, con el espíritu lleno de nostalgias, que siembra en ellos el espectáculo de los balcones iluminados.

La Deseada llega tiritando. Sus manos heladas buscan, suplican, la caricia cálida de los besos. La naricilla enrojecida derrama por el rostro una gracia pícara. Sus ojos parecen más hondos. Su mirada, indecisa.

Retrepada, con deliciosa actitud andrógina, en el sillón, se deja invadir, lánguida, por el bienestar de la atmósfera, tibia y zalamera, de la habitación.

—No me hables hasta que entre en calor. No sabría contestarte más que tonterías. ¡Estoy transida!

Detiene la mirada en un viejo cromo de los que el siglo pasado regalara, a sus abonados, *La Ilustración Ibérica*: "Conversión del Duque de Gandía„, y entorna los párpados en un mohín de desprecio.

—¡Qué poco sabía de amor el Duque!

Ya confortada, se quita el abrigo y aspira con fruición el aroma de las flores que, al pie de una lamparilla encendida día y noche frente a su retrato, testimonia la lírica perseverancia del amado.

Recorre gentil y alborozada el cuarto, regando en los muebles su ropa. En una silla la blusa, en otra la falda. Ríe con risa infantil, traviesa y metálica. Enseña la lengua a una copia de "El caballero de la mano al pecho„, y acaba por sentarse, sin otra protección que la camisa, sobre un brazo del sillón, columpiando sus piececitos, que conservan los lindos zapatos, de un amarillo delicado, amarillo de hoja otoñal. Su mirada acaricia, envolviéndolos en luz cegadora, los ojos del amante.

Aprieta los labios, hace un gesto de decisión y rompe a hablar. Alocado desfile de temas vulgares, pequeños incidentes de vida la cotidiana. Su charla canta como una cascada de los Pirineos. Encajes de espuma sobre fondo de majestad.

Llega el triunfo del amor.

Viene sereno, reposado, entre un cortejo de caricias aguijoneadoras del afán, con la confianza un poco pretenciosa de que es esperado. Paso de procesión.

Sobre esta lentitud solemne alza la alegría desasosegada de su ama, el vuelo desenfadado de los zapatos, de amarillo delicado, amarillo de hoja otoñal, que, tras cruzar el aire, vienen a caer junto al diván, inmovilizándose con un ruido seco, que, apenas nacido, ahoga la alfombra.

La confusión de las caricias desordenadas se atropella bajo los rizos cosquilleantes de la nuca, sobre la curva intranquila de los labios, en la amplia y descarada de los hombros. El pudor huyó perseguido por el deseo.

Se hizo de noche y la carne tiembla bajo la luz tenue y anaranjada del fanal pendiente del techo. Cesan las palabras. Se oye el latir de los corazones.

De la boca de ella salen palabras ininteligibles, inconscientes. ¿Quebró el placer la plegaria al Instinto?

Abrumadora angustia.

La duda empieza a encaramarse por el pensamiento.

Preocupaciones imprevistas abaten el optimismo. La experiencia, la pedante experiencia, inútil por tardía, odiosa por cruel, grita consejos y advertencias. La sensualidad deja oír sus primeros gemidos. Los forcejeos de la fe en ella parecen pueriles, inoportunos.

—¿Qué dirá, a quién nombrará?

Inútil escrutar su cara. Los ojos no miran. El espíritu está ausente. Se entremezclan sílabas y suspiros, y ni unas ni otros tienen traducción.

¿Será tanta la torpeza que el fervor haya avivado recuerdos odiosos?

El amante, atento a la despiadada interrogación no ve la sonrisa de ternura y gratitud de la boca amada. La sangre golpea en sus sienes, aturdiéndole. La garganta, reseca, impídele hablar. Procura aguzar el oído. Empeño inútil.

Ella, fuerte, sana, después de apurar la copa del divino licor, sonríe satisfecha.

En su cara todo es luz, contento, lealtad.

—¡Qué feliz he sido!

Contémplala él, huraño, hostil, reconcentrado. De la calle sube ruido de puertas metálicas. Empiezan a cerrar los comercios.

—¡Dios mío, qué tarde!

El amante, ante el hechizo de aquel cuerpo, cuyo espectáculo magnífico le van ocultando, poco a poco, las perfumadas ropas, servidoras del pudor, comienza a ceder.

—¿Y si fueran cavilaciones mías? Tengo una sola prueba.

Mientras, la Deseada, ya vestida, recobra su aspecto ciudadano. Él la mira con tal expresión de melancolía, de sufrimiento, que detiene su sonrisa.

—Alguna de tus tonterías, ¿verdad?

No sabe qué contestar. A falta de palabras, la besa en las manos, con unción en que se sienten sonar las arpas del dolor. Del dolor supremo de no poder creer. Siente ganas de llorar.

¡Se ha ido!

Antes hizo una mueca de burla a "El Caballero de la mano al pecho„, otra de rabia a "La conversión del Duque de Gandía„, deslizó sus dedos por el teclado del piano y dejó, al adolorido, el consuelo de un beso en los ojos.

La ciudad, esclava del lodo, estremécese, acobardada y solitaria, bajo los látigos del viento.

La habitación se llena de tristeza. Bórrase lentamente la estela del perfume de ella. Venciéndole va el de las flores.

El amante, que volvió a plantearse el insondable problema, apaga el fanal de la luz anaranjada, y guiado por el faro vacilante de la lamparilla que chisporrotea ante el retrato, llega junto a la mesita que le sirve de altar, cae de rodillas, y llorando empieza a pedir perdón.

¡Cómo si pudiera oírlo!

Es que la quiere, en este instante de angustia infinita, como nunca la quiso.

¡Enseña tanto el sufrimiento!

CABELLOS

Sin intención de trascendencia ni ambición de pleitesía, voy a pregonar una idea profunda, disfrazada de pirueta: la finalidad básica del peinado femenino es ser deshecho por el hombre.

Interin se conserva arquitectónico, impecable, no representa sino ilusión, promesa.

Sobre su valor estético, elévase triunfal esta condición de ofrecimiento. Una cabeza de mujer despeinada por manos masculinas adquiere categoría de trofeo. Ayuda a ello que las hembras no suelen resistir sin protesta la prueba de que las enreden los cabellos, a no ser en el torbellino de una audacia provocada o en la entrega total.

De esta base experimental se deduce la necesidad de que las mujeres que aguardan al amor adopten peinados fáciles de reconstruir. Fácil y rápidamente.

No puede hablarse de posesión de una mujer mientras ella imponga respeto a sus rizos. Así como el amor del hombre discreto presenta, por signo patognomónico, el cultivo de la tontería—ningún ejemplo como el caso de Don Juan Tenorio—el cariño de la mujer tiene su reacción característica en no rebelarse contra la alteración de la armonía capilar.

En el fondo tal es la razón de lo efímero de la moda de las melenas. Desarreglar unas melenas no tendrá ¡jamás! la prestancia, la voluntad, el acento cacareador y afirmativo de alterar la estética de un peinado de moño.

Despeinar unas melenas requiere tres condiciones:

Persistencia en el propósito.

Polarización de las maniobras.

Frialdad en la técnica.

Las tres patinan de incongruencia el acto, a los ojos de quien se prestó a soportarlo.

En cambio, ¡qué fácil acabar con el hieratismo de un moño! Sobre todo, si fué incrementada su perspectiva con añadidos y postizos.

No terminan aquí los inconvenientes de la melena. ¿Y las nucas rasuradas?

Entre unos rizos pícaros, cosquilleantes y el contacto de una piel afeitada hace cuatro o cinco días, media distancia que nadie puede negarse a reconocer.

¡Oh divino encanto de las cabelleras adoradas!

¡Cabellos bendecidos que mientras Ella descansa semejan olas de sombra, cuyas espumas fuesen los calados encajes de la almohada!

¡Marco inestimable de la hermosura pálida!

¡Cabellos que conocen el secreto de los llantos reprimidos, y cuando la travesura de su dueña así lo quiere, se anudan al cuello del rebelde para arrancarle una sonrisa!

¡Manto perfumado mientras el goce rinde!

¡Cascada de orgullo, al descender atropellándose sobre la blancura mate de la espalda!

¡Airón de tentaciones sutiles al agitarlos el viento!

¡Ternura si, abandonada la linda cabecita sobre las rodillas del amado, los dedos cobardes, de éste, hundense temblorosos en la fragancia de su ébano!

¡Dulce emoción al intentar recoger el mechón revoltoso asomado bajo el ala del sombrero!

¡Voluptuosidad, si el espíritu enredador de su ama los colocó entre boca y boca, para imponer a los labios impaciente peregrinación!

¡Pesar, si los enmarañó la fiebre!

¡Gratitud, si lo hizo nuestro afán!

¡Siempre ensueño, sensualidad, estímulo!

El color es indiferente. Basta verle armonizar con la carne.

¡Oh el ridículo desnudo de las morenas teñidas de rubio!

¡Cómo te indignaste, epicúreo Isidro, ante Juanita, la viuda procaz e inquieta, del cabello rubio y el cuerpo cetrino! ¡Tentábate su pretendida experiencia y renunciaste a ella! Desde que tu buen gusto venció a tu curiosidad, tienes un pedestal en mi alma.

No lo supiste aún; pero quiero que no sigas ignorándolo. Me la encontré años después. ¡Cómo te puso! La hice callar avergonzada, sin más argumento que los

fueros de la estética. No desistió de oxigenarse. Sigue desenfadada e inquieta, y tiene ahora ¡cuarenta y tres años! ¡Qué menopausia más bufa!

La belleza demanda que pelo y vello guarden natural, fisiológica fraternidad de color.

Toda mujer que altera el tono de sus cabellos, expónese a despertar el desencanto, si se presenta ante un hombre de gusto estético medianamente depurado.

La repulsiva sorpresa de las cabelleras estridentes, que son como un grito cínico en la belleza augusta y generosa del desnudo.

¿Que la mujer cambia el color de su pelo buscando un efecto a obtener vestida y enmediada?

Cierto. Pero ello equivale a renunciar al amor.

¿No se inventó éste con el propósito de alzar una tendencia de exclusivismo romántico frente a la poligamia que impone el instinto?

¿Cómo olvidar que vive más cerca del buen amor la honesta que la coqueta? Para tener probabilidad de inspirar una pasion, ha de ponerse el pensamiento en el escogido, no en agradar a todos.

La que sólo busca estimular sensibilidades de un hombre, no cometerá jamás el feo pecado de romper la armonía de su belleza con tintes clownescos, totalmente contrarios a los matices ingenuos de la carne.

En amor hay que optar entre el individuo y la masa.

Lo primero conduce al amor; lo otro, no.

LA MÁS LEAL

Inexplicable y antipático el abandono en que los enamorados tienen al sentido del tacto, restando al cariño tan valiosísimo elemento estético.

No es punto de vista literario desde el que hablo. La comprobación hállase a ras de paciencia.

¿Cuántos hombres son capaces de reconocer, sólo por el contacto de la piel, a la reina de sus soñares?

¿Podrá decir que obtuvo de un amor todo su rendimiento sentimental, ético y filosófico quien no logra distinguir, por la piel, a la que adora?

En cuanto se concede atención a la cenicienta sensorial, descúbrense inesperados aspectos, hállanse nuevos medios de expresión, hácese más hondo el sentido biológico de la atracción, aumenta la facilidad de comprender la psicología ajena.

La piel constituye el más leal de los medios de expresión con que cuenta el organismo.

Se deja influenciar muy escasamente por la voluntad.

Pueden mentir fácilmente los labios, con alguna mayor dificultad los ojos; pero la piel nunca se pone al servicio de una ficción.

¿Quién creerá en el amor de una mujer en que mientras las palabras trenzan halagos y aseguran pasión loca, las manos están frías?

Buena táctica es en vez de mirar a los ojos atender a la piel. Con un poco de tesón, resulta fácil llegar a habituarse a juzgar por el contacto cutáneo del grado de sinceridad de la Deseada.

Y, lo que es más interesante, darse cuenta de cómo

la personalidad constituye un amasijo de tendencias contradictorias.

La sorpresa de los rodales de piel rebeldes a toda osadía.

Los hombros de Margot, quietos, severos, huraños, frente a la temblona impaciencia del resto del cuerpo.

¿Y la rareza de Elisa, tan recatada, tan pura, incapaz de resistir a la tentación de pensar en el pecado, en cuanto los dedos de un muchacho, inconscientemente o no, tropezaban su muñeca?

Ya me habrás perdonado que descubriese tu secreto.

Fué un hallazgo casual. Estuve torpe. Debió prevenirme aquella tu manía de bailar en todo tiempo con las manos enguantadas.

Pero tienes que reconocer mi lealtad no intentando aprovecharme.

¡Oh la seducción de esas pieles en que cada poro semeja una boca abierta!

¡La melancolía de las epidermis húmedas, que parecen llorar en la resignada tristeza de las despedidas!

¡El ardor febril de algunas manos, quemadas por el deseo, que se entregan con apariencia de indiferentes!

¡El consuelo de los dedos de seda, maternales, que en un momento de desaliento buscan vuestro brazo, para dejar en él una presión dulcemente humilde!

¡El estímulo de los brazos que ciñendo el cuello parecen ser coraza y bandera, cuando el desánimo, extendiendo sus alas, os roba el consuelo del paisaje!

¡La bondad del nido caliente del cuello donde encontráis, aún, el salado sabor de las últimas lágrimas!

No son matices difíciles de apreciar. Basta con olvi-

darse un poco de sí mismo. La recompensa no se hace aguardar.

Se sutilizan y estilizan el amor y el goce del amor.

Nada tan exquisito como conocer por las reacciones cutáneas el miedo con que una mujer se deja conducir, incapaz de rebelarse.

Ni los ojos asustados, ni la boca balbuciente aciertan en esos momentos a expresar la verdad. Sólo la piel logra transmitir la sensación del delicioso suplicio de querer y no querer.

No es privilegio reservado a pieles finas, bien cuidadas. Trátase de una propiedad intrínseca, no de una adquisición, y ninguna epidermis carece de ella.

Aun las pieles granujientas, oleosas, negras, relucientes de las esclavas, poseen esta elocuencia.

¡El dulce cantar de las pieles tostadas, piel de arena de playa, en cuyas estrofas gime la nostalgia de las razas blancas!

¡Qué sumisa lealtad traduce constantemente la piel!

En los momentos de dolor ningún otro órgano de expresión es comparable a ella. Los mismos ojos pecan de rencorosos.

Sólo la piel dice la verdad del momento, sin recuerdos del pasado, sin amenazas o promesas para el futuro. Y dícela modosamente, serenamente, indiferente a los efectos, obediente a los motivos.

Cuando se ha llegado a conocer el idioma de la piel, se está más apto para asomarse a la vida desde puntos de vista humanos.

Todos los detalles, aun los más insignificantes, del cuerpo amado, adquieren un sentido profundo, un existir armónico e irradiador.

Sólo después de haber preguntado a la piel de la elegida, se puede poner amor autónomo en la adoración a los deliciosos rincones, trono de la ingenuidad: el hoyo del codo, la concha del oído

Entender los anhelos de la piel hace flexible el querer, flexible, desenvuelto y jovial.

El olvido de la piel, tan corriente en los amores, equivale a un tonto despilfarro de motivos que, si cuajasen, permitirían alcanzar el logro de la suprema obligación de aristocratizar los sentimientos y conservar intactas las rutas del Instinto.

EL RITMO

En amor conócense dos tipos de ritmo corporal: subjetivo y objetivo.

Mujeres que en la calle caminan luciendo una elasticidad de talle, cuajada de promesas y en la intimidad no aciertan con la fórmula dinámica de su cariño = ritmo objetivo.

Mujeres pavas, públicamente incoloras e insípidas, en cuanto el ángel de la discreción colócase a la puerta de su alcoba un dedo sobre los labios, pidiendo respeto y silencio, hallan pronta y ostensiblemente el modo adecuado = ritmo subjetivo.

El ritmo exige sinceridad y comprensión, ya que amor verdadero no es romanza, sino dúo. Colaboración, no cabriola individual.

Estéril empeño perseguir ritmos aristocráticos para aventuras vulgares; de fregadero. Equivocada preten-

sión esforzarse en ritmos toscos ante mujeres envenenadas de literatura.

Es obligación y conveniencia pensar en quien con nosotros bebe el licor supremo. No hay belleza sin espectador.

¿Será éste el motivo de las imperfecciones del mundo? Su creación no lo tuvo.

No hay belleza sin espectador, ni amor posible donde reina la soberbia. La soberbia, en amor, representa un lujo de que sólo ciertos espíritus, excepcionalmente dotados, pueden hacer alarde.

No por ello ha de entenderse que la adaptación tendrá por límite el logro de sus finalidades. Las fronteras están más acá, donde comience a difuminarse la personalidad. Buen ejemplo el de los profesionales de curar hablando de distinto modo, según la distinta condición del cliente, sin dejar por ello de ser médicos.

Las mujeres que renuncian a su personalidad dejándose guiar, rara vez llegan a una expresión sintética. Son muchos los enamorados que emplebeyecen y enlodan cuanto tocan.

¿Cómo no pensar con tristeza en la muchachita casta, de veinte años, casada con un cuarentón, que hasta entonces sólo conociera caricias mercenarias?

El ritmo ingenuo, vacilante, indeciso, todo sobresalto y balbuceo, de la virgen no podrá satisfacer al vicioso, necesitado de espuela, no de suaves contactos de pétalos.

La diferencia de edad oponiéndose a la explosión de un amor verdadero, llevará al cuarentón a no renunciar a sus hábitos y a buscar imponer el ritmo canalla que es la esencia toda de ellos.

Infinidad de nobles virginidades son así inmoladas.

La tragedia de los talles sumisos, las manos humilladas y los ojos condenados a silencio.

¡Torpe ignorancia de los compradores de amor! Cuanto más pueril es el ritmo de un cuerpo femenino, más riqueza estética contiene. Cuanto más caprichoso, menos técnico, más intuitivo y menos decidido, mejor.

A los filisteos les asustan estas mujeres leales a sí mismas. Piden que se mantengan fieles a ellos, no a sí propias.

Condición imperiosa para el ritmo es no anquilosarse.

Reflejará como un espejo, tendrá la augusta movilidad del mar, poseerá el carácter desconcertante de los milagros y la riqueza de tonalidades de un atardecer en Gorgues.

Deben influenciarlo la hora, el paisaje, las palabras.

Recién llegado, de guarnición, a rica y simpática ciudad levantina, fué mi primera admiración una vecinita linda, pequeña, viva, de elegante silueta.

Era base del efecto que me produjo la tendencia a la vibración acusada por los movimientos. Singularmente los hombros, pregonaban la enorme facilidad de su dueña para ser eco.

En el paseo, mientras esperaba al novio, andaba suave y profundamente. Matiz visceral fundido admirablemente con el ambiente, reconcentrado y ansioso, de la ciudad. Parecía llevar las manos llenas de flores y el pensamiento de deseos. Era leve el pisar, ¡pero a su influjo desanillábase el cuerpo en espirales hirvientes de voluptuosidad!

Tan claro era todo, que me permitía adivinar cuando el novio no estaba en la ciudad.

Los amigos forasteros nos reuníamos junto al escaparate de la única librería de la población. De su puerta colgaba gigantesco termómetro, reclamo de una fábrica de tinta. Constituía nuestro recreo analizar las bellezas locales y jugarnos pesetas a acertar la velocidad con que descendería el termómetro.

—¡Dos reales a que, dentro de cinco minutos, sigue marcando lo mismo!

—¡Van!

Hice ante el corro tales elogios de mi gentil vecinita, que al saber la ruptura de sus relaciones con el novio de las repetidas ausencias, uno de los camaradas, no sólo le sustituyó, sino que casó con ella.

Les encontré años después en Madrid.

—¡Tenías razón, y te estoy agradecidísimo! ¡Es una santa! Sólo al principio del matrimonio me disgustó un poco. ¡Tenía un modo tan raro de querer! Pero se acostumbró a mis maneras, y ahora somos dichosos.

Los ojos de mi ex vecina me dijeron que ella no.

El ritmo, cuando no se le cortan las alas, es un embrujador que sabe vestir de nuevo las más viejas sensaciones.

El ritmo es el esqueleto del amor. Torpes los que eligen basándose en motivos estáticos. ¡Divino dinamismo del ritmo!

¡COMO PALOMAS!

Los pies femeninos poseen alto valor estético para los fetichistas. Este fetichismo no es ni el más intenso ni el más frecuente.

En una investigación llevada a cabo por Stanley Hall, con la finalidad de determinar el orden con que son preferidos los encantos femeninos, halló que, el de los cuatro más importantes, era:

Ojos.
Cabellos.
Estatura.
Pies.

No refleja exactamente la realidad tal resultado. Muchos pretendidos admiradores del pie lo son únicamente del zapato.

Toda la beligerancia que dentro de la normalidad suele concederse al pie no pasa más allá de las fases de comienzo. Acelera la aparición del amor. Ayuda a su exteriorización; pero su suerte, la inmensa mayoría de las veces, es ser olvidado.

¡Ni vienen en su ayuda sentimientos de gratitud!

Son muchos los cobardes que, no atreviéndose a hablar, confían a los pies las primeras escaramuzas. ¡Las divertidas equivocaciones al aterrizar bajo la mesa! ¡El encanto de la antigua camilla, que en su vientre guardaba un brasero, y a la protección de cuyas faldas tantos apocados se atrevieron y tantos atrevidos se propasaron! Logrado el objetivo, el pie es condenado al olvido.

¡Oh venerable doña Manuela!

Sería desagradecido como un felino, si en este instante no dedicase un recuerdo a vuestro arte en convertir en fuego de amor el cisco de tahona. A vuestra tolerancia, integrando la partida de lotería más lenta, entrecortada e incongruente que conocieran los humanos.

Ramón, ¡aquel chico que iba para funcionario y llegó!, acusábala de técnica equivocada. Era constante la cantinela. ¡No casará a sus hijas! ¡Sería mejor mayor seriedad! ¡Debe gastar un dineral en palas! Se equivocaba.

Pregonándolo están, casadas y bien casadas, Pili la macilenta y Carmen la robusta.

¿Olvidó usted cómo cayó Ángel por alargar desproporcionadamente el pie, en busca del de Anita?

¡Buena costalada! ¡Buena también la patada que largó a usted, en medio de la espinilla!

De no haber resultado ya insuperable mi admiración lo hubiera sido desde aquel día. ¿Cómo no prosternarse ante el rasgo de decir, con aire ingenuo, a últimos de noviembre del año 1899?

—¡Habrá resbalado la silla en alguna cáscara de naranja!

Los que no conceden a los pies otro carácter que el de elemento de vanguardia, ignoran la emoción sana de cuando llegan blancos, isquémicos por el frío, llevárselos al regazo y con barniz de besos devolverles su tenue sonrosado. Muévense en este momento como palomas aprisionadas entre las manos, y adquieren travesura de deliciosa infantilidad.

Por asociación, no tan rara de orígenes como infrecuente de presencia, despiertan representaciones campestres.

El pie resulta siempre, ¡siempre!, menos hipócrita y artificioso que la mano. Más leal. De exteriorizaciones menos estudiadas.

El desnudo de los pies no interesa a la mayoría de los amantes. A las españolas extrañánlas mucho los

pies descalzos y pintados de las moras. Allí sólo las viejas llevan medias.

Los españoles están habituados a conceder mayor prestigio sexual al continente que al contenido. A la media y al zapato que a la carne. No es éste, sin embargo, un prestigio desinteresado: Tras él se amparan viejas, lascivas y coquetas. La pantorrilla enmediada no tiene edad. No padece la condena de sinceridad de los ojos, tan claramente envejecidos. Pero los pies desnudos siempre serán líricamente superiores porque poseen lenguaje. Medias y zapatos tienen valor de mordazas.

¡Cómo se agarran sus dedos al tapiz cuando un pensamiento campeador domina a la dueña! ¡Cómo se hunden en él, buscando huir, cuando la saben humillada! ¡Quien os vió traducir lo que la boca callaba, no podrá negaros mayor valor descalzos que cubiertos!

¡Cuánto os deben los ojos!

La facilidad de canalizar hacia los pies la tensión nerviosa, permite a la mujer permanecer tranquila, indiferente, en apariencia, y a los ojos olvidar su obligación de válvulas.

Son sus pies lo que hacen tolerable la mirada de las esclavas de Tetuán, tan cargadas siempre de rencor, de protesta, de orgullo sexual.

Suele esgrimirse un argumento ariete: los pies femeninos rara vez son bellos. Dedos retorcidos como sarmientos, uñas implantadas defectuosamente. La obra del calzado.

Pero esta realidad innegable de los pies deformes no representa sino motivo de ternura. Perdieron la pureza de la forma buscando parecer más bellos.

No olvidemos el reconocimiento debido a quien por agradarnos se sacrifica. Su feúra es nostálgica fealdad de soñador vencido.

Estética justificación de una falta de estética, que ennoblece la demasía de las caderas, opima promesa de magnífica maternidad. La fealdad antipática es la que ni evoca ni promete.

¡Pobres pies, tan dóciles, tan propicios, tan agradecidos, tan resignados! ¡No saben muchos hombres, que sois el rincón del huerto del amor donde más espléndidamente se cubren de flores los geranios de la ternura!

¡No os entienden!

LÁGRIMAS

Siempre encontré más grato enjugar lágrimas femeninas que hacerlas verter, y ciertamente no sólo por bondad. Tengo miedo cerval a ver llorar a las mujeres bellas. ¡Es tan raro llorar bellamente!

La mayoría de los llantos son discordantes, feos, hiposos, antipáticos. Congestionan la cara, estremecen la grasa abdominal payamente.

¡Cómo te disculpé, Jaime, cuando indignado por el absurdo gimotear de Cristina, la propinaste aquel puntapié, que haciéndola rodar por el suelo te colocó en la más comprometida de la situaciones, al venir sus padres!

Cualquier otro de tus amigos hubiéramos hecho lo propio. Era tan absurda la traducción centrifuga de su

dolor, que se clavaba en la frente, como una escarpia de la que pendieran sacos de arena.

¡No había espacio para la piedad!

En estos llantos hay dos estímulos poderosos de la cólera: el gesto y el ruido.

El gesto es fatal, inexorablemente feo. Las mujeres de buen gusto y buen sentido, que no es lo mismo, procuran llorar sin poner cara de que lloran.

Al llorar, elévase desproporcionadamente el labio superior, como si fuese a huir por la nariz; el surco nasolabial conviértese en una curva agresiva de concavidad interna; la boca se hace rectangular.

Pocas fisonomías hay capaces de soportar dignamente estas modificaciones. El llanto estéticamente tolerable lo es siempre de ojos. Las gentes suelen llorar más con los labios que con los ojos. Más recusable es todavía el llanto con ruido. ¡El horror de los gemires de hipo! ¡La antipatía de los monótonos, sin pausas, de rorro!

Una expresión de dolor, y resbalando por las mandíbulas lágrimas sueltas, de lento progresar. ¡El único tolerable! Llanto de hombres. Sin embargo, no sería lícito negar que da más sensación de lealtad el otro, el desordenado.

Hay tres modos de llorar—conviene insistir en ello—: con los ojos, con los labios, con los hombros. Este es el llanto ruidoso.

Una ventaja lleva el llanto a la risa: la menor participación del abdomen. ¡El espanto de los vientres enormes, lacios, menopáusicos, sacudidos por salvas de carcajadas!

Existe una variedad de lágrimas que valen por todas

las satisfacciones del amor. Siendo silenciosas, aturden. Postigos abiertos a los patios de oro y marfil del instinto.

Quien no vió a una mujer llorar de placer, desconoce hasta qué fina sensibilización puede llegarse, sirviendo la causa de la especie.

La mujer que mirando en éxtasis llora de placer, envuelve el pensamiento de su amado en una luz dorada, de llanura castellana al morir la tarde. Todas las inquietudes abaten las armas en momentos tales. En ambos corazones es fiesta, fiesta de plenitud. Se alcanzó la cumbre. La vida adquiere el tono magníficamente decorativo de los lienzos del Veronés.

La sinfonía amorosa desenvuélvese con noble majestad olímpica.

Tiénese consciencia de hallarse incorporado a las más trascendentales misiones telúricas. Colaboradores de Dios. Leales servidores de la voluntad suprema de perpetuar el prodigio de la vida.

Las lágrimas de placer son lentas, espaciadas, gruesas, tibias. La lentitud es el cañamazo sobre que bordan la fórmula de su belleza.

En amor muéstrase siempre superior la lentitud a la rapidez. Por ignorar este axioma desperdíciense muchos goces exquisitos.

Dentro del mundo de lo sexual importa más el matiz que el conjunto; si aquél ha de saborearse y ponderarse, será preciso la calma, la pausa. Los caramelos no saben a nada si se mastican. Gánase tiempo, piérdese sabor.

La lentitud es deber y sabiduría.

Mostrar prisa es alejarse del goce. Por ello repelen,

en vez de atraer y reconciliar, las mujeres que lloran a borbotones, embardurnándose la piel.

Una sola lágrima, temblando asomada a la cornisa de los párpados, vale más que diez minutos de llanto copioso, de uno de esos llantos que llenan de churretes la cara haciendo molesto besar aquel cutis, que dijérase untado de mosto.

El consejo que acabas de oír no debes olvidarlo nunca: la medula del amor es el matiz, y de todos los proveedores ninguno como el llanto.

Un prueba más.

Son totalmente distintas las perspectivas sentimentales cuando se la ve llorar estando situada en plano inferior al nuestro o cuando ella nos domina. Vista desde abajo, sentados a sus pies, la impresión dominante es de dolor, de arrepentimiento. La tentación, besar sus manos.

Desde arriba, por ejemplo oprimiendo la cabecita adorada contra el pecho, en actitud maternal, el llanto inspira ternura. Zaguán de besos los ojos. ¡Qué dulces nostalgias infantiles llevan consigo estas caricias!

¡Admirables colaboradoras del buen amor las lágrimas! Pero ¡hay tan pocas mujeres que conozcan el arte exquisito de llorar! Problema de intuición, no de aprendizaje.

En amor lo intuitivo domina, porque los humanos no son sino instrumentos.

Por no atreverse a llevar en alto, como un relicario, esta verdad, la alegría se convirtió en dolor.

¿Te vas dando cuenta?

ABROJOS

MATICES

El mayor castigo de los impuestos por el Instinto, a quienes inventaron el amor, es el de los celos.

De ellos escribió mademoiselle Senderis — siglo XVII—:

"No guarda el infierno suplicio alguno comparable a esta terrible pasión que desordena el alma, trastorna la razón, perturba los sentidos, convierte fantasmas en realidades, trueca la mentira en verdad y da vida a las quimeras. Los celos tienen por alimento veneno, pudren el espíritu donde arraigan. Serpiente que mata a quien la engendró, complácese en soñar con abismos, venenos, puñales, la muerte del rival o la de uno mismo.„

Descripción sonora y redoblante, como tambor de saltimbaqui; pero incompleta y superficial.

Los verdaderos celos nacen del conflicto entre la realidad, que grita, socarrona, cómo jamás se será dueño del pensamiento de la persona amada, y el afán romántico, rebelándose contra esta verdad; entre el buen sentido que aconseja "¡toma el placer donde le hallares, sin preocuparte de por qué acueductos llegó el agua ahora a tu alcance!„, y el ansia de conocer.

¡Más en lo hondo, orgullo!

Se quiere ser amado por el merecer; aspírase a poseer la convicción de que se es capaz de inspirar una pasión, y nadie desciende a considerar que la maravilla estética de cada mujer, el prodigio de su posesión, constituye una suma de casualidades biológicas.

Ambicionamos ganar lo que se nos regala.

¿Vió nadie más curiosa contradicción?

Como el cristiano empeñado en atribuirse los milagros que presencia.

Así pueden observarse fenómenos tan desconcertantes como sentir celos de un muerto. Es que los celos tienen por alimento principal la imposibilidad.

Tres son los principales tipos de celoso: soberbios, humildes e intelectuales.

El primero es el más abundante. Obsesiónales, más que el amor, el amor propio. La masa de los que clarinean, fanfarrones:

—¡La mujer que a mí me la dé...!

Legión de los que se alegran al ver confirmadas sus sospechas, porque ello les acredita de listos. Abunda tanto este modo de entender los celos, porque abundan los que en el amor ven una lucha por la posesión del timón, en la nave del querer.

El purgatorio de los matrimonios, donde la más pequeña discusión truécase en lucha, sin fin hasta que no haya un vencido.

La tortura no procede del desamor, sino del peligro de ser burlado. Del temor de que fracase el engreimiento de hombre que sabe cuidar de la honestidad de la hembra. Solera de matadores de mujeres.

De los "muy hombres„ que se conforman con que el

miedo guarde lo que el cariño no logra retener. Los menos exquisitos de todos los celosos y los que menos saben de amor.

Ebrios de soberbia. Mentalidades monocordes. Almas de estepa en que todos los caminos son rectos.

Menos son los humildes. Los que, convencidos de su incapacidad para despertar, alimentar y calmar el deseo, viven con la certidumbre roedora de que ella o él marcharán un día en busca de otras cualidades.

La pena de estos enamorados es insondable. Ignoran el consuelo de atribuir a otro la derrota. Son ellos mismos los culpables de que la Deseada sueñe con huertos más floridos y cielos más azules.

¿Quién no preferirá el día a la noche? ¿El bosque de castaños centenarios a la llanada arenosa?

Ella no tiene la culpa; pero ¿la tiene el celoso?

¿Nació por su gusto torpe y tímido? ¿Es que renunció necia, arbitrariamente, a la gallardía, la apostura y la labia?

¡Pobres seres que sólo ven las espinas! ¡Sus corazones como joyeros vacíos!

¡Resignados celosos que no matan, que no odian, que sólo saben llorar! Amasadores de un agrio dolor en cuyo núcleo late la amargura de que también en lo inmutable haya desigualdades, ciegas e injustas, en la distribución de los dones.

En los intelectuales, los combates líbranse en silencio. Las heridas no vierten sangre a borbotones, rezuma lenta y mansa.

Tienen celos y no quieren enterarse de si son justos. Aun siendo verdad, ¿qué harían?

Ligaron tanto el vivir a su amor, que no se atreven

a pensar en la solución del suicidio, porque suicidarse sería dejar de verla. ¿Qué ventaja tendrían enterándose? ¿Añadir a la esclavitud la humillación?

Aprendieron en las horas de rumiar su inquietud, aprendieron y no olvidaron la gran lección de que, buena o mala, fiel o traidora, es su sino no acertar a vivir sin la luz de aquellos ojos.

Cierto que el amor debe colocarse sobre el objeto del amor. Pero ¿qué hará quien se enteró cuando ya tenía de roca la psicología y los prejuicios inmodificables?

¡Qué angustia la de pensar que acaso marchando por aquella calle cabría enterarse, y qué desesperación al no atreverse por llevar en sí el convencimiento de que, hallase lo que hallase, el resultado ¡sería seguir queriéndola!

EL TESORO

No son términos sinónimos desconfianza y celos. Confúndenlos sólo quienes ignoraron el amor.

La desconfianza posee mayor caudal de buen sentido que los celos.

Es más sensata, natural y consciente. El cariño de la mujer representa, por ley biológica, tesoro codiciable mal defendido, muy a merced del caminante audaz.

Los moros, más conocedores que los europeos de la filosofía de la sexualidad, guardan las mujeres como joyas. Ni los parientes más allegados pueden frecuentar su trato. Experiencia secular les enseñó cómo la llama del deseo puede encenderse en todos los momentos y en todos los cuerpos. Aún los más leales. Guardan sus mujeres como los frutales de sus huertas y los haiti y tapices de sus estancias.

La desconfianza del español tiene análoga raigambre. Considera el casamiento como un monopolio sexual obtenido a cambio del nombre, la posición social, el dinero. Enfocada la cuestión desde este punto de vista, la infidelidad adquiere significado de desfalco. Incumplimiento de un contrato. Tales sentimientos guardan muy escasa relación con el amor. Es bastante frecuente el caso de maridos que, no amando a sus mujeres, se preocupan obsesivamente de su honestidad. ¿Quién llamará celos a temer ser robado?

Los celos nunca son a base de intereses materiales; triunfan en ellos principios espirituales, acusando su descendencia de la absurda invención del amor.

Siendo interno de San Carlos tuve ocasión de curar a una amiga mía, traficante en lujuria, a la que su chulo había herido, no porque fuera de otros, sino porque cuando lo era de él parecíale leer en sus ojos que los recordaba. No pretendió castigar la entrega mercenaria, sino el delito de retenerla en la memoria.

Guardar a una mujer no traduce quererla. Por antipático que resulte el argumento, no tengo otro remedio que aportar el ejemplo de las madres odiosas que velan por la virginidad de sus hijas, en espera del rico que pague con esplendidez la iniciación.

El celoso es una víctima del vicio de escrutar. Sufre el terrible mal del ¿porqué? No contento con la posesión de la persona amada, aspira a convencerse de lo absoluto y total de la entrega. Seres afanosos de darse cuenta. ¡Envenenada interrogante!

Cuando se pertenece a la casta de los engreídos, brota rápidamente la respuesta:

—¡Me quiere tanto! ¡Está tan loca por mí!

Hay otros hombres a los que no les satisfacen las contestaciones dictadas por la vanidad. Hombres que intentan bucear en los abismos del instinto. Como el abismo es mudo, su esfuerzo carece de eficacia.

Todavía son más desgraciados los que, convencidos de la lealtad física, persiguen exaltados averiguar la del pensamiento. Los que padecen resignados el suplicio de no poder amar sin mirar a los ojos de la Deseada, con ansia y temor, a un tiempo mismo, de que a ellos asome la verdad.

Los atormentados que embriagan a sus amantes confiando en que el acohol desate la lengua. Los fascinados que arrastran a sus compañeras a los infiernos de la perversión, estimulándose con la esperanza de que, flojos los frenos, burle lo cierto a sus guardianes y llegue a mostrarse sin velos.

Celoso no es el que teme, sino el que duda. El que obedece pretendiendo saber en nombre de qué obedece.

Todo bien distinto del miedo a los ladrones. Psicologías diferentes la de vigilante y la de director.

Teóricamente tiene razón de ser la primera; la segunda, ni práctica ni teóricamente. Sólo alcanza enturbiar aguas limpias, segar plantas en flor, convertir en cadenas las guirnaldas.

En fin de cuentas, ambos derróteros, perfectamente inútiles, no es con vigilancia, ni con eunucos, ni con rejas, ni siquiera con dádivas, con lo que se asegura la fidelidad femenina.

Pese a todas las precauciones, a todas las prescripciones religiosas, a los terribles castigos—encierro, apaleamientos monstruosos, hambre, sed—, que conducen a la muerte a través de suplicios dantescos, el adulterio dista mucho de ser infrecuente en Tetuán. Claro que no llega a la abundancia de Europa; pero existe.

La prohibición no hace aquí, como en las cosas todas de la vida, sino acrecentar el valor de lo prohibido.

Cuanto más difícil una pasión, mejor sabe. No otra es la esencia del placer de escalar, trepando riscos, alturas a las que puede llegarse fácilmente en auto. El amor tiene de ordinario alma de alpinista.

Lo que retiene, conserva y vivifica la fidelidad sexual no es ni la desconfianza ni los celos, sino, como ya dijimos, el arte exquisito y difícil de sembrar deseos.

Los celos molestan, desagradan. Nublan el sol en los momentos mejores. Convierten los espíritus, aun los más finos, en rudos y ásperos.

Siendo esto así, ¿cómo hay celosos?

Porque el terrible tormento es derivación inevitable de haber introducido un elemento psicológico en los problemas del instinto soberano.

EL ENIGMA

La insinceridad sexual es base de los celos. Los enamorados jamás dicen verdad, toda la verdad, ¡su verdad! Quédase así sin posible satisfacción la envenenada curiosidad. Tampoco el celoso es sincero para consigo mismo.

De la realidad de esta actitud da idea el hecho de

que aun los seres de más limitados horizontes, las existencia de más altas bardas, tiendan a hacer de su vivir poética historia.

¡Bien lo saben cuantos recibieron confidencias de ramera de burdel! Ignoré siempre el sabor de sus labios, aun en las mocedades estudiantiles; pero constantemente busqué la amistad sexualmente desinteresada de ellas. Oí docenas de relatos.

Todos hermanos. Puerilmente idénticos. Todos con fuerte tono romántico.

Cuando tratábase de muchachas madrileñas, perseguía enterarme de la exactitud de lo referido, con la cooperación de mis amigos.

Ni una vez, lo contado entre lágrimas leales y estremecimientos veraces, fué totalmente cierto. En ocasiones la diferencia resultó enorme; en otras, pequeña.

La deformación existía siempre.

El afán, más o menos consciente, de novelar sus horas, pertenece por igual al hombre y a la mujer. Cuando el tema es de amor, la mujer inventa más intensa, más serenamente que el hombre. ¡Más impávidamente!

¿Cómo aspirar dentro de una atmósfera de sensatez a conocer el alma de la Deseada, si ella misma se ignora?

¡Es tan imperiosa la necesidad de justificar los actos al margen de la moral y el sentimiento de las gentes!

¡Puede tanto el aprieto de calmar y acallar las reconvenciones del buen sentido!

Cientos de mujeres llegaron al sacrificio por un hombre al que no amaban, pero al que debían aparentar amar, por ser la pasión justificación única de su pasado.

Imposible determinar diáfana, precisamente el papel que se desempeña en la vida sentimental de la elegida.

Si ella pudiera hablar con absoluta franqueza, tampoco daría respuesta convincente. Un instinto elemental de defensa las obliga a dar por real lo que inventaron. ¡Su almita frágil requiere tan densas protecciones!

No poca culpa pertenece a la rudeza masculina obligándolas a esconder sus más preciados tesoros. ¿Conocéis algún caso de enamorado curando las heridas que rivales más afortunados hicieran?

¡El pasado es uno de los más temibles enemigos del amor leal!

Por ello, de las verdaderas torturas de la pasión ninguna como haber llegado tarde. Tiene aquí sus raíces el cuidado con que ocultan las mujeres las cicatrices. ¡Hay tanta ternura maternal en algunas ocultaciones!

¿Por qué desoír a la razón? ¿Qué puede interesar lo que pasó? ¿Qué importa lo que vendrá? ¿Qué trascendencia cabe conceder a lo ocurrido antes de conocerse? ¿Quién podrá prever lo por venir?

Bebamos el agua que se nos brinda. ¿Y si no volviéramos a hallar otro manantial en el camino?

Pero ya que una educación sexual errónea impide percibir el valor fecundo de este punto de vista, ¿por qué, en vez de obstinarse en golpear muros de piedra para abrirse paso a través, no acampar al pie de ellos, levantando las tiendas de la ilusión y bajo su amparo tenderse a soñar?

Ninguna de las rutas de la vida exige más que decisión. Los héroes no son sino seres resueltos a desempeñar papel de tales. Ni los artistas otra cosa que luchadores dispuestos a parecerlo. Los que no lo consiguen

se llaman fracasados; los que lo logran, triunfadores.

Por tratarse de algo no intrínseco, sino sobrepuesto, regístranse ejemplos de héroes que desfallecen, artistas bellacos y sacerdotes de poca fe.

La primera materia es siempre la misma. Unicamente varían las vestiduras. Ellas son las que conceden personalidad a los pensamientos.

Cuando la poseída nos cuenta una novela, creámosla si es bella y verosímil. ¡Hagamos eje del amor, ya que no el instinto, el buen gusto!

¿A qué atormentarse por no haber sido el primer cariño de una mujer, cuando que así ocurriera no dependió ni de ella ni de nosotros?

Creyendo lo que nos cuentan, nada se pierde, y, en cambio, se consolida un crédito de ingenuidad que las mujeres estiman en mucho.

Naturalmente que la credulidad tiene un límite. El bovarysmo cónduce, en ocasiones, a excesos intolerables, no por embustes, sino por feos. Sabia costumbre aparentar que se cree a las mujeres. ¿No creen ellas mismas lo que inventan?

La verdad sexual, cuando no puede enfocarse biológicamente, parece ¡tan triste!, ¡tan triste!, que el tesón con que la persiguen los celosos obliga a pensar que no son ni cuerdos ni listos.

TRAGEDIA

Si los celos son sólo dolor; si en los senderos de su calvario pueden hallarse las más variadas rosas de sufrimiento; si dentro de su ambiente de tortura exteriorí-

zanse las más complejas variedades, desde los celos que despedazan con la gallarda fiereza del león a los que inquietan con la molesta menuda insistencia del mosquito; desde los viscosos y fríos que se enroscan al corazón, como serpientes fatales, a los que hieren certeramente, en medio del pecho, cual asta de toro, ¿cómo no sentir la curiosidad de averiguar si existe una clase que supere a todas en hondura y magnitud? ¿Cómo no perseguir enterarse si hay alguna que no varíe según los momentos, según las edades, según los sentimientos?

¿Quieres que nos lancemos a la empresa?

Si decides acompañarme, lector o lectora, has de hacerlo mirándote fijamente el corazón.

Acaso consideres como tormento mayor de los celos la duda. Te engañas. Eso lo dicen quienes ignoran el terrible padecer. Duda equivale a oscilación. El pensamiento acógese unos instantes a la solución optimista, a la pesimista otras. Esta fluctuación supone alivio, descanso; en fin de cuentas, limitación de horizontes, quebrantadora de la monotonía en el pesar.

En el fondo de toda duda hay siempre sedimentos de esperanza. Faro en las tinieblas de la angustia.

Al pesimismo atiéndesele menos que a aquello que halaga y conforta. Tárdase más en concederle beligerancia.

Todas estas fluctuaciones traducen descanso, intermitencia, apoyo para la fe, escalas de ilusión.

La duda, por discontinua, preséntase en ráfagas. Entre ellas, si no la curación, surge el alivio. Por unos segundos se dejó la carga sobre el pretil, y los pulmones respiran amplia, gratamente, libres.

Cruel la duda; pero siéndolo no significa la cumbre del martirio del celoso. Abundan mecanismos más arteramente refinados.

¿Será entonces ver confirmadas las sospechas?

¡Tampoco!

Hallar justificado el recelo es tanto como concederse patente de ducho en conocimiento de la vida. Afirma la seguridad en sí mismo. Recíbese la impresión de que, aun cuando intenten burlar, no lo conseguirán.

Por si esto fuera poco, supone el término de la indecisión.

El camino aparece despejado y llano. La dignidad y la comprensión son los elementos que han de reñir la nueva batalla. La literatura francesa ha llenado el espíritu europeo de itinerarios. Cabe novelar.

Ya no se especula sobre enigmas, sí sobre hechos precisos. La voluntad desoxida sus armas. Se puede perdonar o no; pero la elección depende de sí propio, no de factores psicológicos cultivados en tierras desconocidas.

El círculo ha sido ensanchado.

Dejó de oprimir, cesó de constituir collar. Caben las cabriolas y fin-flanes. Hay horizontes, hay luz, hay elección.

Precisamente la fuerza toda del amor.

¡Elegir!

¿Entonces reconocer el error?

¡Menos!

Recuérdanse las lágrimas que se hicieron verter sin razón; las horas, neciamente, estériles; los días tristes que debieron ser alegres; las exaltaciones espirituales realizadas en la obscuridad, que requerían plena luz,

escenografía de apoteosis. La pesadumbre de haber llevado extendidos los brazos creyendo proteger la vista, cuando lo que se hacía era impedirla.

Con suponer esta idea un dolor punzante, con anidar en él las aves grises del remordimiento, con ser deber la maldición tonante a la torpeza absurda, la sensación de conjunto es de alegría, de contento. Se canta y se ríe como de niño. Cógese la cabeza de la Deseada entre las manos, se levanta el cuerpo amado en volandas, se le besa como nunca. Aun cuando quizá lo festejado no sea sino un sacrificio más del pobre corazón, la alegría estalla en pirotecnias de mocedad.

A veces la equivocación es creerse equivocado. ¡Qué más da!

De apariencias se vive.

¿Cuál entonces el más terrible abismo de los celos?

Para percibir bien toda su magnitud precisa que rodees a tu pensamiento de un gran silencio, denso.

De llanura castellana en invierno, de cauce seco, de molino parado, de mañana de niebla, de noche en la catedral.

Al verdadero amor repúgnale el bullicio.

Hay virgencitas que quieren amar lo que no pueden amar, porque el destino agrietó los muros de su intención, y por donde escapara lo mejor del caudal sálense luego las reservas del propósito.

¿Quién hablará de deslealtad? ¿Quién podrá predicar conformidad?

El dolor nace de comprobar la impotencia de un corazón generoso. ¿Contra quién revolverse? No hay culpable, hay amargura. Y tristeza ante la ineficacia del esfuerzo ajeno y del propio como ayuda para que el

otro corazón vuelva a encaramarse a alturas donde ya estuvo.

Ningún dolor como éste, porque en ninguno hay semejante fondo de impotencia y fatalidad.

Desierto sin oasis.

CONSUELO

Existe en Psiquiatría una entidad nosológica de curiosos aspectos literarios, para el profano: los llamados impulsos: dipsomanía, piromanía, kleptomanía...

Por ser la más fácilmente comprobable, escogeremos como tipo la dipsomanía o impulso irresistible a beber líquidos alcohólicos.

Nada tan sencillo como conocer al dipsómano en tabernas y bares. En tales lugares, pueden clasificarse los fieles a Baco en dos grupos: borrachos y dipsómanos.

El borracho es todo ruido, estrépito, escándalo. Pide a gritos. Tira las monedas sobre el mostrador, buscando que suenen como timbales, difundidores de su vicio, risueño, jovial.

El dipsómano es todo silencio, disimulo, ocultación. Pide sin voces, en ocasiones con un gesto. Alarga tímidamente el importe. Quisiera pasar desapercibido.

El borracho es un vicioso que goza siéndolo. El dipsómano, un enfermo con conciencia de que lo es.

El borracho alardea; el dipsómano oculta.

Los accesos, las derrotas del dipsómano comienzan siempre lo mismo. Después de un período de abstinencia surge la inquietud sombría. Primero, vaga, indefinida; luego, a cada minuto, más concreta, más implacable.

Al principio, desazón, molestia, nerviosidad. ¡Intranquilidad! En ninguna parte encuéntrase a gusto.

No tiene atención disponible para nada. Los aullidos de la fiera lo turban, acobardándole. El sueño, o huye o es retenido incompletamente. Sobre todas las preocupaciones, sobre todas las laxitudes impuestas por la vida cotidiana, álzanse las sombras del temido enemigo.

Al fin defínese el malestar: ¡es sed! Sed morbosa, humillante. Sed que no apaga el agua. Sed con rótulo, con exigencia. Sed tirana. Sed verdugo. ¡Sólo la calmará el alcohol!

Ya la vida no lo es. Falta el apetito. Sobre los párpados acampa el insomnio, desfallecen las fuerzas, se obscurecen las ideas.

Sólo un camino aparece iluminado. ¡El de la bebida!

Como la memoria no naufragó, aumenta el tormento refrescando el recuerdo de que ceder es caer, descender un escalón más, nuevo paso hacia el descrédito social.

Se evocan las burlas despiadadas de los duros de corazón, la alegría de los envidiosos, la incomprensión de los indemnes.

Ceder es envilecerse. Alistarse bajo las banderas mugrientas del ejército de los parásitos. Perder la estimación de las gentes. Renunciar a la alegría. Condena a vivir envuelto en lodo.

Y el dipsómano, avergonzado, intenta resistir. Llega a la puerta de la taberna y se aleja. Huye, a veces a campo traviesa, tropezando con las gentes, con los fa-

roles, con las vallas. Inútil esfuerzo. Los nervios se desatan. Angustia infinita, angustia de crucificado. Llénaseles el cuerpo de un sudor frío, viscoso. Ven mal los ojos, pierden su agudeza, sécase la boca. Parecen ir a romperse las arterias. Todo es niebla, abandono, soledad.

¡Cesó la resistencia!

Humillado, derrotado, maldiciendo haber nacido, encamínase a la taberna, llorando, rabioso, hudiéndose las uñas en la piel enfebrecida.

No es suya la culpa, ¿verdad, exquisito y atormentado Baudelaire? Cuán difícil que los filisteos entiendan esto. No obstante, en la mayoría de los casos la virtud es problema de constitución. No se comporta virtuosamente quien quiere, sino quien puede.

Merece censuras y sanciones el que, apto para la bondad, muéstrase malo; pero ¿y quien pretendiendo hacer el bien, no lo logra, por impedírselo su idiosincrasia?

No ha de juzgarse sólo por la llegada; han de estimarse también las dificultades de la ruta.

En la puerta, nueva vacilación. Ahora, más breve. ¡Adentro!

A beber hasta que se calme la sed, y los nervios se aquieten, y el pensamiento recobre su nivel habitual.

Sensación de beatitud, de bienestar, de reposo espiritual y físico. Alivio que a nada se parece.

¡Ningún goce comparable a éste!

No goce activo. ¡Qué más quisiera el desgraciado dipsómano!

Podéis preguntar a cualquier morfinómano. No da ningún tóxico, ¡ninguno!: la alegría del triunfo, ni la

satisfacción recuperadora del buen dormir, ni la plenitud fisiológica del amor satisfecho.

Es sólo apariencia de dominio, ausencia de perturbación, remanso, calma fugaz, paz exterior. Paz de convento donde no llegaran los ecos del mundo ni alzaran sus estridencias la envidia, la ambición y las miserias orgánicas.

Con el amor ocurre como con el alcohol. Son muchos los celosos con sintomatología de dipsómanos.

¡El dolor de los celos que no se quisieran tener! ¡Que la dignidad grita que no se deben tener! ¡La amargura del fracaso representado por la inutilidad de los argumentos!

Se tienen celos como se ama, como se odia, sin que quepa hallar razón, ni utilidad sentimental, en muchos casos ni satisfacción sexual.

Como el dipsómano sombrío, triste, empuña la copa y la bebe de un trago, mientras sus ojos lloran.

ESCLUSAS

Para apreciar, en toda su magnificencia, la riqueza de matices de la planta venenosa de los celos, necesítase como posición inicial, no confundir el significado de dos palabras: cariño y pasión.

Pasión es en su esqueleto, en su armazón, en su medula, sufrimiento. También entusiasmo, ardor, vehemencia. Turbulencia ilógica, desorden inoportuno, ímpetu incoercible. En síntesis: esclavitud.

Cariño supone normalidad, equilibrio, bienestar,

quietud, lógica, coherencia, serenidad frente a la pasión, todo contraste, imprevisión y reacción imprevista.

Contrastan la suavidad, dulzura y calor tibio de regazo de aquél, con la aspereza, con el amasijo, de querer y no querer, de ésta.

Afortunadamente, la mayoría de los hombres ignoran la pasión. Si hablan de ella es seducidos por su prestigio literario.

¿Cómo conocer si es realidad o mentira pinturera?

Resulta tan amplio el tema, que hemos de limitarnos al examen de algunos aspectos.

Como decía Stendhal, la pasión tiene una característica inconfundible: las tonterías cometidas por quien la padece, siempre—claro está—que no fueran habituales en él.

Esta y no otra, es la razón de lo prontamente que se diagnostica en las gentes de talento.

El encariñado es sensato. Ni un momento abandona el escudo del buen sentido. El apasionado no siente, no teme el ridículo. Sus llamas no le llegan. Como si tuviese de amianto las meninges. Incurre en las majaderías con imperturbabilidad de mártir.

La tontería escolta a la pasión, ocultándola el panorama.

¡La tragedia del hombre de aladares canos intentando comportarse como muchacho!

La pasión es una ciega que camina por sendero de cabras, al borde del abismo, en cuyo fondo pastan satisfechos los rebaños crueles del sentido común.

Caracteriza, también, a la pasión el contraste. El combate incesante entre sentimientos antagónicos. Amar y odiar a un tiempo mismo.

Las manos dudan si acariciar o herir. El cerebro dicta ausencias; el corazón trenza humillaciones y el alma toda se estremece. Vendavales de fatalismo arrasan la alegría.

Ansias de llorar cuando el fuego de sus labios emborracha como vino nuevo, como los aplausos. Inquietud agudizada por la presencia del ídolo, que lejano parece más como se soñó. Desconcertador vaivén de incertidumbre, donde no se sabe si cantar o maldecir, llorar o reír, huir o postrarse.

Estar a merced de los vientos. No ser humano, sí cosa, brizna, papel de desecho llevado por la crueldad inconsciente del aire a rincones donde se amontonan, en giros de absurdas danzas, las suciedades todas.

Haber perdido el timón, tener rotas las riendas, inútiles los frenos, cerrados los fielatos de la consciencia.

Y es, ¡sobre todo!, renunciación.

El encariñado goza queriendo. El apasionado sufre.

Ama contra su voluntad, reniega de querer, y cada día es éste más campeador, más tiránico.

El encariñado tiene la encantadora satisfacción, la bonachona ingenuidad del *amateur*. El apasionado lleva consigo la huella cruel de lo impuesto.

Amargura de profesional.

El encariñado hace su voluntad, el apasionado no. Adora porque no puede dejar de adorar.

No quisiera haber convertido en eje de la felicidad a aquella mujercita, inquietante y tentadora como una aventura tetuaní; pero el esbozo de rebelión contra lo sucedido carece de eficacia.

La angustia de preguntarse:

—¿Y si no viniera hoy? ¿Y si no viniera más?

Y ver que, cuando parece triunfar la ilusión de que así sea, arrójala del pensamiento, como a un mendigo entrometido y procaz, el miedo. Su ausencia supondría la tiranía de aquel deseo fatal que sólo ella puede calmar.

La pasión es dolorosa por ser hija de una expiación. Castigo a haber intentado rebelarse.

¿Cómo no ven los humanos que preferible a quemar el incienso del romanticismo ante los altares del amor es hacer tal ofrenda en el ara del Instinto?

La inmensa mayoría de los hombres ni sabe del goce reposado, fuerte, visceral, imperecedero, que saborean los servidores leales de la Naturaleza, ni conoce la desconcertante mezcla de dicha y tristeza que constituye la pasión; permanecen a horcajadas sobre los grises muros intermedios que levantó la rutina unida a la soberbia.

Pasión es sufrimiento; pero siéndolo supera en valor estético a esas situaciones intermedias sin sabor ni aroma.

De todo el fatal artilugio del amor, la pasión tiene al menos una ventaja. ¡Una sola! Ennoblecer y cribar el caudal intelectual.

¡Cómo lo ennoblece padecer!

ESPEJOS

En nadie tan cruel el tormento de los celos como en los espíritus ágiles, analistas, habituados a disecar benedictinamente sus sentimientos.

Los orgullosos de flatulenta vanidad, los petulantes, los engreídos, el montón vocinglero de los que se creen centro del mundo, hállanse mucho mejor situados. Pensando merecerlo todo, una sola justificación puede hallar el engaño: la maldad.

Tan elevado es el concepto que de sí mismo tienen, que dan por única explicación la perversión moral del infiel. ¡Cómo van a pensar en una legítima reacción contra el desencanto!

Cómodo punto de vista que les priva del tormento de sufrir; antes que la humillación del abandono, la del desengaño que aconsejó traicionar.

Nunca llegarán a pensar, con el corazón amenazando romper las costillas y asomarse por el desgarrón, que las raíces del fraude no están en el infiel, víctima de una desilusión.

Frente a esta masa acampa la de los hombres y mujeres ungidos de sinceridad, que saben sufrir sin llamar injusto a un fenómeno biológico, mecánico, inconsciente y fatal.

Espectadores leales de la tragicomedia de la vida, no encuentran raro ni paréceles abominable que un amor no sea correspondido, ni que cambie de objetivo. ¿La amada de ahora no amó ya antes?

El amor es deber, no derecho. Se tiene obligación natural, sagrada, de amar, no opción inexcusable al amor de una persona determinada.

Corazones humildes dispuestos a la peregrinación, corazones sensatos, conocedores de su pobreza en estímulos sexuales, si alguna vez son amados, lo inesperado del bien impídeles disfrutarlo. ¡No lo creen! Llevan, quemándoles la esperanza, el recelo del hombre a

quien un desconocido regalara en medio de la calle fajos de billetes.

Tengo un amigo, desgraciado entre los desgraciados, que sufre el dantesco suplicio de ser amado y no poder creerlo.

Ni celoso ni desconfiado. Incrédulo.

Largo calvario le enseñó su falta de condiciones para inspirar pasiones. Las mujeres llegaban a sus brazos guiadas por el vicio, por la vanidad, por su prestigio de desenfadado seductor. El llamaba amor a otra cosa. A un absurdo injerto de alambicada espiritualidad, en el tronco milenario del instinto. Sabía azuzar los lebreles de la lujuria, no lograr un cariño exquisito, intelectual. Llegó a suponerse incapaz de él.

Al cabo de los años, ya en la pendiente del desaliento, surgió lo inesperado. Una virgencita buena, de ojos atónitos y cuerpo de niña, ilusionada con vivir aventuras perfumadas de leyenda.

¡No la creyó!

Buscando embotar los estiletes del dolor, la condujo a las cavernas de la lujuria, y ella descendió a los abismos de la perversión y pisó el cieno tranquila, confiada. Hizo cuanto la mandaron; pero el armiño de su alma siguió inmnculado. Sacrificándolo todo acertó a a no prostituirse.

¡Continuó no creyéndola!

Los conocidos llamábanle, injustamente, celoso. Era sólo hombre de poca fe. Por serlo se apartó sistemáticamente de la morfina y de la política.

Mostrábase raro, ciclotímico, desigual, caviloso, suspicaz y, para aumentar el desconcierto, bueno. Fal-

tábale para el amor al uso alegría, frialdad, malicia, superficialidad.

Buen ejemplo de la mala cualidad que en lances de enredo representa la sinceridad.

Desde que germina, amor quiere decir embuste. Radican aquí sus defectos principales. No representa una depuración del Instinto, como suponen los filisteos, sino telón agujereado. Como si rodeaseis un manantial campesino con bastidores de papel.

El conocimiento de la existencia de esta variedad de amantes condenados a no creer es, desde todos los puntos de vista, interesantísimo. Permite hacer importante poda en el arbusto excesivamente frondoso de los celos. Reconquista la simpatía de los espectadores para víctimas que se creían tiranos.

El error de mi amigo era total.

Pero, aun equivocado tan profundamente, su desorientación inspiraba simpatía.

Entre él, no creyéndose merecedor del amor, y quien ante la posibilidad de un desamor agita la caja de los truenos y esgrime, amenazador, calificativos trepidantes: ¡traición!, ¡maldad!, ¡falsía!, ¡engaño!, las simpatías todas han de estar con el primero. Por inofensivo, por justo y por hallarse más cerca de una comprensión, intelectualmente cotizable, del problema.

No depende el deseo de la voluntad. Tampoco de los merecimientos.

Como amor es un concepto sobradamente ampuloso que impide entenderse, preferimos utilizar la palabra más precisa y real de deseo.

El deseo peca siempre de parlanchín, entremetido.

irrespetuoso y cegato. No atiende razones, ni acata leyes, ni tolera cadenas.

Por eso resulta necio y perjudicial intentar reducirlo a fórmulas. Pierden el tiempo los que, como mi amigo, disecan, benedictinamente, sus sentimientos.

TORTURA

Uno de los pesares amorosos más ricos en filones de meditación, es el dolor de ser derrotado por un rival de calidad inferior a la propia.

Mientras se reconoce la superioridad ostensible del vencedor, sobre los mares de la amargura flotan óleos de lógica, que amortiguan la intensidad del despecho.

En cambio, si la superioridad no existe o no se percibe, la angustia se intensifica, el pensamiento se eriza de espinas.

A la tristeza del vencimiento se une la humillación.

Pregunta tremenda, que sonroja, deprime y desespera:

—¿Cómo pudo preferirlo?

En la mayoría de los casos, la interrogación carece de respuesta aceptable.

Es Monna Lisa desdeñando a Vinci por el cariño mediocre de un mediocre burgués. Es Jorge Sand abandonando a Musset, romántico, enfermo, frente al lago azul del Mediterráneo, por un galeno vulgar, fornido y obscuro.

Pocos hombres de los seleccionados por la gloria mejor dotados que el divino Leonardo. Bello, arrogante, inteligente, culto, romántico, aureolado de fama.

Conocía el arte del dibujo como acaso nadie lo conociera después; modelaba prodigiosamente; pintaba creando desde el tipo espiritual de los modelos hasta los materiales empleados; cantaba, escribía versos, componía música, destacaba en las ciencias naturales; fué precusor genial, pues a él se debe el primer ensayo de aviación.

De Vasari, discípulo de Miguel Angel, y, por tanto, no recusable como parcial, son estas palabras: "en él (Leonardo) reuníase en un solo cuerpo, la gracia, la belleza y el talento„.

Este era el hombre desdeñado por la Gioconda, esposa del burgués, napolitano, Zanobio del Giacondo.

Y tal era la obsesión de la mujer amada para el pintor cumbre de la pintura, que el tema estético de su cara repítese, veces y veces, en el curso de su labor: en el San Juan, en los Bacos, en los efebos...

¿Era así aquella mujer, o la creó la pasión del artista? Imposible determinarlo.

Sólo puede asegurarse que hubo una bella que prefirió los brazos del burgués sin relieve a los de uno de los artistas más famosos, en aquellos y en todos los tiempos.

El caso Musset preséntase a examen no menos recubierto de singularidad.

Un poeta, delicado, exquisito, enfermo. Veinticuatro años de edad. Fondo: la romántica Venecia. ¿Puede reunirse mayor suma de elementos para subyugar a una mujer dedicada al cultivo de la literatura?

Sin embargo, Jorge Sand se entrega a Pedro Pagallo, médico del poeta, hombre adocenado, medianamente inteligente, de reducido bagaje cultural, cuyo

nombre, si no cayó en el olvido, fué por obra y gracia de sus relaciones con la amante del autor de *Mimí Pinson*.

Para conformidad de desdeñados, no es improcedente recordar cómo en la desesperación, en el dolor, encontró Musset el venero de sus mejores poesías. Pruébalo bien la inferior calidad de los versos que escribiera una vez consolado, por las relaciones con la princesa Belgiojoso y Aimé d'Altou. Unicamente en *Le Souvenir* vuelve a erguirse el poeta por la magia del rescoldo avivado.

Grande debió ser el dolor de Vinci; pero seguramente mayor el de Musset. Leonardo pudo pensar que era rechazado en nombre de la castidad y la virtud. Para Musset no había lugar a tales apósitos aplacadores.

Aun cuando direcciones diferentes, resultado idéntico.

Quien carezca de noción exacta de lo que es y significa la sexualidad, no acertará a explicarse la psicología de los fracasos de Vinci y Musset; pero la sexualidad no entiende de razonamientos.

La práctica de cada día, por serlo al alcance de todo el mundo, ha demostrado que logra más fácilmente la fortuna de ser bien amado un campesino que un intelectual, un mediocre que un sabio, un patán que un artista.

No son, sin embargo, estos últimos los más desgraciados. Al fin y a la postre quédales el recurso de plasmar su desesperación en obra de arte; pero ¿y los hombres inteligentes que ni pintan, ni esculpen, ni escriben? ¿Cómo se consolarán, si no están advertidos de que el daño causado por una mujer sólo otra puede curarlo?

Para los escaldados que del agua fría huyen, dos remedios hay.

Los deslumbrados por la tristeza, incapaces de enfrontarse con la verdad, pueden adornar al rival de méritos y excelencias.

Precisamente lo contrario de lo que suelen hacer los obcecados, sin darse cuenta de que, cuanto más insignificante es el contrario, más depresiva resulta la derrota. Por el contrario, el que realza a su vencedor se realza a sí mismo.

Para los sinceros, el consuelo es aún más viable e intenso.

No venció nadie. Se cumplió una liturgia ultratelúrica. Pasó lo que debía pasar. ¿Se creyó nadie humillado por no hallar su décimo, entre los premiados en un sorteo de lotería?

Lo que ocurre, lector, es que la pena no procede de ordinario de la sensación de fracaso personal, sino de la vergüenza del concepto merecido a los espectadores.

No por engañarle, sino por divulgar que le engañaba, mató un liberto a su amante el año 1907 en Ceuta.

Repetía, en estereotipia incesante:

—¡No contenta con engañarme, se fué de la lengua!

EL ENEMIGO

El peor enemigo del amor es la galería. Paul Bourget, en *Fisiología del amor*, donde demuestra, salvo contadas páginas, que no conoce la fisiología ni el amor, tiene el acierto de insistir sobre la perniciosa in-

nombre, si no cayó en el olvido, fué por obra y gracia de sus relaciones con la amante del autor de *Mimí Pinson*.

Para conformidad de desdeñados, no es improcedente recordar cómo en la desesperación, en el dolor, encontró Musset el venero de sus mejores poesías. Pruébalo bien la inferior calidad de los versos que escribiera una vez consolado, por las relaciones con la princesa Belgiojoso y Aimé d'Altou. Unicamente en *Le Souvenir* vuelve a erguirse el poeta por la magia del rescoldo avivado.

Grande debió ser el dolor de Vinci; pero seguramente mayor el de Musset. Leonardo pudo pensar que era rechazado en nombre de la castidad y la virtud. Para Musset no había lugar a tales apósitos aplacadores.

Aun cuando direcciones diferentes, resultado idéntico.

Quien carezca de noción exacta de lo que es y significa la sexualidad, no acertará a explicarse la psicología de los fracasos de Vinci y Musset; pero la sexualidad no entiende de razonamientos.

La práctica de cada día, por serlo al alcance de todo el mundo, ha demostrado que logra más fácilmente la fortuna de ser bien amado un campesino que un intelectual, un mediocre que un sabio, un patán que un artista.

No son, sin embargo, estos últimos los más desgraciados. Al fin y a la postre quédales el recurso de plasmar su desesperación en obra de arte; pero ¿y los hombres inteligentes que ni pintan, ni esculpen, ni escriben? ¿Cómo se consolarán, si no están advertidos de que el daño causado por una mujer sólo otra puede curarlo?

Para los escaldados que del agua fría huyen, dos remedios hay.

Los deslumbrados por la tristeza, incapaces de enfrontarse con la verdad, pueden adornar al rival de méritos y excelencias.

Precisamente lo contrario de lo que suelen hacer los obcecados, sin darse cuenta de que, cuanto más insignificante es el contrario, más depresiva resulta la derrota. Por el contrario, el que realza a su vencedor se realza a sí mismo.

Para los sinceros, el consuelo es aún más viable e intenso.

No venció nadie. Se cumplió una liturgia ultratelúrica. Pasó lo que debía pasar. ¿Se creyó nadie humillado por no hallar su décimo, entre los premiados en un sorteo de lotería?

Lo que ocurre, lector, es que la pena no procede de ordinario de la sensación de fracaso personal, sino de la vergüenza del concepto merecido a los espectadores.

No por engañarle, sino por divulgar que le engañaba, mató un liberto a su amante el año 1907 en Ceuta.

Repetía, en estereotipia incesante:

—¡No contenta con engañarme, se fué de la lengua!

EL ENEMIGO

El peor enemigo del amor es la galería. Paul Bourget, en *Fisiología del amor*, donde demuestra, salvo contadas páginas, que no conoce la fisiología ni el amor, tiene el acierto de insistir sobre la perniciosa in-

fluencia de la galería, entendiendo por ella al público en general y en especial a las gentes que rodean a los enamorados, imponiéndoles itinerarios sentimentales, amordazándolos, exigiéndoles actitudes de sumisión al pensar ajeno.

La influencia de la galería no es, sin embargo, omnímoda; aminórase en las personas que poseen un sentido de la vida amplio y vibrante.

Cuanto menos cultura, menos independencia. Hasta llegar a la comadre constantemente inquieta, desazonada, por lo que puedan decir las demás.

Tan fuerte es la huella de la galería, que la mayor parte de los matadores de mujeres son, antes que celosos, esclavos de la opinión ajena. Esta exige que se sea muy hombre, y ellos entienden por tal matar a una pobre mujer indefensa.

A una pobre mujer indefensa a quien no acertaron a sugerir deseos.

Desquiciada idea. El error, la torpeza del hombre va a pagarlo quien ninguna participación tuvo en ello.

Yo conocí y traté, no hace todavía muchos años, a un cincuentón obeso, apoplético, con el bigote teñido de un negro insultante y el bandullo torturado por una faja de goma, que ayudaba económicamente, a cambio de periódicas condescendencias, a cierta planchadora del barrio de Pozas, airosa como un bergantín, parlera y graciosa. Tenía ella como regocijo compensador un amante charlatán y postinero, tan falto de monedas como rico en chulerías. Presumía más que una segunda tiple.

El obeso, ventrudo y bigotudo, no estimó necesaria objeción alguna hasta que se dió cuenta de que no era

él solo quien conocía la duplicidad amorosa de la gentil perseguidora del brillo.

Y cuando ella, rabiosa por el recuerdo del bienestar perdido, gritaba jadeante:

—¡No es para que te pongas así! ¡Ya lo sabías!

Respondía colérico:

—¡Yo, sí; pero mis amigos del café no!

He dado la mano muchos años, y sigo dándosela cuando le encuentro, a un industrial flaco, tembloroso, viejo como un proyecto municipal, que paga generosamente a una moza llamativa, flamenca y opulenta de senos y caderas, cuya única misión consiste en exibirse junto a él en los espectáculos públicos para que los amigos crean que, aún, es capaz de comprometidas aventuras. Comprometidas espiritual y físicamente.

Cuando me di cuenta de ello pensé que era un amargado, un adolorido, íntimamente avergonzado de la parodia. Me equivoqué. Nunca le había importado que las cosas fuesen; bastábale que pareciesen. Como muchos de los géneros de su fábrica.

Conozco desagradables historias, rotas por miedo al qué dirán. He tratado hombres buenos y mujeres buenas, que no se atrevieron a constituir un hogar libre, al margen de la consagración oficial, porque de otro modo no era posible.

La galería oprime, silencia, encadena. Deja de importar la felicidad. Vívese pendiente del comentario ajeno.

En no pequeña parte depende tan ilógica polarización de la falta absoluta de vida interior, de la escasa subjetividad de la conducta.

A fuerza de rehuir el propio juicio, viene a acatarse el ajeno.

Cuando no lo perciben son como ciegos perdidos en un bosque; cuando llega a ellos, como esclavos atemorizados.

Grabado se me quedó, e indelebles siguen las huellas, el relato que una noche me hiciera, en Ceuta, un antiguo penado, ahora saldadas sus cuentas con la justicia, que achacaba todos sus males a la dañina influencia del juicio ajeno, de lo que aquí llamamos galería.

Había sorprendido, allá en el pueblo, dialogando cariñosamente con cierto mozo de mala reputación, frente a un corro de vecinas que reía socarronamente, a la muchacha destinada a ser su esposa.

Ciego, desenvainó el cuchillo. Huyeron vecinas y mozo. Ella suplicó:

—¡No me mates! ¡Perdóname!

Era tan dulce la voz, que el cuchillo cayó sin herir y los brazos se abrieron para sostener aquel cuerpo desfallecido de miedo.

Poco a poco fueron apareciendo cabezas, entre las puertas, por los extremos de la calleja. Sintió o creyó sentir una risa burlona, e hirió hasta matar a la desmayada. ¡Para quedar como un hombre!

Por eso vino a presidio, y cumplida la condena aquí se quedó por miedo al pueblo, a lo que dirían, asustado al estigma de presidiario.

Sin el temor a la galería serían de mucho menos peligro los celosos. Es el mosconeo de la murmuración lo que aturde, lo que nubla la conciencia y dificulta el enjuiciar.

Son víctimas de su *incapacidad para la compasión*.

Ellos también fueron galería, también azuzaron a otros hombres.

Por eso el daño mayor no infiéreselo al celoso la mujer que franca o hipócritamente deja de quererlo, sino la abominable galería, acéfala y cruel.

Estúpida y vulgar.

TINIEBLAS

—¡Sea usted razonable!

Sin llegar a la contestación rotunda del "¡No me da la gana!„, es lo cierto que respuestas muy por el orden son las que suélenseme ocurrir decir o dictar ante la irritante conminación.

El cliché "¡Eso que piensa usted no es razonable!„, me desasosiega, inquieta y altera. Ser razonable. En nombre del sentir fementido de las grandes masas de los mediocres, pide a las mujeres sin amor que accedan a casarse, a mujeres deshonradas y abandonadas que no impidan o dificulten con un escándalo la boda de quien las deshonró o abandonó; a novios apasionados que rompan sus relaciones.

Razonable es siempre la opinión del que aconseja. En no pocos casos, su conveniencia.

¿Cabe razonar cuando se ama?

¡No!

El amor empieza a ser razonable cuando ya no es sino simulacro. Por obra de la edad o por efecto del tedio.

Amar significa, en la casi totalidad de los casos, mostrarse egoísta, autoritario, envidioso, terco, dominante, grosero, vanidoso. En su núcleo, derroche de energía, potencia, aspiración de dominio. Monopolio. No se

busca nada fuera del propio bienestar. Amar es seguir *una trayectoria no trazada por nosotros*. Siendo imposible rebelarse contra quien la marcó, nos revolvemos contra el ser que ha de acompañarnos.

Cuando el fuego se hace rescoldo y el sol del vigor se aproxima al ocaso, para ocultar el desfallecimiento de la voluntad, la piadosa imaginación inventa tolerantes y filosóficas comprensiones. La época de transigir y perdonar.

El que a los treinta años maldijo, a los cincuenta perdona. El que a los veinticinco rompió unas relaciones porque ella se retrasó en acudir a la cita, a los cuarenta y cinco comprende que no se puede ir contra la corriente, que hay que resignarse.

¡Melancólico mentir!

La pasión hiere, arrolla, escarnece; sólo la importa lograr.

Nada cabe esperar del razonamiento. Cuando es oído, quien escucha no ama.

Nada más inútil que luchar con el amor. Lo sensato es dejarse conducir. Si de todos modos, voluntariamente u obligados, hemos de obedecer, ¿por qué privar a la docilidad de su carácter de espontánea?

Entre la serenidad con que el *locustido dectitus* se deja despedazar por su hembra, para morir cantando mientras su cuerpo es manjar del banquete nupcial, y la lucha estéril del hombre por extraviar al destino de la especie, las simpatías y admiraciones todas han de estar con el *locustido*.

Como dice Rémy de Gourmont, el despedazamiento del macho por la hembra no es ni un accidente ni un crimen, sino un rito.

La mantis que se come a su amado constituye una de las madres más llenas de ternura y previsión de la Naturaleza.

Se condena al amor en nombre de la moral, y ni aquél ni ésta son otra cosa que invenciones de hombre.

Toda la equivocada moral de los tiempos actuales tiene por base cimientos de orgullo. El concepto del libre albedrío no supone sino intoxicación por la vanidad. ¡Somos dueños de nuestros actos! ¿De los actos? Ni de los pensamientos siquiera.

No existe un solo caso—insistimos en ello varias veces—que demuestre que la voluntad humana logró burlar o cambiar de curso una ley de la Naturaleza. Ni la Medicina ni la Pedagogía pueden ufanarse de desviar los caracteres, los temperamentos, la base histológica de una constitución.

Los efectos de la herencia son inmodificables. Sin embargo, háblase pretenciosamente de que se es dueño de los actos y los pensamientos.

Con razón dice Bleuler: se hace lo que se quiere porque se quiere lo que se hace.

Aun los determinantes que nos parecen más nuestros, más esporádicos, más reciamente personales, tienen un substrátum de influencia centrípeta que es su razón de existencia.

Decía Napoleón que en amor, la máxima sabiduría está en huir. Se equivocaba. La máxima sabiduría está en dejarse arrastrar.

El final es el mismo; pero se ahorran las vicisitudes del atajo.

No se hable nunca de razón en amar; pues lo razonable es no amar.

Puesto que fuimos creados para servidores del instinto, cumplamos alegremente nuestro deber. ¿A qué esperar a vernos obligados?

¿Puede exigirse mayor diafanidad a un argumento?

Destrocemos el espantapájaros de lo razonable, muñeco de trapo que sólo con la complicidad de las tinieblas puede adquirir apariencia humana y causar temor.

El amor jamás será razonable, ya que constituye la más irrazonada de las ficciones.

Por ello, pese a todos mis proyectos de reprimir el impulso, cada vez que me dicen:

—¡Sea usted razonable!

Me inclino a contestar:

—¡No me da la gana!

FIN

ÍNDICE

	Páginas.
DEDICATORIA	5
JUSTIFICACIÓN	7
HITOS	9
Acatamiento	11
Error	16
Lealtad	22
Riesgos	26
Lejanías	29
Nubes	35
Consejo	39
GALLARDETES	43
La Paca	45
Julia	48
Sor Alegría	52
Irene	55
Aurora	59
Rosa	62
Leonor	66
La *señá* Carmen	69
Eulalia	72
Concha	76
EL PLACER CARO	81
Propileos	83
¡El pobre marqués!	89
El amor humilde	96

	Páginas.
Infierno	103
Zarzas	106
Inútil fingir	109
La tristeza de pagar	112
RITOS	117
Bendición del agua	119
Arte del prólogo	123
La suma dificultad	126
Técnica	130
El dulce deber	133
Bálsamo	136
Arte	140
El gran mérito	143
Sementera	147
Alifios	150
MODOS	155
Inútil fingir	157
Comicidad	160
El horizonte gris	164
Calvarios	167
Distingos	170
Rejas	174
Sistematización	177
Antifaces	180
Esfuerzo estéril	183
Lo enfadoso	187
FORMAS	191
Labios	193
Manos	196
Faros	199
Manantial de inquietud	203
Tempestad	206
Cabellos	210
La más leal	214
El ritmo	217
¡Como palomas!	220
Lágrimas	224
ABROJOS	229
Matices	231
El tesoro	234
El enigma	237
Tragedia	240
Consuelo	244
Esclusas	247
Espejos	250
Tortura	254
El enemigo	257
Tinieblas	261



Di fin a la tarea, apo-
yadas las cuartillas en
un sillar verdinegro, de la
torre visigoda de Carcassonne.
Ambiente grave y solemne. Be-
lleza enhiesta, de obra imperecedera.
Abajo, el caudal manso de l'Aude
adornábase con fingidas perspectivas de
lago. En el corazón acababan de resonar, con
ecos de fanfarria, viejos temas. En el espíritu
extinguíanse solitarias, serenamente, las últimas brasas
del ensueño. La carne, tan leal, tan desinteresada,
tan sumisa, aguardaba promesas de libertad.
Horas después, sentado en el jardín de los
Plátanos, me visitó la verdad de que no
volvería a asomarme al cráter. Y mi
alma entera crujió como cruje la del
militar que llegó licenciado a las
primeras casas del pueblo,
donde vivirá hasta que
la Implacable quiera.

Madrid-Carcassonne, verano, 1925.